

---

LA FORTIFICACIÓN  
DEL SIGLO XVIII

**AURELIANO GÓMEZ VIZCAÍNO**  
**DAVID MUNUERA NAVARRO**

## LA FORTIFICACIÓN DEL SIGLO XVIII

AURELIANO GÓMEZ VIZCAÍNO, DAVID MUNUERA NAVARRO

## INTRODUCCIÓN

El establecimiento permanente en Cartagena de la flota de Galeras de España en la segunda mitad del siglo XVII, requirió unas condiciones en diversos ámbitos estructurales que, por aquel entonces, ni la ciudad ni la Corona estaban en condiciones de solventar. Sin embargo, las infraestructuras proyectadas ya en ese tiempo, principalmente la creación de una base y dársena permanente de naves de guerra –y su lógica fortificación–, asentaron sus raíces y esperaron una oportunidad propicia.

La guerra de la Sucesión, y sus diferentes hechos bélicos acaecidos en Cartagena y en su área de influencia estratégica, vinieron a demostrar crudamente el estado de las defensas costeras y terrestres de la ciudad portuaria y su clara insuficiencia como tales. Tras la paz de Utrecht, la Monarquía Hispánica quedó sin uno de los territorios marítimos que le habían permitido hasta entonces controlar el Mediterráneo occidental, es decir, el antiguo reino de Nápoles, y con ello, sin el apoyo que prestaron durante casi dos siglos los diferentes asientos con las flotas genovesas. El peligro que suponía la flota inglesa, ahora establecida con todo margen de actuación en el Mare Nostrum, creaba una urgente necesidad de dotar a la nación de una flota moderna y competente asistida por bases capaces y bien fortificadas, que contaran con astilleros y todo tipo de infraestructuras tanto para las escuadras como para las tropas encargadas de defender las plazas marítimas. Igualmente, el conflicto sucesorio demostró que no sólo era suficiente centrarse en las defensas marítimas y protegerse de los peligros externos, sino que ya en estos momentos las guerras se podrían librar dentro de la Península, e incluso tener apoyo interno, algo relativamente difícil durante el siglo XVI y la primera mitad del XVII si exceptuamos principalmente el problema de los moriscos, cuya expulsión precisamente vino dada, entre otros motivos, por la intención de eliminar disturbios internos en un país que generaba los principales efectivos para hacer la guerra en el resto de Europa.

Tras la creación de los Departamentos Marítimos, una de cuyas tres capitalidades correspondió a Cartagena, la Corona puso en marcha la maquinaria estatal que dotaría a la ciudad portuaria de los requisitos necesarios para ser la gran base naval española en el Mediterráneo. Una serie de impecables proyectos, diseñados por excelentes profesionales como eran los ingenieros militares de la época, se fueron llevando a cabo con todo tipo de vicisitudes durante casi ochenta años, con mayor o menor actividad. Hacia finales del siglo XVIII, si exceptuamos dos edificios que por diversos motivos no habían sido acabados (el Cuartel de Guardiamarinas y el de Antigüones), unas espectaculares construcciones defensivas protegían los impresionantes astilleros que había diseñado Feringán. Y a su vez, fuertes y muralla custodiaban la seguridad de una ciudad que, a costa de las obras desarrolladas durante décadas, había crecido y prosperado de una forma sin parangón en su historia, lo que tuvo unas muy hondas repercusiones tanto urbanas como socioeconómicas, e incluso políticas en las relaciones entre las autoridades locales y los diversos poderes militares que pasaron por la ciudad.

Todo ello tuvo en la ciudad unos efectos de cambio que afectaron sobre todos los órdenes de la vida cartagenera, al punto que, si en la transición del siglo XV al XVI no encontramos hitos o mutaciones complejas y de consideración, sí hay una clarísima diferencia entre los comienzos del XVIII y sus finales. Una profunda reestructuración urbana, unos cambios en la estructura de poder –sobrevenido también por el cambio dinástico y el nuevo modelo de estado que se pretendía implantar–, giros sociales en la composición de los habitantes, auxiliados por la fuerte inmigración; influencia de las nuevas ideas ilustradas y posteriormente liberales, con los consiguientes movimientos políticos, y una dependencia directa que se estableció entre la economía urbana y las inversiones de la Corona; son sólo algunos de los puntos que consiguieron generar, en un siglo, una nueva ciudad, y que necesariamente necesitarían de un estudio histórico aparte.

Precisamente, no son pocas las obras que se han centrado en las construcciones militares del siglo XVIII en Cartagena. Los análisis históricos de Marzal Martínez, Pérez-Crespo Muñoz o Hernández Albaladejo y los alardes documentales de Rubio Paredes y De la Piñera Rivas, al margen de otros estudios muy específicos, permiten un conocimiento exhaustivo de las obras defensivas de este siglo. No obstante, y a pesar de las valiosas aportaciones históricas presentadas en el volumen VIII de la *Historia de Cartagena* o, en menor medida, en el capítulo correspondiente del *Manual de Historia de Cartagena*, solamente la cantidad de documentación que generaron todos los ámbitos que podían hacerlo, convierte al Setecientos cartagenero en uno de los periodos cronológicos que presenta mayor dificultad al historiador a la hora de analizar e interpretar los diversos hechos y datos que plasman. Y por lo tanto, en nuestra modesta opinión, aún está por realizar un estudio global de la ciudad durante los decenios tratados, que ponga en relación, con perspectiva científica, los múltiples y complejos factores que influyeron sobre Cartagena, y que con poca duda será tarea para un numeroso equipo de trabajo bien coordinado.

Si bien muchas veces la documentación manejada excedía sobradamente los márgenes que presenta este estudio, ha sido precisamente el seguimiento de las construcciones defensivas levantadas en la ciudad la que nos ha llevado al análisis, en este capítulo, de la continuidad de las murallas como elementos defensivos principales de la ciudad, su diseño, construcción, sus efectos y utilidad. Esto quiere decir que las páginas siguientes comprenderán un periodo histórico de las fortificaciones de Cartagena muy claro, que abarcará desde que se plantea seriamente la necesidad de dotar a la ciudad con un complejo defensivo eficaz y moderno, acorde con las necesidades que una base naval requería, hasta los años en los que la función de la muralla se cuestiona seriamente como punto defensivo fundamental de la ciudad portuaria. Así se emprenderá el análisis desde los primeros proyectos del Setecientos hasta un periodo comprendido en los años centrales del siglo XIX, en los que diversos informes, igualmente de ingenieros militares, insistieron en la necesidad de dotar a la ciudad otro tipo de sistema defensivo que pudiera hacer frente a un ataque tanto por mar como, especialmente, por tierra, ya que fue éste el sector murado que primero dejó entrever su debilidad para los técnicos militares del XIX, muy influidos ya por las corrientes estratégicas europeas. Fue precisamente por estos años cuando los diversos ministerios de Isabel II volvieron a poner sus miras en Cartagena como la base naval que España necesitaba en el Mediterráneo para la nueva flota en construcción.

Por otra parte, y ya en un ámbito puramente metodológico, emplearemos el término “base naval” para referirnos, durante el siglo XVIII, al complejo de astilleros, apostadero,

defensas y otros espacios relacionados con la capacidad bélica. Aunque fue un término acuñado ya al siglo siguiente, la mayor intención de un estudio histórico, y aún más con una perspectiva general como el presente, ha de buscar una comprensión general de los diversos puntos tratados que, pensamos, la utilización de dicho término facilita. De la misma manera, a la hora de tratar los baluartes de la muralla cartagenera, utilizaremos la numeración que estableció la Comandancia de Ingenieros de la ciudad portuaria a comienzos del siglo XX por ser la más conocida, si bien también se manejará, caso de que exista, el topónimo que los propios cartageneros dieron a sus baluartes.

## EL COMPLEJO DEFENSIVO DE LA ILUSTRACIÓN

### La ciudad borbónica. Un modelo de crecimiento vinculado al estado

Si bien durante el siglo anterior hemos visto cómo se sucedieron los diversos proyectos y algunas obras para convertir a Cartagena en la gran base naval de España en el Mediterráneo, condiciones de diversa índole habían dado al traste con estos planes, que finalmente se harían realidad durante el siglo XVIII. Realmente, el problema que tuvieron los proyectos del Seiscientos fue que, geoestratégicamente, Cartagena no era la única base de galeras con la que contaba la Corona en el Mediterráneo. El dominio sobre la península itálica y sus islas, con los antiguos asentamientos realizados con las flotas genovesas, provocaron que no hubiera una necesidad real de contar con una gran base naval en las costas españolas, y por lo tanto, la de Cartagena no era imprescindible.

Sin embargo, esta situación cambió tras la Guerra de Sucesión. Con la entronización de la dinastía borbónica en la Casa Real de España, entre otros territorios, la Corona perdió el control directo sobre el antiguo reino de Nápoles. Esto, por sí mismo, creaba una necesidad que los nuevos monarcas trataron de solucionar, eligiendo Cartagena como base de las operaciones navales españolas en el Mediterráneo, ya que nuevamente, las bondades de su puerto y la excelente posición geográfica, la hacían idónea para ello.

A comienzos del siglo XVIII, la facilidad de la conquista inglesa y la posterior reconquista borbónica, recordó a las autoridades de la flamante Monarquía, el peligro que le suponía el establecimiento de un segundo Gibraltar o Menorca en las costas del sureste español, pues dejaría a Gran Bretaña la puerta abierta al control de todo el Mediterráneo occidental, estableciendo un eje Atlántico-Mediterráneo a través de cualquier puerto portugués, Gibraltar, Cartagena y Mahón, que rompería el débil “estatus” de fuerzas establecido en el Mare Nostrum tras el tratado de Utrecht. Era pues, una cuestión primordial el asentamiento

de lo posteriormente se ha dado en llamar una *base naval* bien fortificada en la ciudad, cuyo puerto consideraría el conde de Clavijo como *la alaja única que tiene el rey en el Mediterráneo*<sup>1</sup>.

El primer paso para tal fin consistía en asegurar los resortes de poder que la Corona iba a establecer en el viejo reino de Murcia. Ya algunos años antes, y siguiendo un modelo sin duda francés, Felipe V intentó acabar con la tradicional independencia y prolijidad de poderes que existía en el Reino, unificando, en 1703, los cargos de corregidor de Murcia y gobernador militar de Cartagena. Tras la entronización definitiva del Borbón, el cardenal Belluga fue el principal responsable de llevar a cabo una profunda reorganización institucional del territorio, que –al margen de otros aspectos– se encaminó a depurar diversos elementos de conflictividad interna que subsistían tras la guerra sucesoria. El antiguo reino de Murcia estaba siendo modernizado, insertándolo en el nuevo modelo de Monarquía o Estado que se estableció con el nieto del Rey Sol en España.

Pocos años más tarde de estas reformas, vendría una de las decisiones más trascendentes para Cartagena: la creación de los Departamentos Marítimos por Real Orden de 5 de diciembre de 1726<sup>2</sup>. Ello suponía, en primera instancia, que Cartagena dejaba de ser un simple apostadero de galeras, y, a la postre, comportaba para la ciudad la atención definitiva a las obras logísticas y de fortificación, ya que cada capitania había de estar dotada de arsenal y astillero<sup>3</sup> convenientemente defendidos. Terminaron por dar a la ciudad una nueva configuración urbanística, social y económica.

El desarrollo de las obras, el trabajo en el Arsenal, el continuo trasiego de mano de obra, materiales, soldados, navíos, etc. provocaron la mutación de las bases económicas y sociales que la ciudad había tenido desde la conquista cristiana, allá por el siglo XIII. Con la reordenación del estado borbónico, Cartagena quedó vinculada directamente

a una “industria de la defensa” de la que indefectiblemente dependió para bien y para mal. Ya apuntaron Pérez Picazo y Guy Lemeunier que el arsenal de Cartagena fue la principal empresa del reino de Murcia, convirtiéndose en la *proyección regional de la resurrección estatal española*, dinamizando los sectores económicos de la zona, como fueron la producción del esparto para la cabuyería y cordelería, el cáñamo para la jarcia y velas, y, por supuesto, la madera<sup>4</sup>.

Como señala Andrés Sarasa, la Corona gastó en Cartagena durante cincuenta años, nada menos que 1.500 millones de reales<sup>5</sup>. Además, envió a la ciudad a sus mejores funcionarios: ingenieros militares y navales que formaron *el colectivo profesional más avanzado de su tiempo*<sup>6</sup>. Sin embargo, la inversión no se realizó íntegramente dedicada a unas obras militares sin un sentido racional o ajenas a la ciudadanía y el buen vivir de los pobladores. El Siglo de las Luces y su pensamiento racional dio como resultado un modelo de estado Ilustrado que se caracterizó por mantener una política dinámica y preocupada por sus súbditos. Y así, se sucedieron los proyectos para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos, centrándose algunas de estas planificaciones estatales en la felicidad y el bienestar de los pobladores, siendo, por ejemplo, el proyecto de desecación del Almarjal, el de desmonte del cerro de la Concepción<sup>7</sup> (muy relacionado con la búsqueda de suelo urbanizable), o los avances médicos en la ciudad, buena muestra de ello<sup>8</sup>. Un excelente paradigma de esta preocupación que la Corona expresaba por sus ciudadanos fueron las Ordenanzas de Pando y Patiño, corregidor y gobernador en Cartagena en 1736, encaminadas a crear y regular una disciplina urbana muy acorde con su época (una ciudad barroca) y su formación. En ellas se insistía, por destacar algunos puntos importantes, en evitar el acaparamiento del suelo, intentar dar fin a los desmanes constructivos de los propios vecinos,

<sup>1</sup> Apud PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: *El Arsenal de Cartagena en el siglo XVIII*. Madrid, 1992, pág. 225.

<sup>2</sup> Fueron tres: Norte, (capital en El Ferrol), Sur (Cádiz), y Levante (Cartagena); véase el prólogo de don Álvaro de la Piñera Rivas en RUBIO PAREDES, J.M.: *La muralla de Carlos III en Cartagena*. Cartagena, 1991, pág. XXXV.

<sup>3</sup> Véase ANDRÉS SARASA, J.L.: “Morfología de Cartagena en el siglo XVIII”. *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Murcia, 2000, págs. 63-84, págs. 63-64.

<sup>4</sup> PÉREZ PICAZO, M.T. y LEMEUNIER, G.: *El proceso de modernización de la región murciana (siglos XVI-XIX)*. Murcia, 1984, págs. 151-152. Véase también PÉREZ PICAZO, M.T.: “El input del Arsenal de Cartagena en la economía murciana a fines del Antiguo Régimen”. *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*. Murcia, 1987, págs. 1291-1302.

<sup>5</sup> ANDRÉS SARASA, J.L.: “Morfología...”, pág. 64.

<sup>6</sup> Lo señala, de Bonet Correa, HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E.: “Arte, ciudad y arquitectura en la Cartagena del Barroco”. *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Murcia, 2000, págs. 351-398, pág. 357.

<sup>7</sup> Véase RUBIO PAREDES, J.M.: *El castillo de la Concepción de la ciudad de Cartagena*. Cartagena, 1995. págs. 146-151.

<sup>8</sup> TORRES SÁNCHEZ, R.: “Evolución de la población de Cartagena durante el siglo XVIII”. *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Murcia, 2000, págs. 45-60. Seguiremos a este autor en el análisis demográfico de la ciudad. Véanse también, del mismo historiador “Componentes demográficos de una ciudad portuaria en el Antiguo Régimen”. *I concurso de Historia de Cartagena “Federico Casal”*. Cartagena, 1986, págs. 9-141, y *Ciudad y población. El desarrollo demográfico de Cartagena durante la Edad Moderna*. Murcia, 1998 (acerca de este periodo las págs. 180 y sigs.); sobre los avances médicos y hospitales en este periodo, GARCÍA HOURCADE, J.J.: “Hospitales y sanidad en la Cartagena Ilustrada”. *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Murcia, 2000, págs. 305-322.

o planificar una “zonificación”, igualmente racional, de la ciudad<sup>9</sup>. La prosperidad que trajo consigo la profunda intervención estatal en la población, hizo que, cartageneros y visitantes tuvieran una visión nueva de Cartagena. Recordemos las palabras que a la ciudad dedicó Fr. Leandro Soler en 1777: *Hoy es una ciudad de las mas famosas de Europa [...] Asimismo brilla engrandecida Cartagena con sus hermosas, anchas y vistosas calles y plazas, por los muchos balconages de hierro y rejas con que se adornan sus elegantes casas y otros edificios, como son quarteles y habitaciones para la tropa. La puerta de Madrid [...] es primorosa, adornada y costosa. Se compone de dos capaces arcos [...] Toda esta primorosa fábrica es de piedra de sillería, cubiertas sus dos fachadas de primorosa y delicada talla, trabajada en la piedra [...] Tiene la ciudad otra vistosa puerta que se llama de San Joseph [...] Por lo que mira al recinto de la ciudad y barrios contiguos, se miran en el día tan ocupados de casas que no hay palmo de sitio que no este fabricado: y por no ser todavía habitación suficiente para el innumerable gentio que se le ha avecindado; se halla extendida a tres barrios separados que son el de San Antón, Santa Lucía; y el de Quitapellejos*<sup>10</sup>.

### La repercusión social

La afluencia de caudales vino seguida por la de gentes; y en la ciudad fue algo que se notó muy pronto, consiguiendo un crecimiento espectacular. Si se le han calculado, a comienzos de siglo unos 12.000 habitantes, en los años finales del XVIII, la población residente en Cartagena alcanzaba los 50.000 (quince mil familias y más de sesenta mil habitantes, detectaba el viajero inglés Townsend a mediados de los años ochenta<sup>11</sup>), lo que la convertía en una de las diez ciudades más importantes de España. La clara relación de estos índices con la inversión estatal dio como resultado una mayoritaria ocupación laboral en la construcción naval, obras, administración militar o actividades afines, por lo cual, la población se concentró principalmente en el casco urbano. Si a comienzos del Setecientos, 6 de cada 10 habitantes residían en el campo, el índice fue trasvasándose rápidamente, hasta que a mediados del siglo XVIII, 7 de cada 10 habitantes del término vivían en la

ciudad. Estos registros provocaron, a su vez, unos claros frenos al crecimiento, pues el núcleo urbano se concentraba restringido por unos límites naturales muy claros, apareciendo una desmesurada política especulativa del suelo y unos problemas de sanitarios de hacinamiento que sólo los barrios pudieron aliviar en alguna medida. Los problemas que se le presentaron al concejo, tal y como analiza Torres Sánchez<sup>12</sup>, fueron nutridos y complejos, en general de higiene pública, abastecimiento de víveres y aguas, de seguridad, niños expósitos, etc., que, conjugados con el paludismo constante, daban a los ciudadanos residentes en Cartagena del último tercio del XVIII, una esperanza de vida de 25 años.

Sobre el tipo de poblamiento que se estableció en la ciudad portuaria, es muy interesante observar el cuadro que ya publicó Casal<sup>13</sup> sobre la distribución profesional en el área tratada, que fue realizado a instancias de Godoy por el regidor Aurich y García en 1798. La población resultante en todo el término municipal fue de 49.957 individuos, de los cuales, más del 30% de la población resultaron ser militares o relacionados con la Armada, repartidos de la siguiente manera: 461 habitantes pertenecientes al Cuerpo General de la Armada, 47 guardiamarinas, 120 del Cuerpo de Pilotos, 7.008 de las Reales Brigadas, 4.704 de batallones de Marina, 218 del cuerpo del Ministerio, 141 retirados de ambos cuerpos, 57 artilleros del Ejército, 608 del regimiento Soria, 1.824 del de Murcia, 1.365 soldados suizos de Schavalles, un ingeniero del Ejército, 35 retirados del cuerpo, 1.441 presidiarios, 113 capataces y 305 marineros, los cuales sumaban más de 18.000 almas. A estos datos habría que añadir una masa de trabajadores que, cuantificada para el Arsenal, rondaban entre 5.500 y 7.000 hombres<sup>14</sup>.

La dependencia estatal se hizo más patente cuando llegó la crisis. Aspectos económicos derivados de los acontecimientos políticos y militares del XIX, truncaron una ascensión meteórica que se vio, a la postre, ciertamente artificial. Desde 1800, solamente la suspensión de pagos de Marina provocó un derrumbe económico con pocos precedentes que arrastro, en buena medida, a toda la ciudad. Si a ello le conjugamos la situación bélica internacional de finales del siglo XVIII y comienzos del siguiente –la cual

<sup>9</sup> ANDRÉS SARASA, J.L.; “Morfología...”, págs. 72-73.

<sup>10</sup> SOLER, Fr. L.; *Cartagena de España Ilustrada*. Murcia, 1777, págs. 536-539. Cit. por PIÑAR LÓPEZ, J.J.; “Cartagena en los inicios de la guerra de la Independencia”. *I Curso de Historia de Cartagena “Federico Casal”*. Cartagena, 1986, págs. 207-332, pág. 221.

<sup>11</sup> PÉREZ GÓMEZ, A.; *Murcia en los viajes por España*. Murcia, 1984 (Reed.), pág. 36.

<sup>12</sup> TORRES SÁNCHEZ, R.; *Ciudad y población...*, passim.

<sup>13</sup> CASAL MARTÍNEZ, F.; “Hechos de antaño”. *Diario “La Tierra”*. Cartagena, 28-XII-1917.

<sup>14</sup> TORRES SÁNCHEZ, R.; “Componentes demográficos...”, pág. 112.



Lám. 1: La calle Real se convirtió en uno de los principales ejes que articularon la ciudad desde mediados del siglo XVIII. Su existencia respondió, desde un principio, a la creación de una zona de seguridad para el Arsenal que despejaba el campo de visión de esa muralla interior que suponía el lienzo de los astilleros.

retrajo enormemente la actividad comercial—, el hundimiento de las bases económicas estaba servido, y de esto al despoblamiento había un paso. Se entraba entonces, tras la finalización de las fortificaciones y de las obras del Arsenal, en un periodo de muy baja actividad en los astilleros recién construidos, al punto que, desde finales del reinado de Carlos IV hasta el principio del reinado de Isabel II (1795-1849), sólo se construyeron cuatro buques, cuando desde 1750 hasta 1795 se había puesto la quilla de nada menos que 73 navas<sup>15</sup>. La emigración no se hizo de esperar, y en 1804, cuatro años después de la interrupción de pagos, Cartagena presentaba una cifra de 33.222 habitantes, es decir, casi la mitad que treinta años antes. Acontecimientos políticos y económicos, unidos a unos años de malas cosechas, hambrunas continuadas a comienzos del siglo, fiebre amarilla, paludismo y cólera morbo, dieron como resultado que, en 1823, residieran en la ciudad 20.304 habitantes<sup>16</sup>, reducción que, evidentemente, se acusó mucho más en el núcleo urbano. Como colofón, en 1825, Cartagena —como El Ferrol— quedaba como simple apostadero de Marina, reduciéndose en número de departamentos marítimos a uno: el de Cádiz.

Habría que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX, tras el fin de los ayuntamientos liberales y la relativa paz interna española, ya frenadas las guerras civiles, para que el auge minero y las actividades portuarias —incluida la reactivación de los astilleros militares—, consiguieran que Cartagena volviese a tener los antiguos índices poblacionales, que, de nuevo, concentrarían en el casco urbano la mayor cantidad de personas. Y, otra vez, un crecimiento acelerado y algo artificial, que conseguiría elevar la población, en el periodo comprendido entre 1857 a 1900, a los 69.683 habitantes.

### El efecto urbano

Las titánicas obras llevadas a cabo en Cartagena por la Corona, tuvieron una honda repercusión en la morfología urbana, tal y como apunta Hernández Albaladejo, sin precedentes<sup>17</sup>. Las construcciones militares se convirtieron en ordenadoras del espacio urbano, y los diversos planes que se sucedieron durante el siglo, reformaron y estructuraron la ciudad en función de las nuevas obras.

El propio proyecto para la construcción de la muralla, de 1770, ya contemplaba la demolición de edificios y viviendas que, suponiendo un peligro para la seguridad de la línea fortificada, iban a ser derruidos, ya que podrían servir de apoyo a una fuerza enemiga en su avance hacia la ciudad. Así, se ordenó la demolición de las viviendas (*casitas y huertos*) situadas en los alrededores de la fachada norte del cerro de San José y del monte Sacro, pues se iban a construir sendos baluartes en estos sectores; se trataba, nada menos, que de 52 casas que existían al *pie de la falda del monte Sacro, huerto de San Diego y monte de San Joseph, hasta la puerta de este nombre*. Asimismo, también se ordenó el derribo del barrio de Quitapellejos, pues suponía un riesgo para protección del frente de Galeras y puertas de Madrid; de este barrio se apuntaba que *siendo en el día de poca consecuencia lo que se habrá de satisfacer por el valor de las barracas que le comprenden*, no afectaría al coste total de las obras. Otro tanto ocurriría con la ermita de San José, que fue cambiada de lugar cuando la construcción de las puertas y cuerpo de guardia que llevaron su nombre así lo exigía<sup>18</sup>.

Tras la construcción de murallas y fortificaciones, la aplicación de las leyes de Zonas Polémicas repercutía enormemente en la ciudad, y no sólo a la hora de levantar nuevas obras, sino que, en periodos bélicos graves, las autoridades militares no tenían dudas a la hora de barrer las zonas de seguridad exigidas por la muralla. Por ejemplo, la Junta de Defensa establecida en Cartagena tras los sucesos de 1808, y para hacer frente a un posible ataque francés, decidió y ejecutó el derribo de 879 casas que se hallaban *a menos de trescientas cincuenta varas de los ángulos flanqueados de los fuertes y recinto de la Plaza*, y extramuros fueron derribadas 180 en el cabezo de los Moros, 264 en Santa Lucía, 24 en el Hondón, 488 en el barrio de la Concepción y 14 a la mano derecha de la salida de las puertas de Madrid<sup>19</sup>.

Por otro lado, el Arsenal, que en 1750, a pesar de no estar terminado, ya prestaba importantes servicios<sup>20</sup>, se convirtió en el principal eje ordenador de la ciudad, configurando calles fundamentales que hubieron de adaptarse a las nuevas construcciones [Lám. 1]. Al necesitar las instalaciones navales un espacio libre de edificación en sus

<sup>15</sup> VV.AA. (E.N. "Bazán"): *Arsenal de Cartagena. Reseña histórica y buques construidos*. Cartagena, 1979, pág. 3.

<sup>16</sup> Véanse las tablas de crecimiento poblacional de EGEA BRUNO, P.M.: "Los siglos XIX y XX". *Manual de Historia de Cartagena*. Cartagena, 1996, págs. 299-415, págs. 308-309. También TORRES SÁNCHEZ, R.: *Ciudad y población...*, págs. 182-183.

<sup>17</sup> HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E.: "Arte, ciudad...", pág. 351.

<sup>18</sup> RUBIO PAREDES, J.M.: *La muralla de Carlos III...*, págs. 106, 157 y 190.

<sup>19</sup> A.M.C. Ac. Cap. 1813, fol. 236.

<sup>20</sup> MONTOJO MONTOJO, V.: "Obras camineras, portuarias y de abastecimiento de agua en el siglo XVIII". *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Cartagena, 2000, págs. 85-92, pág. 84.

inmediaciones –de acuerdo, nuevamente, con las leyes de Zonas Polémicas–, surgió una vía urbana dependiente directamente de las obras militares del XVIII, “calle de una acera”, que se repetirá, en menor magnitud, en la del Parque [Lám. 2]. *Terminadas las obras de fortificación, se ha de tener cuidado en que las casas no estén demasiado cerca de ellas, y en 1.500 metros se establece el límite de proximidad*<sup>21</sup>, debiendo ser preceptivo, por aquella época, pedir los permisos para la construcción a la autoridad militar competente. La calle Real tuvo desde el principio una función de accesibilidad y seguridad para el Arsenal, pero ocasionó una tensión urbanística constante en una ciudad con poco suelo construible y gran densidad de población por esos años. Incluso, en su acera urbanizada, se levantó el Cuartel de Infantería de Marina y el Penal (Cuartel de Presidarios y Esclavos)<sup>22</sup> [Lám. 3], al tiempo que en los proyectos de Pando y Patiño se diseñaba una gran plaza barroca frente a la puerta del Arsenal: la plaza del Rey. La creación de esta amplia calzada, ya a medio definir en 1751, según un proyecto de Sebastián Feringán y Jorge Juan, además de articular el espacio circundante (calle Jabonerías y el arreglo de la calle del Carmen), requirió el derribo de numerosas casas, cuyos habitantes fueron trasladados al nuevo barrio de San Miguel: Quitapellejos. Como apunta Hernández Albaladejo, las obras se desarrollaron con un gran coste económico, pero también tuvieron un coste social quizá poco cuantificado<sup>23</sup>.

De la misma manera, el Parque de Artillería (1777-86)<sup>24</sup> [Lám. 4], construido en el ancho campo que abarcaban las nuevas murallas, entre los salitres y la vieja puerta de la Serreta, dio lugar a diversas calles cuya morfología se adaptó al edificio: la calle del Parque, y seguidamente la calle San Fernando, estructurando una plaza, hasta ahora inexistente, como fue la Plaza del Parque, de la que surgieron las calles Salitre, la Palma, hasta la plaza de Alcolea<sup>25</sup>. Y asimismo, al ordenarse los alrededores, la vieja rambla de Santa Florentina fue urbanizada por aquellos años, comple-

mentando los planes urbanos que afectaron al conjunto de la ciudad, construyendo escaleras en los desniveles viarios, pavimentando algunas calles o ensayando, incluso, sistemas de alumbrado público. Al tiempo, también se pobló abundantemente –aunque ya estaba ocupado anteriormente– el espacio intramuros comprendido al este del Parque de Artillería, desde la Serreta y calle de la Caridad hasta el límite de la muralla, con calles dispuestas y adaptadas a las irregularidades del terreno, paralelas a la calle del Duque, como fueron la calle del Pozo, Barranco, Macarena, San Antonio el Rico, Lizana, Villalba Larga, San Cristóbal, etc.

La construcción del Hospital Real (1752-62) [Lám. 5]<sup>26</sup> y, posteriormente, el Cuartel de Antigüones<sup>27</sup> (1783-86) [Lám. 6]; con graves problemas de cimentación, por lo que su construcción se dilató, dinamizó el área urbana al este de la ciudad, ocupando unos espacios que se encontraban entonces vacíos y extramuros hasta la construcción de la nueva muralla. Estos edificios actualizaron las calles que se habían formado el siglo anterior en torno a la plaza de la Merced, y que, partiendo del viejo camino a San Ginés –ahora calle del Duque y San Diego–, subían hacia el anfiteatro, por esos años convertido en cementerio. Fue entonces cuando dichas vías (calles Marango, Montanaro, del Ángel, del Alto, Don Matías) adquirieron población, prestigio y vitalidad.

En el área portuaria, la nueva muralla que lindaba con el mar exigió una remodelación física de las condiciones geográficas que presentaba el monte de la Concepción. Al construirse la línea murada, surgió un espacio elevado que, además de componer la superficie defensiva marítima (artillería, cuerpos de guardia, polvorín...), creó un espacio urbanizable sobre el que se levantó, años más tarde (1810), la Academia de Guardiamarinas [Lám. 7]. La presión urbanística que existía en los años ochenta del siglo XVIII sobre toda el área de la ciudad, condujo a que Vodopich urbanizara aquella zona en 1784, quedando perfectamente detallada en el plano realizado por Zappino Esteve<sup>28</sup>. Aquél

<sup>21</sup> MARZAL MARTÍNEZ, A.: “El plan de defensa del puerto de Cartagena”. R.H.M., nº 43. Madrid, 1977, págs. 119-139, pág. 122. Véase también, de la misma autora, “Las fortificaciones de Cartagena en el siglo XVIII”. R.H.M., nº 41. Madrid, 1976, págs. 29-41.

<sup>22</sup> Véase PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: Ob. Cit., págs. 256-257 y 261-263.

<sup>23</sup> Véanse DE LA PIÑERA RIVAS, A.: “El ingeniero militar Sebastián Feringán, constructor del Real Arsenal de Cartagena”. R.H.N., nº 8. Madrid, 1985, págs. 111-139, y de HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E.: *La fachada de la catedral de Murcia*. Murcia, 1990, pág. 427 y “Arte, ciudad...”, pág. 396, nota 5.

<sup>24</sup> Sobre el Parque, véase RUBIO PAREDES, J.M.: *Historia del Real Parque-Maestranza de Artillería de Cartagena*. Cartagena, 1989. También es interesante la reseña de PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: Ob. Cit., págs. 257-261.

<sup>25</sup> Para todo ello, véase ANDRÉS SARASA, J.L.: “Morfología...”, págs. 66-72.

<sup>26</sup> Véase SOLER CANTÓ, J.: *El Hospital Militar de Marina de Cartagena*. Cartagena, 1993, y la más antigua de CAÑABATE NAVARRO, E.: *Bosquejo histórico del Hospital Militar de Marina de Cartagena*. Cartagena, 1956.

<sup>27</sup> Véase PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: Ob. Cit., págs. 263-270.

<sup>28</sup> S.H.M., sign. 2642. Existe otro del mismo autor fechado en 1794: S.H.M., sign. 2641 (18).





Lám. 2: También la calle del Parque, al igual que la calle Real, quedó estructurada por un edificio militar, en este caso el Parque de Artillería, que articuló una calle con una sola acera de viviendas.

año, una Real Orden mandaba que *se repartan los dos terrenos propios del rey situados a la parte del mediodía y la del norte de esta Plaza, para construir casas de habitación, con la condición de que los escombros y escabación se transporten adonde se les mande, de cuenta de los sugetos a quienes se distribuyan por la Junta de Fortificaciones estos terrenos, como también la de sugetarse a las reglas y modelos que se les prescriban, a fin de que se consiga con este reparto de terrenos aumentar y ermohear esta ciudad*. Al poco, las parcelas serían totalmente ocupadas<sup>29</sup>; se trata de otro excelente ejemplo de la servidumbre a la que, necesariamente, se sometió al espacio urbano en Cartagena como plaza militar, y otro paradigma del cuidado, racionalidad y planificación que mostraron los ingenieros militares en la ciudad. El posteriormente conocido como paseo de la muralla, siendo un área militar, cumplía además la función de mejorar la comunicación del Hospital Real y el Cuartel de Antigüones con el resto de la ciudad, dejando

expedita una vía que, por encima de la muralla, recorría el perímetro urbano [Lám. 8].

En esta misma zona, el concejo intentó, en 1788, y en consonancia con el resto de las grandes obras que se estaban llevando a cabo en la ciudad, construir un nuevo edificio consistorial que, sin embargo, finalmente no consiguió. No obstante, durante toda la segunda mitad del XVIII, el viejo ayuntamiento construido el siglo anterior, fue sometido a considerables reparaciones y remodelaciones, en las que, por supuesto, intervinieron los ingenieros y el personal destinado a las obras militares que se estaban realizando en Cartagena, y así, por ejemplo, Sebastián Feringán introdujo ciertas modificaciones al proyecto que le presentó el ayuntamiento para levantar un nuevo capitel para la torre reloj de la casa consistorial<sup>30</sup>.

Por otra parte, la muralla se jalonó con bellas puertas monumentales que comunicaban la ciudad con sus principales y antiguos caminos. Las puertas de Madrid, de San

<sup>29</sup> RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, pág. 144.

<sup>30</sup> Todo ello en TORNEL COBACHO, C.; *El gobierno de Cartagena en el Antiguo Régimen. 1245-1812*. Cartagena, 2001, págs. 141 y sigs.

José y del Muelle, con sus escudos de armas, pero en especial con su estilo neoclásico, representaron el poder del estado en la ciudad, aumentando al visitante la sensación de entrar en una plaza fuerte [Lám. 9]. A su vez, las puertas, como elementos dinamizadores de la muralla y de la población, generaron nodos y plazas según los requerimientos y las actividades, como fue la plaza de los Carros (lonja de contrataciones), en las puertas de Madrid, o el proyecto de creación de una plaza ovalada, típicamente barroca, a las afueras de dichas puertas, que estructuraba y ordenaba los caminos que de ellas partían. Otros accesos al interior del recinto tuvieron un papel muy limitado y específico, pero que no por ello dejan de resultar interesantes; por ejemplo, la puerta del Socorro comunicaba –con una función exclusivamente militar– la Plaza con el castillo de los Moros a través de un camino cubierto; y la poterna del Hospital Real daba acceso directamente a este centro sanitario con el mar, con lo cual, los enfermos ingresados podían entrar del navío al hospital sin pasar por el resto de la ciudad.

Con semejante crecimiento poblacional, la ciudad no tardó demasiado en intentar proveerse de un lugar digno para el culto, ya que, hasta entonces, el templo parroquial más grande con el que contaba la ciudad era la vieja Iglesia Mayor, que acusaba ahora los achaques del tiempo y los problemas de cimentación en su sector norte que siempre tuvo. Así, los feligreses preferían la pequeña ermita de Santa María de Gracia, más centrada en el casco urbano y con mejor acceso. Como señala Hernández Albaladejo, el concejo se convirtió en el principal impulsor de la nueva iglesia ya por el año 1712. La intención era levantar un templo de grandes dimensiones (“basílica” la llaman los documentos al comenzar las obras), cuya intención última era la restitución de la residencia episcopal. Aceleradas las obras a partir de 1777, coincidiendo con la abundancia de materiales, mano de obra, maestros alarifes, ingenieros, etc., posteriormente la antigua iglesia de la Asunción se convertía en ayuda de parroquia, y el cabildo de beneficiados se trasladaba al nuevo templo de Santa María de Gracia <sup>31</sup> [Lám. 10].

De igual manera, los viejos conventos del XVI y XVII, fueron remozados o ampliados, al tiempo que se creaban otros al trasladarse los frailes mercedarios al centro urbano (San Diego). También, dentro y fuera de las murallas creció el número de ermitas que se convertían en lugares de

rogativas, romerías, y que incluso llegaron a ser ayudas parroquiales en los poblados barrios de San Antón o Santa Lucía, que cubrían el culto en aquellos lugares.

Precisamente, la disgregación de la ciudad, cuando comenzaban a poblarse abundantemente los barrios antiguos o de nueva creación, como Santa Lucía, San Antón o San Miguel (barrio de la Concepción), exigió la habilitación de los caminos con los que se comunicaban con el núcleo urbano. Dichos caminos, ordenados por los ingenieros militares, dieron lugar a bellas avenidas, paseos y arboledas, como lo fueron el Paseo de las Delicias [Lám. 11] o la Alameda de San Antón [Lám. 12].



Lám. 3: En la calle Real, en su tramo más cercano al puerto, se levantó un gran edificio que formaba parte del complejo del Arsenal: el Cuartel de Presidarios de Cartagena, que en sus últimos años de actividad fue el Centro de Instrucción de Marinería, y previsiblemente será el gran museo Naval que la ciudad requiere.

### Conducciones de agua, caminos, obras portuarias y el desvío de las ramblas

Como ya hemos indicado, la gran afluencia de gentes y mano de obra para el Arsenal y las diferentes obras y construcciones, y, por supuesto, los requerimientos propios de las grandes instalaciones militares, generaron diversos tipos de necesidades imprescindibles. Y así, se crearon encauzamientos de aguas –que siempre había sido uno de los problemas de la ciudad <sup>32</sup>– desde fuentes lejanas, como la de Los Dolores, cuya obra fue planificada por León y Mafey y Feringán, o la antigua fuente de San Juan, que en 1761-63 fue canalizada hacia la ciudad bajo un proyecto también realizado y dirigido por Sebastián Feringán. Fueron abastecimientos que, principalmente, intentaban paliar la escasez de agua en la ciudad y la necesidad continua del Arsenal, y así, se construyeron o adecentaron las fuentes de Santa Catalina, San José, La Merced, San Francisco y San Sebastián, dotando de agua a las principales plazas de la ciudad <sup>33</sup>. Se llegó incluso a comenzar el viejo proyecto de

<sup>31</sup> Sobre el templo, véanse, de HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E.: “Arte, ciudad...”, págs. 369-373, y “El templo de Santa María de Gracia de Cartagena: un proyecto inacabado”. *Inmafronte*, nº 1. Murcia, 1985, págs. 87-105. También, el monográfico de RUBIO PAREDES, J.M.: *El templo de Santa María de Gracia de Cartagena, heredero de la catedral antigua*. Cartagena, 1987.

<sup>32</sup> Sobre este asunto se pueden consultar: GUARDIOLA, R.: *Las aguas de Cartagena: historia de un problema municipal*. Madrid, 1928; MEDIAVILLA SÁNCHEZ, J.: *Cartagena y las aguas de la región murciana*. Murcia, 1989 (Ed. Facsimil de la de 1929); y MONTANER SALAS, M.E.: *Norias, aceñas, artes y ceñiles en las vegas murcianas del Segura y del Campo de Cartagena*, Murcia, 1982.

<sup>33</sup> Véase PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: Ob. Cit., pág. 331.



Lám. 4: El Parque de Artillería fue otro de los grandes edificios militares construido durante la segunda mitad del siglo XVIII, convirtiéndose desde aquel momento en una de las construcciones más admiradas de la ciudad. Su función puramente castrense, evidente hasta hace unos años, se ha diluido parcialmente –tras su brutal mutilación en las alas norte, oeste y sur– para formar parte del patrimonio visitable de la población, con el establecimiento del Museo Militar y, en un futuro cercano, el Archivo Municipal de Cartagena.



Lám. 5: Otra de las grandes construcciones militares de la ciudad portuaria fue el Hospital Real. Diseñado por Feringán, constituye uno de los ejemplos más espectaculares de la arquitectura militar europea del siglo XVIII. Su excelente orientación, enclavado frente al mar, y la reciente restauración y habilitación para la Universidad Politécnica, lo convierten en uno de los edificios más representativos de Cartagena.



Lám. 6: Al lado del Hospital Militar, y para dar cabida a la numerosa guarnición establecida en Cartagena, se levantó el llamado Cuartel de Antiguones. Siguiendo unas líneas similares al edificio hospitalario, muy pronto achacó problemas de cimentación que alargaron el tiempo de su construcción, y ha sido uno de los puntos previos que han debido de solucionar los arquitectos para su futura rehabilitación para la Universidad Politécnica.

trasvase desde los ríos Guadalentín, Castril y Guardal, cuando la ocupación de los campos lorquinos y cartagenos y su productividad, aconsejaban ese agua para el riego<sup>34</sup>.

Otro de los menesteres que exigía el tipo de ciudad que se estaba configurando era tener una buena comunicación, con rutas controladas, modernas y estables, propias del estado de corte centralista que se pretendía formar, cuyo sistema de diligencias y postas estaba siendo establecido y renovado. El viejo camino que comunicaba a Cartagena con Murcia, y por ende, a la ciudad portuaria con el resto de Castilla, fue arreglado durante los años 1782-84, dentro de un plan global que afectó, en mayor o menor medida, a toda la Península. Igualmente importantes eran las rutas marítimas, y si hasta 1670 la actividad portuaria se había centrado en los muelles de la Plaza y de San Leandro, la reanudación del crecimiento comercial y la vital necesidad de desembarque de vituallas, materiales y gentes, requirieron de una ampliación del muelle de la Plaza, proyectada por Alejandro Res en 1737 y, posteriormente, completada con un rompeolas. Y además de la posible construcción del muelle de Santa Lucía<sup>35</sup> (probablemente más dedicado a labores pesqueras), el mar de Mandarache fue objeto de diferentes y espectaculares dragados –las “limpias”– bajo los proyectos y direcciones de Res, Montañú, Esteban Panón o Sebastián Feringán.

La atención que se prestó a los dragados y acondicionamientos del mar de Mandarache (prácticamente colmatado en la época), para convertirlo en dársena de los navíos militares, llevó a solucionar uno de los problemas más acuciantes de la ciudad, como era el de las avenidas torrenciales de las ramblas de Benipila y Saladillo, no sin antes llevar a cabo complejos proyectos y trabajos. El ingeniero Montañú, retomando los proyectos anteriores de Res, ideó desviar las dos ramblas hacia la Algameca Chica, algo que se realizó en los años 20 del XVIII [Lám. 13]. Sin embargo, la cantidad de avenidas y la poca capacidad de las canalizaciones realizadas, forzaron a cambiar el primitivo proyecto, desviando la del Saladillo hacia el Mar Menor, acabando las obras hacia 1740<sup>36</sup>. A pesar de esta obra, el Almarjal siguió siendo una zona pantanosa que también fue punto de atención por parte de los ingenieros militares, ya

que suponía para la población un foco de enfermedades cíclicas y continuas que azotaban a los habitantes con mayor o menor intensidad. Si bien, a la postre, el problema sanitario no se solucionó, se desarrollaron estudios y proyectos que pretendían eliminar semejante problema, entre ellos el de Ordovás<sup>37</sup>, que finalmente generaron el Plan de Ensanche de 1792, en el cual ya se pueden observar los trazados rectos, de manzanas ordenadas, del tipo urbanizado a partir de los años cincuenta del siglo XX<sup>38</sup>.

### Proyectos, informes y realidad de la fortificación

Cartagena inauguró los primeros años del siglo XVIII con el azote del conflicto sucesorio hispánico que enfrentaba a toda Europa. Los preparativos para defenderse de la flota inglesa no se hicieron de esperar. En 1704 el regidor Martínez Fortún declaraba sobre la ciudad que era *capital, puerto de mar y frontera de África, y que la circunvalación que antiguamente tenía se a arruinado, de suerte que oy se haya esta ciudad habierta por todas partes, sin más resguardo que el del castillo que ai. Por tan justo motivo como el de su antigüedad y estimación, se debe mantener...*<sup>39</sup>. Al año siguiente, se trataba en el concejo la reconstrucción del fuerte de la Podadera [Lám. 13]. Dada la precaria situación defensiva de la ciudad, el regidor Francisco Montenegro se oponía a gastar dinero en la obra, pues alegaba la falta de piezas artilleras y el mal estado de la muralla: *...dieciséis cañones montados, chicos y grandes, imposibilitados de usar de ellos, si sólo de cuatro tan solo a lo más, pues por lo que toca a los cañones que están en la parte de Levante, que son los de mayor calibre, más alcance y mayor número de los referidos dieciséis, no se puede usar de ninguno de ellos por estar totalmente arruinada parte de aquella muralla en donde han de estibar, y lo restante cayéndose, por cuya razón se han retirado de aquella forma o postura en que siempre están apuntando para poder combatir; y por lo que toca a las cinco piezas que están en la parte de Poniente casi sobre la bóveda, uno más o menos, dos de hierro, y uno de bronce de mediano calibre y dos culebrinas, que están por piezas de poca munición, destinadas para los saludos, no se pueden usar de todas ellas respecto del poco sitio, por*

<sup>34</sup> Véase MONTOJO MONTOJO, V.: “Obras camineras...”, pág. 90-92. Un copioso aporte documental sobre este asunto y sus precedentes en RUBIO PAREDES, J.M.: *La financiación de la construcción del canal de Murcia en los siglos XVI-XVIII*. Murcia, 1998.

<sup>35</sup> Se cita en 1770: MONTOJO MONTOJO, V.: “Obras camineras...”, pág. 89.

<sup>36</sup> Véase MARZAL MARTÍNEZ, A.: “Cartagena, modelo de ingeniería militar del siglo XVIII”. *Historia de Cartagena*, vol. VIII. Murcia, 2000, págs. 423-456, pág. 432.

<sup>37</sup> PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.; Ob. Cit., pág. 251.

<sup>38</sup> Véase el plano y el comentario en HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E.: “Arte, ciudad...”, pág. 355.

<sup>39</sup> Apud RUBIO PAREDES, J.M.: *El castillo de la Concepción...*, pág. 110.



Lám. 7: El Cuartel de Guardiamarinas (hoy Servicios Generales de la Armada) representa el colofón de los edificios militares, no destinados específicamente a la defensa de la Plaza, que rodearon las zonas inmediatamente posteriores a la muralla. Su imagen neoclásica, en el centro aproximado de la fachada marítima de la ciudad, lo convierte en otro de los paradigmas dieciochescos de Cartagena, si cabe, más resaltado aún al estar levantado sobre la escalinata modernista de acceso al paseo superior de la muralla.

*estar hundiéndose la bóveda del muelle y toda la portada de la puerta principal de él, con que absolutamente por esta parte, que es por donde está la plaza, tiene la principal defensa, se halla imposibilitada de ella, teniendo tan próxima la campaña...*<sup>40</sup>

Sin embargo, a pesar de estos preparativos, ciertamente de poca envergadura, poco después de la defección del conde de Santa Cruz de los Manueles y de la escuadra de galeras de España de la que era su cuatralbo, en 1706, la ciudad caía en manos del Archiduque por capitulación. Nada más conquistada, los ingleses trataron de complementar las defensas existentes fortificando con murallas de tapial el frente de la Puerta de San José, construyendo obras de campaña en los cerros de Atalaya y Picachos, y levantando la torre circular que aún perdura en el monte de San Julián (en el interior del actual castillo) [Lám. 14]. Fueron medidas encaminadas a una mejor defensa contra los ataques procedentes del interior y posibles desembarcos en

Escombreras y las Algamecas, dado que el puerto lo consideraron bien defendido con las baterías de Trincabotijas y Podadera. Igualmente tuvieron en cuenta el aumento de alcance y eficacia que había experimentado la artillería, por lo que decidieron la ocupación de los padrastrós que rodean la ciudad. Sin embargo, su error estuvo en no controlar (quizá por falta de tiempo) el cerro de los Moros.

La reacción borbónica no se hizo de esperar. Después de los encuentros armados del Huerto de las Bombas y el Albuñón, las tropas del duque de Berwick se unieron a las del cardenal Belluga para poner sitio a la ciudad. Tras el asalto a las baterías de Trincabotijas y Podadera, se realizaron los aproches necesarios para cavar trincheras y hacer explanadas artilleras en el cabezo de los Moros<sup>41</sup>, cuyos disparos certeros pronto batieron el núcleo urbano y la moral de los sitiados [Lám. 15]. El 18 de noviembre de 1708, la ciudad se entregaba a Felipe V, sin que pudiera librarse de algunas horas de saqueo<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Apud COTALLO DE ARANGUREN, M.D.: *Cartagena y el primer Borbón de España (Guerra de Sucesión)*. Murcia, 1982, pág. 69.

<sup>41</sup> Es muy interesante la intencionalidad en la narración de estos hechos que existe en las páginas del proyecto de Martín Zermeño: S.H.M., sign. 0-10-108.

<sup>42</sup> MARTÍNEZ RIZO, I.: *Fechos y Fechas de Cartagena*. Cartagena, 1998 (Reed.), págs. 523-524.



### **Las murallas en las primeras décadas del siglo XVIII**

Si tomamos como referencia los años en los que comenzaron los primeros proyectos del Arsenal, las murallas de Cartagena eran aún un conglomerado de fortificaciones antiguas y obras provisionales modernas.

El frente oeste, donde se iba a comenzar la construcción de los astilleros y dependencias militares, estaba aún delimitado por la muralla construida en la segunda mitad del siglo XVI, y comprendía los baluartes de San Juan (más bien torre, ya que el proyecto de ensanchamiento de Possi, en 1669, no se llevó a cabo) hasta el de la Puerta de Murcia (del Camposanto, se le llamaba entonces), incluyendo intramuros la vieja Casa del Rey y el hospital de Galeras. El frente Norte comenzaba, de oeste a este, por el baluarte anterior, que junto al del Molinete formaban los caballeros destinados a defender la Puerta de Murcia. Seguían siendo baluartes del XVI, presentando el del Molinete, aún, un orejón a la altura de la calle Cantarerías, que quizá se conservó para flanquear la puerta, manteniendo un método de fortificación igual que siglo y medio atrás. Por tanto, el arrabal de San Roque seguía excluido de la línea murada, e incluso se presentaron algunos proyectos, durante la primera mitad del XVIII, que preveían su desaparición –como el de Juan José Navarro, marqués de la Victoria, en 1746–, ya que no faltaron los planes que situaban la dársena de galeras sobre el Almarjal. Sin embargo, el recorrido de la muralla sobrepasaba la fortificación del XVI a partir del vértice del viejo baluarte de la Serreta, y continuaba por encima de esta elevación hacia el monte Cantarranas y cerro de San José, donde, tras un retranqueo, avanzaba un baluarte o semibaluarte. El frente Este, igualmente tapiado entre este último cerro y Despeñaperros, e interrumpido por la puerta de San José, quebraba para dar lugar al frente Sur en el cerro anterior, llamado por entonces cabezo de la Cruz. Así, la línea de muralla discurría tras el anfiteatro romano, a la altura de las actuales calles de la Linterna y Antigüones, abriéndose en este sector una puerta, la del Ángel, que ha fosilizado el topónimo en la calle a la que daba salida. Esta muralla se unía de nuevo con el vértice del antiguo baluarte de las Beatas, que junto al de la Princesa eran parte de las reutilizadas murallas de los Austrias. Y así, la fortificación continuaba la línea de costa por el castillo de la Concepción, Gomera, puertas del Muelle y San Leandro hasta el baluarte de San Juan. De este recinto defensivo precedente al terminado en los años ochenta del Setecientos, que realmente constituyó la muralla de la ciudad durante la mayor parte del siglo XVIII, se conserva un tramo comprendido entre los cerros de la Serreta y Monte



Lám. 8: Una de las zonas urbanizadas durante las magnas obras del XVIII cartagenero fue la zona superior de la muralla en su fachada marítima, dando también salida a la construcción de viviendas durante una época de graves carencias de suelo edificable. A pesar de los problemas que ocasionaba el habitar en unas viviendas civiles sometidas a jurisdicción militar (por estar sobre la muralla), gracias a esta situación la altura de los edificios no sobrepasó la altura del Cuartel de Guardiamarinas hasta que desapareció la demarcación castrense.

Sacro, perfectamente visible en la esquina de la plaza de López Pinto (Ángel Bruna-Muralla de Tierra), y semienterrada bajo la fachada norte de las casas que se construyeron en el comienzo de la calle del Rosario hasta la altura de la calle del Barranco, donde debe de continuar por la calle Subida al Molino (se observan, en las cimentaciones de las casas restos de lo que parece ser este tramo de fortificación, poco antes de llegar al molino que aún subsiste, convertido en vivienda, en el cabezo de la Serreta), dejando así el requiebro de dicha muralla su fosilización en los trazados urbanos de la zona [Lám. 16]. Siguiendo esta línea, sobre Montesacro, se levanta otro de los puntales también conservado<sup>43</sup>. No obstante, su sistema constructivo –a pesar de que las piedras empleadas son de mayores dimensiones y presentan materiales claramente reutilizados– es

<sup>43</sup> Curiosamente algunos planos del XVIII rotulan a este tramo de lienzo como *muralla de Carlos 5º* (S.G.E., sign. L.M. 3º-2ª-c-nº 14, publ. por RUBIO PAREDES, J.M.; *La muralla...*, pág. 182), cuando evidentemente no parece que fuera construida en tiempos del Emperador.

muy semejante al usado en la muralla de Carlos III, es decir, bloques de piedra cuadrada rodeados de pequeños cantos irregulares sujetos con mortero de cal.

En resumen, ya en la primera mitad del siglo XVIII, las defensas de Cartagena resultaban tan insuficientes como las del siglo anterior, y, desde luego, poco apropiadas para dar cabida a una población que había de servir a la base naval que se pretendía construir. La ciudad, frontera con un Mediterráneo muy controlado por los buques británicos, no podía estar tan expuesta, y mucho menos si había de albergar los astilleros y el asiento para la flota que se preveía construir.

### **Los primeros bosquejos: Viller Langot, Alejandro Res y Montañigú de la Perille**

La guerra de la Sucesión, como ya se ha señalado, demostró lo conveniente que hubiera sido tener la ciudad aprestada, defendida y acondicionada. Una de las medidas que primero se tomaron tras el tratado de Utrecht, fue enviar a un ingeniero militar, Toribio Martínez de la Vega, auxiliado por el teniente Casal, para realizar un proyecto que tratase de dar solución al viejo sistema de alojamientos provisionales para la tropa en locales de alquiler. Ingeniero de gran valía y hombre de prácticas resoluciones, Martínez de la Vega realizó el diseño para acondicionar el viejo castillo de la Concepción<sup>44</sup>, ya obsoleto para las defensas de la Plaza, y convertirlo en acuartelamiento de las incrementadas tropas de la ciudad. Dicho proyecto resulta muy interesante por dos aspectos: el primero resulta evidente, ya que el número de soldados hubo de aumentar considerablemente tras la toma de la ciudad y con la flota inglesa amenazando continuamente las costas hispánicas, pero el segundo es si cabe más interesante, pues no está demás señalar el contingente de cartageneros que fueron adeptos al archiduque y continuaban viviendo en la ciudad<sup>45</sup>. Parece claro que hubiera sido una buena solución, para el control de la propia población establecer un cuartel fortificado en pleno centro de la ciudad y con acceso directo al puerto. Sin embargo, este proyecto no se llevó a cabo, quizá porque, como después se veía durante los primeros tanteos que sobre el papel se hicieron para fortificar la ciudad, dada su estratégica situación, la antigua fortaleza entraba dentro del sistema defensivo, terrestre y marítimo, como muestran los planos de Montañigú o Feringán.



Lám. 9: Mediado el siglo XIX, las puertas de Madrid presentaban este aspecto, dando paso —a través del puentecillo que salvaba la acequia de desagüe del Almarjal— al barrio del Carmen, arrabal que por fin quedó intramuros en el siglo XVIII, a pesar de su existencia desde dos siglos antes, dejando así atrás las viejas puertas de Murcia. Estos vanos monumentales de la muralla del Setecientos comunicaban a la ciudad con el incipiente barrio de San Antón, con Murcia y con el resto de Castilla, por lo que se convirtió en una de las zonas más activas de la población.

Para la flamante monarquía, y por tanto, para el ya rey Felipe V, era prioritario el establecimiento de las galeras en el puerto, ya que suponía hacer frente, con los escasos medios existentes, al poder naval británico en el Mediterráneo. Sería en este momento cuando los gastos empleados en la fortificación y defensa de la ciudad pasaron a depender del Estado, y no, como anteriormente, de los *bolsillos de los vecinos de la ciudad, cuyas economías nunca fueron muy boyantes*<sup>46</sup>.

Con la finalidad de adecuar una dársena exclusivamente dedicada a tareas militares en el mar de Mandarache, la Corona envió en 1716 al ingeniero militar de origen francés Luis Viller Langot, coronel del Ejército y jefe de la Comandancia de Ingenieros del reino de Murcia, de reciente creación borbónica. Parece conveniente insistir en que estos proyectos de habilitación del puerto, y de creación de una base naval con sus correspondientes dotaciones materiales y humanas, respondían, como afirma Montojo Montojo, a las necesidades heredadas de finales del siglo anterior (recuérdese el proyecto de Lorenzo Possi para la base de galeras), y no a las grandes obras civiles ilustradas<sup>47</sup>.

Se inauguraba así un nuevo periodo de estudios topográficos que dieron como resultado un mejor conocimiento del relieve del terreno y los fondos marinos. Esta labor

<sup>44</sup> A.G.S. G.M., leg. 3475. El plano acompañante en A.G.S. M.P.D., XXV-100. Publ. por RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, pág. 114.

<sup>45</sup> Véase HENÁREZ DÍAZ, F.; "El siglo XVIII". *Manual de Historia de Cartagena*. Murcia, 1996, págs. 221-298, pág. 222.

<sup>46</sup> MARZAL MARTÍNEZ, A.; "Plan de defensa...", pág. 127.

<sup>47</sup> MONTOJO MONTOJO, V.; "Obras camineras, portuarias...", pág. 84.





Lám. 10: En el apartado de los edificios religiosos construidos durante este periodo destaca la edificación de la iglesia de Santa María de Gracia, nacida con una vocación de catedral tan frustrada como la de la vieja Iglesia Mayor. Esta última cedió sus importantes y antiguas labores como iglesia parroquial al nuevo templo, más grande, cómodo y accesible, quedando la iglesia medieval como ayuda de parroquia.

quedó reflejada principalmente en dos importantes planos: el primero, firmado por Langot en abril de 1716, y un segundo que suponemos del mismo ingeniero o de su equipo <sup>48</sup>.

El plano de 1716, que presentaba el litoral cartagenero desde la Algameca Chica a la ensenada de Escombreras, muestra, además de las cotas de los fondos marinos, las primitivas fortificaciones de la bocana: Trincabotijas, Santa Ana, el fortín de Navidad y la punta de la Podadera, que estaba comenzada por aquel entonces [Lám. 17]. Para nosotros, es éste el primer plano verdaderamente topográfico

que se realiza sobre Cartagena, sujetándose el autor a las más avanzadas normas de la cartografía de la época. Y así, da como resultado una estimable exactitud en las formas y distancias, empleando para la representación del relieve del terreno el sistema de “diapasones”, adelantándose, de forma muy elemental, al coronel D. Antonio Sánchez Osorio, quien en 1846, por influencia de la cartografía francesa, reglamentaba el uso de tal sistema <sup>49</sup>. De nuevo, insistimos que estos proyectos fueron herencia de la última década del siglo XVII, ya que este proyecto es extraordinariamente semejante al planificado por Possi cincuenta años antes, es decir, aprovechando el antiguo muelle de la Plaza para, a partir de él, cerrar un pequeño puerto.

Mientras, el plano de 1721, no sólo abarcó el litoral anterior incrementado con la Algameca Grande, sino que además se adentró en el recinto de la Plaza, sus extramuros, realizando el trazado de algunos caminos y calles, empleando distintos colores. Es un importante testimonio del relieve cartagenero, urbanismo y sus defensas antes de iniciar las obras del siglo que nos ocupa. Esta imagen correspondía a un proyecto más ambicioso, pues había pasado de un pequeño fondeadero bajo el castillo de la Concepción, a una ensenada más grande situada en las cercanías del Despalmador, donde, que sepamos, desde el siglo anterior habían atracado las galeras. Tal fue la importancia de estos primeros intentos que, en 1721, el ingeniero general Verboom visitaba la Plaza para conocer *in situ* el terreno.

La persistencia en construir y adecuar una base para las galeras y navíos de la Corona fue continua, y si en algo coincidían los ingenieros era en desviar las ramblas que cegaban el mar de Mandarache. Así, además de los ya mencionados proyectos para tal fin, entre 1723 y 1725, Antonio Montaignut de la Perille realizó un diseño <sup>50</sup> que daba cumplimiento a la decisión real de construir una base naval en lugar del simple puerto-refugio para galeras y navíos, lo cual implicaba ya la transformación de la ciudad de Cartagena en plaza fuerte. Además, se completaba este proyecto con una remodelación completa del antiguo castillo de la Concepción, si bien manteniendo lo aprovechable: *...las fortificaciones que propongo consisten en la reedificación del castillo, construyéndolo de una figura más regular, a proporción de lo que permite lo reducido del terreno; aprovechando, no obstante, de todo lo que se halla en buen estado.* Así, se planteaban las defensas de la Plaza

<sup>48</sup> S.G.E., sign. L.M. 3ª, 2ª, c-nº 7 y nº 45.

<sup>49</sup> SÁNCHEZ OSORIO, A.; “Instrucciones para el dibujo geo, topográfico, etc., gráfico y diapasones de trazos de pluma que se usarán por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército para el dibujo de los planos y mapas (1846)”. *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército*. Madrid, 1911, pág. 523.

<sup>50</sup> S.G.E., sign. L.M. 3ª-2ª-c-nº 32. Publ. por RUBIO PAREDES, J.M. y DE LA PIÑERA RIVAS, A.; *Los ingenieros militares en la construcción de la base naval de Cartagena (siglo XVIII)*. Madrid, 1988, fig. 4.



Lám. 11: El siglo XVIII dio paso también a la amplitud de los espacios urbanos en servicio de la calidad de vida de los ciudadanos y el embellecimiento de la ciudad. Uno de los ejemplos más claros en Cartagena fue el Paseo de Las Delicias, *racionalizando* el antiguo camino que unía la Plaza con el pequeño barrio pesquero de Santa Lucía.



Lám. 12: Otro de los caminos que entró en los planes ilustrados de la ciudad fue el tramo de la vía a Murcia que comunicaba Cartagena con el barrio de San Antonio Abad, dando como fruto una agradable y bella alameda que partía desde las puertas de Madrid, y que ha mantenido actualmente, quizá mejor que el Paseo de Las Delicias, el espíritu de concordancia entre el solaz paseo y el trasiego negociante de mercancías.



Lám. 13: Desde el principio de las obras para habilitar una dársena interior en el puerto de Cartagena, se tuvo claro que era absolutamente necesario desviar las ramblas que cegaban el mar de Mandarache. Por ello, la primera gran obra de ingeniería fue la construcción de un malecón por donde finalmente se desviarían las aguas de la rambla de Benipila hacia la Algameca Chica.

también desde tierra, y no sólo desde las baterías de costa<sup>51</sup>. Desechada finalmente la reconstrucción de la vieja fortaleza, los proyectos fueron pronto juzgados también por el ingeniero Alejandro de Res, que llegaba a Cartagena en 1728, cuando ya se había creado el Departamento Marítimo del Mediterráneo. Esta circunstancia obligó a reformar el proyecto de Montaigut, que supeditó a la dársena el necesario sistema defensivo para el arsenal que se pretendía construir. Alejandro de Res venía acompañado por dos ayudantes<sup>52</sup>, Esteban Marillac, y una de las mentes más sobresalientes de su tiempo y que más influencia tuvo en las obras de Cartagena: Sebastián Feringán Cortés, quien también realizó un proyecto de reparación de la fortaleza de la Concepción<sup>53</sup>.

El proyecto de Res, que realmente era una modificación del anterior de Montaigut, consistía en habilitar para las embarcaciones todo el sector norte de la ensenada portuaria, hasta el entrante del mar de Mandarache, dividiendo el fondeadero resultante en tres: uno para el atraque de las

galeras en lo más interior de la bolsa formada por dicho mar, otro para los navíos, de mayores dimensiones, y otro, más cercano a la ciudad, entre el viejo muelle de la Plaza y la entrada a Mandarache, para el comercio. Así, se ubicaría el verdadero resguardo militar en este mar, lo que hacía imprescindible liberarlo de las grandes aportaciones de las aguas pluviales que recibía por el norte y que lo colmataban con sus sedimentos. Para ello, se ideó desviar las aguas de las ramblas, ejecutando las obras de la Cortadura y la construcción de un malecón, que posteriormente serviría de base para el levantamiento de la muralla en esta zona. Las obras de desvío de las ramblas y la creación de la dársena (aunque desplazada hacia el oeste) fueron aprobadas por Real Orden de 13 de junio de 1731, si bien tradicionalmente, cronistas locales fijaron el día 20 de febrero de aquel año como fecha del acto de colocación de los cuatro jalones que marcarían la dársena. Ya Marzal Martínez señaló que hasta 1733 no se comenzaron los cimientos del muelle de la dársena<sup>54</sup> [Lám. 18].

<sup>51</sup> A.G.S. G.M., leg. 3475; el plano en S.H.M. sign. 2656 (1, 2 y 3). Otros planos del castillo en S.G.E., sign. L.M.-3ª-2ª-c-nº 22 (54 y 55). El proyecto de construcción del castillo está tratado en RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, págs. 122-127.

<sup>52</sup> Según las Reales Órdenes de 11 de septiembre y 2 de octubre de 1728.

<sup>53</sup> A.G.S. G.M., leg 3484; los planos en A.G.S. M.P.D. XXXIX-109-113. Igualmente está tratado en RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, págs. 133-136.

<sup>54</sup> MARZAL MARTÍNEZ, M.; "Plan de defensa...", págs. 123-124.

El 5 de mayo de 1732 fallecía el ingeniero Res, siendo sustituido, como ingeniero director, por el joven Feringán Cortés. Si bien aquél no trató en su proyecto sobre la fortificación de la Plaza o la remodelación de su castillo (únicamente pequeñas obras en el frente portuario), éste se ocupará, en los años 1730-32, del tramo norte de la muralla, pues hasta entonces *no se piensa en una defensa moderna del Arsenal*<sup>55</sup>. Poco después, en 1737, tomaba posesión del cargo de comandante general del Departamento el teniente general Miguel Sada y Antillón, conde de Clavijo, quien será el primero en este cargo. Al tiempo, se nombraba intendente de dicho Departamento a Alejandro Antonio Gutiérrez de Rubalcaba. Y a estos nuevos mandos, su celo les llevó a invadir prontamente el terreno propio del ingeniero director. El conde de Clavijo enviaba, en aquel año, una carta al marqués de la Ensenada en la que ponía en duda la competencia profesional del ingeniero Feringán<sup>56</sup>. Sin embargo, dicho ingeniero contaba con el total apoyo de la Corona. A esta misiva respondió Ensenada al año siguiente en defensa de Feringán: *Como comandante general del Departamento puede reconocer las obras que en él se hacen, pero no puede hacer modificaciones en el proyecto que sigue el ingeniero*<sup>57</sup>. A pesar del decidido apoyo del ministro, no sería la última vez que el conde de Clavijo trató de inmiscuirse en las responsabilidades de Feringán<sup>58</sup>; pero, a pesar de todo, el ingeniero contó con el respaldo de sus superiores. En una carta, el ingeniero general Juan Martín Zermeño declaraba: *...Este ingeniero es inteligente en la teoría y práctica; es aplicado, de buena conducta; queda entendiendo en las obras del puerto de Cartagena y en hacer la relación de los reparos de aquella Plaza; bueno para campaña y para Plaza*<sup>59</sup>.

### **Las baterías de la bocana y las reformas de Panón. Las primeras obras**

Cuando esta polémica continuaba, el 8 de mayo de 1738, el Ramo de Guerra a propuesta de Marina, ordenaba a Feringán para que se dirigiera a la construcción de la Real Acequia del Jarama: *...y que durante su ausencia quede encargado de las obras del Arsenal el ingeniero Juan Bau-*

*tista French*<sup>60</sup>. Este nuevo ingeniero director había de durar poco en las obras cartageneras, ya que en 1740 marchaba al ejército de Mallorca, reclamado por el duque de Montemar, y sería sustituido en la ciudad portuaria por el ingeniero Esteban Panón, incorporado en 1739, y que sólo permanecería tres años en Cartagena. Muy pronto, habría de abandonar sus tareas en las obras y proyectos del Arsenal para dedicarse a las defensas portuarias, muy necesarias ya que el viejo apostadero de galeras se estaba convirtiendo en un gran puerto militar y comercial en las tareas de los proyectistas. El marqués de la Victoria, por ejemplo, apuntaba que era necesario un puerto donde *pueda estar fondeada una numerosa escuadra, de 30 ó 40 bajeles de guerra, la de galeras, y cantidad de navíos marchantes*<sup>61</sup>.

Así, Panón, en 1741, informaba sobre el estado de la fortificación de la bahía de Cartagena, con la correspondiente valoración de cada una de sus defensas<sup>62</sup>. Señaló todo lo referente al estado en que se encontraban las obras del puerto, que se hacían siguiendo lo ideado por Res en 1731, y realizó, a continuación, la propuesta de construir un fuerte en el monte de las Galeras y amurallar esta elevación por sus laderas este y norte, incluyéndolo en el recinto del Arsenal, evitando así la posibilidad de que el enemigo se apoderase de esta cumbre, previo desembarco en la Algameca, y dominar toda la base y Plaza. Su labor



Lám. 14: De la superposición de estilos, edificaciones y, en suma, etapas constructivas que caracterizan al fuerte de San Julián, destaca en su interior la torre circular levantada por los ingleses durante la Guerra de la Sucesión, diseñada para establecer un cañón sobre cureña giratoria en su azotea. Su excelente posición estratégica, dominando las ensenadas de Cartagena y Escombreras, llevaría aparejada –dada la gran altitud del monte– muy poca eficiencia a cualquier pieza de artillería en esta época, y desde luego no evitó que las tropas británicas fueran expulsadas con cierta rapidez.

<sup>55</sup> RUBIO PAREDES, J.M. y DE LA PIÑERA RIVAS, A.; Ob. Cit., pág. 85.

<sup>56</sup> A.G.S. Marina, leg. 379.

<sup>57</sup> M.N. Col. Vargas Ponce, t. XXIII, fol. 189, doc. 154.

<sup>58</sup> A.G.S. Marina, leg. 379.

<sup>59</sup> Apud DE LA PIÑERA RIVAS, A. y RUBIO PAREDES, J.M.; Ob. Cit., pág. 129.

<sup>60</sup> A.H.Z.M.M., leg. RR.OO. año 1738.

<sup>61</sup> PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.; Ob. Cit., págs. 227-228.

<sup>62</sup> A.G.S. G.M., leg. 3713. Plano correspondiente en A.G.S. M.P.D. IX-78. Publ. en RUBIO PAREDES, J.M. y DE LA PIÑERA RIVAS, A.; Ob. Cit., fig. 7.



Lám. 15: El duque de Berwick, cuya familia finalmente entroncaría con la española casa de Alba, estableció en el cerro de los Moros la batería que castigó la ciudad y sus defensas, en poder de los ingleses, durante un conflicto sucesorio que mucho tendría del atávico guerracivilismo español. La pequeña elevación, demasiado próxima a la Plaza, se convertiría entonces en uno de los padrastrós de la ciudad, o lo que es lo mismo, uno de los puntos fundamentales que habrían de defenderse obligatoriamente en un plan general de construcción de fortificaciones.

en Cartagena fue extensa: *proyectó la fortificación de su entrada [marítima] con ocho baterías; formó canal de comunicación desde el Espalmador al puerto en estado que permitía el paso de navíos de alto bordo; hizo construir el malecón actual, que limita el canal que conduce las aguas a las Algamecas; y otras muchas obras a entera satisfacción de S.M.; y así mismo, formó su respectivo proyecto general y el de Escombreras en relieve*<sup>63</sup>.

Antes de describir las obras previas a las realizadas durante la segunda mitad del siglo, conviene apuntar las características que, inevitablemente, habían de tener las baterías de costa en aquella época. Dicha artillería estaba condicionada por el *alcance de punto en blanco*, que es la distancia durante la cual la trayectoria de la bala es muy rectilínea, permitiendo realizar tiros rasantes, para que sea la fuerza bruta del proyectil la que rompa el costado, jarcia o vela del barco que se pretendía batir. Aunque también existían otros tipos de tiros, como el llamado *de mayor elevación* –que equivaldría al tiro curvo, fijante o *de segundo sector*, característico de obuses y morteros–, su falta de efectividad los hacía un tanto marginales dentro de la artillería de la época. Por tanto, el tiro rasante obligaba a construir las baterías en cotas excesivamente bajas, lo que provocaba que fueran

puntos susceptibles de un fácil golpe de mano del enemigo, y esto condicionaba su fortificación, generalmente mediante fortines cerrados por la gola, ya que se ubicaban en parajes solitarios y alejados, por lo que había que unir, además, la dificultad y lo oneroso de su construcción. Un buen ejemplo en Cartagena sería el fuerte de la Podadera, dado su emplazamiento sobre un talud rocoso, a orillas del mar y extraordinariamente mal comunicado.

Así, los proyectos y obras dirigidas por Panón, se centraron en especial en la defensa de la bocana, y resultaron ser de escasa envergadura si las comparamos con las que vendrían después, en los años 50, aunque no por ello dejan de tener una crucial importancia. Su intención era fortificar y artillar con diferentes baterías de costa la entrada al puerto de la ciudad, desde la bahía de Escombreras hasta la Algameca. Se trató de un sistema defensivo compuesto de diferentes baterías que se complementaban unas a otras. Y así, nos encontramos que hacia 1740 las únicas fortificaciones modernas que poseía Cartagena, se reducían a estas defensas a ambos lados del puerto<sup>64</sup>, las cuales, sin embargo, parecían suficientes por la dificultad que tenían los navíos para entrar por la bocana, y así lo detectó el viajero inglés Swinburne en 1775, quien apreció la aparente insuficiencia de los dos fuertes de las puntas del puerto (probablemente Trincabotijas o Santa Ana y Podaderas); si bien estaban muy distantes, resultaban convenientes y capaces, ya que la entrada a la bahía se encontraba dificultada por los bajos del puerto (la Losa y el bajo de Trincabotijas), lo cual estrechaba en mucho la bocana<sup>65</sup>.

En el frente derecho, la batería de la Podadera, la *principal de cuantas puedan contribuir a impedir el ingreso en el puerto de Cartagena*<sup>66</sup> (llamada también de San Juan), quedó establecida en dos reductos: Podadera Baja, que protegía el puerto [Lám. 19], y Alta, que defendía las Algamecas [Lám. 20]. También estos pequeños desembarcaderos, constante preocupación a la hora de tomar medidas defensivas, quedaron cubiertos con dos pequeños reductos de arcilla y tierra, que nunca perderían su carácter provisional. Aún en 1766, Zermeño declaraba que necesitaba ser revestida *de tapial grueso su espalda para evitar el rechace de las balas*<sup>67</sup> [Lám. 21]. Bajo la vieja torre, la batería de Navidad cruzaba fuegos con las de Santa Ana y Trincabotijas, enfrente de la bocana, y batía la entrada a la bahía de

<sup>63</sup> S.H.M. Col. Aparici, t. 54-57, fol. 950.

<sup>64</sup> Todo ello en MARZAL MARTÍNEZ, A.; "Cartagena, modelo de ingeniería...", págs. 433-439.

<sup>65</sup> PÉREZ GÓMEZ, A.; Ob. Cit., pág. 57.

<sup>66</sup> A.G.S. G.M., leg. 3713.

<sup>67</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484.





Lám. 16: De la fortificación previa al gran amurallamiento ilustrado subsisten algunos restos plenamente visibles aunque no por ello más conocidos. Desde las estribaciones de esa pequeña cresta montuosa que catalinizó su nombre en la Serreta, pegado a la roca se levantó un muro defensivo que se abrió paso hasta englobar el arrabal de San Diego. El tramo de la imagen unía el vértice del viejo baluarte de la Serreta, levantado en el siglo XVI, con esta muralla adaptada al terreno. La construcción de la muralla que circula a los pies, bajo el solar de la antigua lonja, le arrebataría el mérito de ser, por su tiempo en activo, la verdadera muralla del XVIII cartagenero.



Lám. 17: Había sido el siglo XVII el que intentó fortificar eficazmente la entrada a la bocana. No obstante, al llegar la segunda década del siglo siguiente, Cartagena no estaba dotada de grandes construcciones defensivas a la entrada del puerto, en especial, pensamos, por las dificultades que ofrecía lo escarpado del terreno y por las carencias seculares de población para atender las defensas de la Plaza. Así, cuando se hicieron los primeros planteamientos para cubrir la bocana de un posible ataque marítimo, solamente habían establecidas baterías, algunas de ellas casi provisionales, en Trincabotijas, Santa Ana y la Podadera.



Lám. 18: Las obras para las “limpias” o dragas del antiguo Mar de Mandarache ofrecieron una espectacular dificultad si pensamos que, prácticamente, donde ahora se establece la dársena del Arsenal, se extendía un terreno pantanoso prácticamente colmatado por los aportes fluviales de las ramblas a las que daba desembocadura. La afluencia de capitales y la extraordinaria preparación técnica de los ingenieros militares de la Corona hicieron posible una radical transformación ya no sólo de este sector portuario, sino también de la propia ciudad.

Escombreras; en 1741, Panón informaba que *es capaz de cuatro piezas, aunque está cerrada por una simple muralla y dominada por su espalda* [Lám. 22]. Igualmente se estableció en el Espalmador una batería que, a la postre, perdió importancia, ya que sus fuegos lastimaban las obras del otro lado [Lám. 23]. Finalmente, al pie del antiguo castillo de la Concepción se levantaron de nuevo o se adecentaron tres baterías: San Carlos (remozada para 6 cañones, aunque en 1770 tenía 10 piezas a barbeta), San Nicolás (construida para 9 cañones) y San Alejo (capaz de 8 piezas)<sup>68</sup>; ésta última se consideró de poca utilidad por lo alejado a la enfilada de la bocana.

El frente izquierdo quedó constituido por cuatro puntos defensivos. San Leandro, por su posición clave para proteger la entrada al puerto, quedó establecida, según el proyecto de Panón, con tres baterías, ya que consideraba que *es la principal, respecto que no pudiendo entrar más de un solo navío a la vez, no puede ser batido, sino, al contrario,*

*enfilará el que entrare, y si este le quiere dar el lado, correrá sobre la Laja, cuya circunstancia acredita su utilidad*<sup>69</sup> [Lám. 24]. Siguiendo la línea de costa aparecían San Isidoro y Santa Florentina, comunicadas entre sí y que por su emplazamiento [Lám. 25] cubrían también la entrada a las Algamecas; en 1739, estaban en plena construcción [Lám. 26]. A poca distancia se disponía Santa Ana, que aunque ya existente, fue rediseñada por este ingeniero, adquiriendo ahora un carácter estable, ya que raramente se le llama batería, sino fuerte, fortín o incluso castillo; dada su lejanía a la Plaza [Lám. 27], había de contar con un sistema defensivo autónomo que le permitiera resistir al socorro. Finalmente, para cerrar la entrada a Escombreras, se diseñó un complejo compuesto por dos fuertes en Trincabotijas: Alta y Baja [Lám. 28]. Panón, en su informe a Campillo, escribía: *el castillo de Trincabotijas, que es la única defensa para el puerto de Escombreras, es por su demasiada eminencia de ninguna utilidad, y sólo se puede hacer caso de los dos*

<sup>68</sup> Tratado también por RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, págs. 125 y 139.

<sup>69</sup> A.G.S. G.M., leg. 3713.

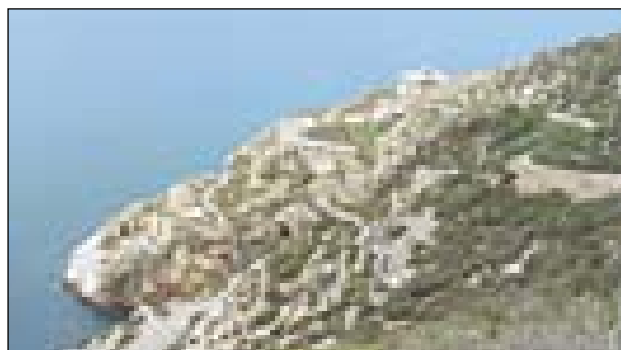
*morteros que tiene. Dicho castillo está cerrado por su gola de una muralla sencilla de piedra y lodo, y dominado de la altura inmediata de su espalda;* es decir, que debido a su excesiva elevación, se consideraron en este periodo de limitada capacidad bélica.

Se debieron también a Panón dos proyectos de obras sencillas, de poco coste, que finalmente no se llevarían a cabo, y que insistían de la misma manera en la defensa de la ciudad por mar. En Escombreras, el ingeniero propuso levantar una obra provisional en la Uña del Gato, próxima a Trincabotijas, que defendiera directamente la entrada a esta bahía [Lám. 29]. En el monte de Galeras, Panón diseñó otra obra de poco coste a la que pudiera desplazarse la tropa en caso necesario, que fue desestimada, en opinión de Diego Bordick, miembro de la Real Junta de Fortificaciones, porque, dado lo estratégico del lugar, sería conveniente levantar una obra sólida y permanente, que fuera el principal puesto defensivo de la Plaza <sup>70</sup>.

Después de estas obras defensivas, sigue siendo muy interesante observar los proyectos que continuaban planteándose, en especial por su proyección de futuro, lo que les da una genialidad innegable. Nuevamente, la grandeza de las obras que preveía el marqués de la Victoria, a finales de los años 40, nos sirve de ejemplo. Informaba éste al marqués de la Ensenada que sería muy conveniente establecer un fuerte en la Podadera y hacer un muelle o escollera desde el fuerte de Navidad asta la alaja, con almacenes a prueba de bombas, y entonces quedaría todo el Puerto, puerto <sup>71</sup>. Recuérdese que, finalmente, en los últimos años del siglo XIX, la conocida laja del puerto sirvió de puntal a uno de los espigones que cerraron la bocana, aunque fue el del lado contrario al que pretendía el marqués de la Victoria, es decir, el llamado muelle de La Curra.

### **La intervención de Feringán y el proyecto defensivo global de Zermeño**

Si bien la fortificación de la bocana resultó completa, el complejo defensivo recién establecido tenía un problema capital: no protegía directamente el Arsenal, el cual, como ya se ha señalado, a pesar de no estar finalizado, alrededor de 1750 prestaba ya considerables servicios. Tras varios devaneos, Feringán Cortés terminaba por hacerse cargo de las obras, ampliando los antiguos proyectos con los edificios correspondientes de armamento y desarme de navíos. Su plan de ordenación del arsenal, después de haber sido



Lám. 19: La punta de la Podadera fue el lugar elegido desde finales del siglo XVII para el emplazamiento de una efectiva batería que cubriera la bocana del puerto de Cartagena e impidiera la aproximación de flotas enemigas a los fondeaderos de Escombreras y las Algamecas.

examinado por el ilustre marino y conocedor de los arsenales extranjeros, don Antonio de Ulloa, fue aprobado por Fernando VI el 1 de julio de 1749. Por supuesto, el Arsenal también fue fortificado: *uno de los puntos que desde el principio quedó muy claro, era que el Arsenal, si bien estaba en la ciudad, debía quedar aislado de ella y protegido por la importancia que este recinto tenía, tanto por la seguridad de los materiales que conservaba, algunos fácilmente inflamables (como la jarcia y toda la cordelería, las maderas, lonas, etc.), con el consiguiente peligro de incendio y coste para la Real Hacienda, como evitar otro peligro, tal es el posible hurto [...] y las sanciones y castigos que ellos comportaba* <sup>72</sup>. En resumen, era una manera de defenderse de la población, y finalmente el Arsenal quedaría rodeado en su totalidad, tanto por la fachada que daba a la ciudad como por la que limitaba la rambla de Benipila y el monte de Galeras, además de la muralla que a la postre se construyó para cercar toda la Plaza y dicho Arsenal [Lám. 30]. Las obras de los astilleros continuaron hasta 1782, de la mano de los ingenieros Feringán, Vodopich y Llobet, con las colaboraciones de los marinos Jorge Juan y Ulloa.

Así, para defensa de la base naval, en 1747, Feringán diseñaba un proyecto global para la fortificación de Plaza y Arsenal, con líneas delimitadas que separaban uno y otro <sup>73</sup>. La muralla proyectada que protegería la Plaza, formada por un complejo sistema de baluartes, fosos y caminos cubiertos, tras cubrir el Arsenal, englobaba por fin el barrio de San Roque, corría hacia el cerro de San José, y daba lugar al frente Este de la Plaza, que, por supuesto,

<sup>70</sup> MARZAL MARTÍNEZ, A.: "Cartagena, modelo de ingeniería...", pág. 439.

<sup>71</sup> Apud PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.: Ob. Cit., pág. 230.

<sup>72</sup> Ibidem, sobre este asunto véanse las págs. 61-66.

<sup>73</sup> Parece ser que el plano original no está localizado, pero existe una copia particular reproducida en RUBIO PAREDES, J.M. y DE LA PIÑERA RIVAS, A.: Ob. Cit., fig. 5.





Lám. 20: La batería de la Podadera siempre fue uno de los mejores guardianes de los accesos a Cartagena por el mar. Por su doble vertiente, cubriendo un amplio sector de la costa cartagenera, estuvo artillada desde finales del Seiscientos, y aún fue dotada a finales del siglo XIX con piezas de gran calibre (dos cañones Krupp de 26 cm).

contemplaba y fortificaba el cerro de los Moros. De nuevo, el viejo castillo de la Concepción, por su posición estratégica y dominante, se convertía en la base de una nueva fortaleza [lám. 31]. Si bien pequeñas obras y reparaciones en las fortificaciones salpicarían los años 40 y 50<sup>74</sup>, no sería hasta las gestiones de Feringán en 1761, cuando la Corona se tomó finalmente en serio las fortificaciones de la Plaza<sup>75</sup>. A pesar del fallecimiento de Feringán (1762), y las costosas y duraderas obras del Arsenal, la intención de fortificar la ciudad estaba ya en marcha.

Durante los meses de junio y julio de 1765, la princesa María Luisa, primogénita de Carlos III, viajó a Italia, embarcando y desembarcando en el puerto de Cartagena. Con tal motivo, el conde de Aranda, Capitán General de los reinos de Valencia y Murcia, permaneció en la ciudad durante dos meses. Este tiempo fue dedicado a estudiar las defensas de

las costas del Reino de Murcia, y como resultado, escribía en aquel año una carta al Secretario de Guerra: *...me dediqué, desde que se embarcó hasta que regresó la escuadra con la Serenísima Princesa de Asturias, a reconocer la situación y demás circunstancias de aquella Plaza, y ballé que estaba totalmente indefensa, y el Arsenal expuesto a un golpe de mano, siempre que cualquier enemigo de la Corona lo interesase. Por lo que sobre el mismo terreno, el modo más fácil de ponerlo a cubierto, que es fortificar las alturas inmediatas a la ciudad*<sup>76</sup>.

Tal informe hizo su efecto, y un mes más tarde, Carlos III daba la orden para que el ingeniero militar Pedro Martín Zermeno se presentara al conde de Aranda, y recibir así instrucciones a fin de fortificar la Plaza<sup>77</sup>. Llegado a Cartagena, Zermeno realizó los reconocimientos y estudios convenientes, redactando el oportuno proyecto. El ingeniero

<sup>74</sup> Véase MARZAL MARTÍNEZ, A.; "Plan de defensas...", págs. 138-139.

<sup>75</sup> PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, M.T.; Ob. Cit., pág. 239.

<sup>76</sup> Apud RUBIO PAREDES, J.M.; *La muralla de Carlos III...*, pág. 13.

<sup>77</sup> S.H.M., sign. 4-4-5-14, ms. 3870.

fue más allá de lo que pudiera ser un verdadero estudio, y confeccionó un detallado informe en el que se incluyeron las órdenes recibidas, cuantos antecedentes históricos interesaban tener en cuenta, la descripción de la ciudad y sus entornos, un análisis sobre la topografía que pudiera afectar a la defensa de la Plaza, un estudio de los posibles enemigos, sus formas de ataque y modos de defenderse de tales agresiones, etc., llegando por último a la conclusión de que Cartagena era un objetivo importante para los enemigos, y, evidentemente, que no estaba convenientemente defendida por tierra, aunque, tras las obras de Panón, sí por el frente marítimo. Por último consideró como más probable que la ciudad pudiera ser víctima de desembarcos simultáneos en las Algamecas y Escombreras: *...por la parte de tierra no hay en la Plaza ni una débil cerca de tapial [...] a excepción de la porción de malecón o terraplén que aleja del Arsenal las aguas que de la campaña se dirigen a él, haciendo su curso hacia el mar; por consiguiente es claro de conocer el modo que han de observar los adversarios para distraer la guarnición, presentarán sus navíos como queriendo tomar la boca del puerto, y desmontarán las primeras baterías de Santa Ana, Trincabotijas y Podadera, desembarcando al mismo tiempo su infantería por las Algamecas, sin que la artillería que en ella se colocó en la última guerra pueda evitarlo, por ser propiamente puestos abandonados, sin otro uso que el del primer fuego; y la razón es evidente, porque se halla sobre la orilla del agua, rodeada de montañas por derecha e izquierda y espalda, que aunque se supongan ocupadas de algunas tropas para sostener, no es obstáculo; no habiendo otro que se presente a los enemigos, en una hora serán señores del Arsenal y población*<sup>78</sup>.

El proyecto de Zermeño fue acompañado de siete detallados planos que aconsejaban las obras que el ingeniero consideró necesarias para fortificar la Plaza:

- Plano general donde se representó la costa desde Escombreras hasta la Algameca Grande, con sus baterías correspondientes<sup>79</sup>. La artillería prevista para la línea costera fue la siguiente: para San Carlos, 10 cañones; batería del Muelle, 16 piezas; del Hornabeque, 60 cañones y 8 morteros; para el Despalmador Grande, 12 cañones; fuerte de Navidad, 6 piezas, fuerte de la Podadera, 22 cañones; batería del Collado, 5 piezas; de la Algameca Chica, 6 cañones; San Leandro con 9; Santa Florentina con 7 pie-



Lám. 21: Otro de los sectores débiles en un previsible ataque a la Plaza eran los fondeaderos de la Algameca. Si bien estuvieron presentes en los planes de fortificación desde mediados del siglo XVII, no fue hasta la primera década del siglo siguiente cuando finalmente se estableció una pequeña batería casi de campaña, un asentamiento provisional que nunca perdería su carácter, pues el cambio de peligro —ya no sería una pequeña fusta norteafricana la que desembarcaría al enemigo, sino uno o varios navíos europeos—, el emplazamiento de la Parajola y el resto de fortificaciones posteriores (fuertes de Galeras, Atalayas y la muralla), harían a las Algamecas poco aconsejables para comenzar un ataque.

zas y San Isidoro con 6; Santa Ana 18 cañones, y Trincabotijas, 60 piezas. Es decir, un total de 14 baterías con 249 cañones y 8 morteros. Igualmente, en este plano quedó señalada la muralla propuesta para cercar el conjunto del Arsenal y la Plaza, que partiría de la actual Cortadura hasta el baluarte del Hospital, cerrando así todo el recinto de la ciudad con diez baluartes sobre la línea magistral. Este proyecto no se realizó, pero sirvió de base fundamental para los posteriores.

- Plano del fuerte de Galeras<sup>80</sup>. Este pilar defensivo se convertiría en un importante reducto dominador de la Plaza y el astillero, así como de las Algamecas, que, sin embargo, no será empleado para su final construcción por Vodopich en 1777. El ingeniero Zermeño lo proyectó unido, a través de una línea de comunicación fortificada, al caballero de la Cortadura.
- Plano del fuerte de los Picachos<sup>81</sup>, que nunca llegó a concluirse como obra permanente, pero que completaría los objetivos del fuerte de Atalaya.
- Plano de la fortificación de Atalaya<sup>82</sup>, que protegería el sector terrestre de aquella zona y controlaría la entrada de las Algamecas. Igualmente, tampoco fue utilizado por Vodopich en su construcción de 1777.

<sup>78</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484, carp. 2, doc. 4 (existe una copia en S.H.M., sign. 0-10-108).

<sup>79</sup> M.N., sign. XLIII.

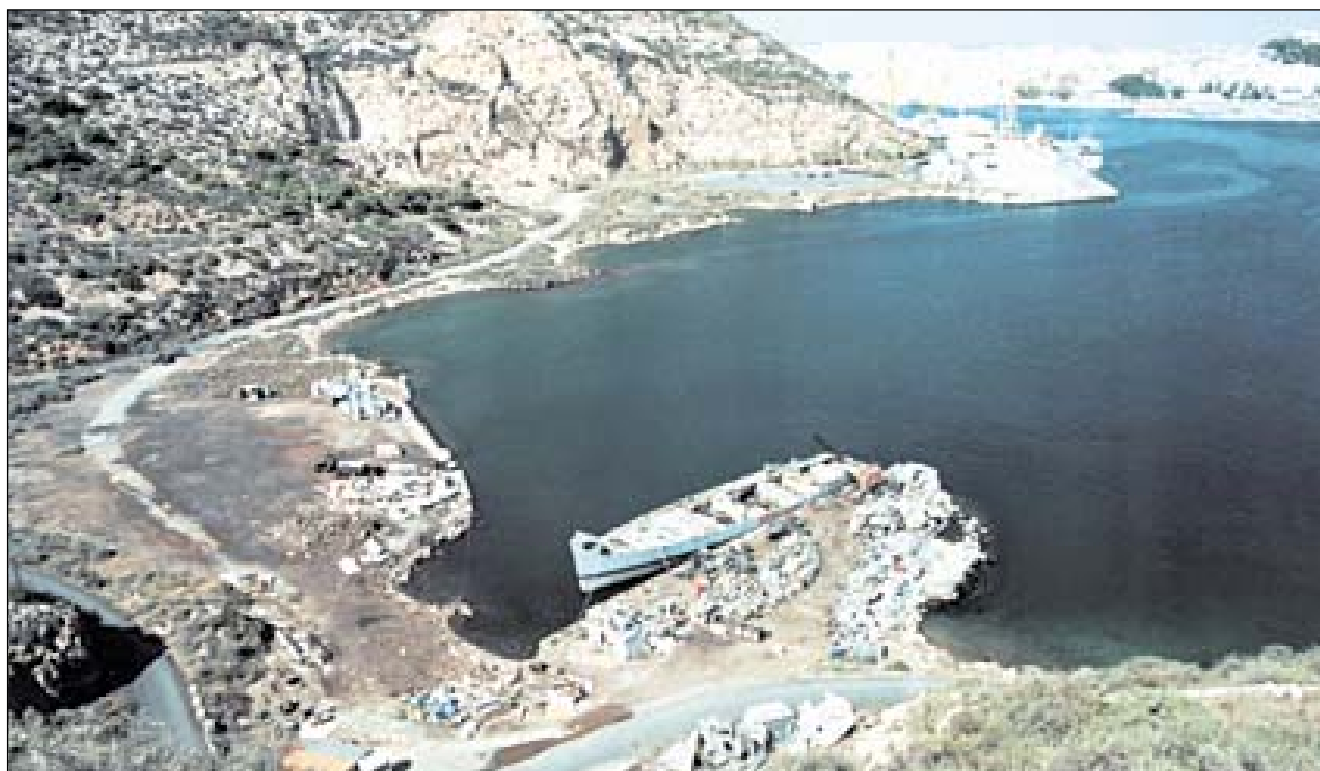
<sup>80</sup> S.H.M., sign. 2652 (4) y S.G.E., sign. L.M.-3ª-2ª-c-nº 20 (92).

<sup>81</sup> S.H.M., sign. 2621 y S.G.E., sign. L.M.-3ª-2ª-c-nº 25 (90).

<sup>82</sup> S.G.E., L.M.-2ª-3ª-c-nº 26 (88).



Lám. 22: Si bien existía la torre de Navidad para proteger la inmediata entrada a la bocana de Cartagena, su antigüedad o inoperatividad (data de la segunda mitad del XVI), aconsejaron establecer una plataforma artillera a sus pies, que sería ocupada por el fuerte de Navidad existente hoy día, construido con arreglo al Plan de Defensa de 1860. Probablemente, fue durante la explanación del XVIII cuando se desmochó la antigua torre diseñada por Antonelli.



Lám. 23: También en el Despalmador se estableció otra batería con arreglo a los planes del ingeniero Panón, la llamada batería del Apostolado, que pronto achacó lo inadecuado de su emplazamiento. Hoy día, desaparecida la batería, en esta degradadísima playa se continúan llevando a cabo labores náuticas ancestrales, y sin embargo absolutamente injustificadas en la actualidad.



Lám. 24: En el posteriormente llamado Frente Izquierdo (a la izquierda de la bocana desde tierra), la primera batería que se levantó –de norte a sur– fue la de San Leandro, que inauguraría una serie de emplazamientos cuyos nombres respondían a los santos patrones cartageneros (incluida Santa Ana, de antiguo culto en la ciudad), si exceptuamos la de Trincabotijas. En concreto la batería de San Leandro enfilaba directamente el paso entre la costa de levante y la *laxa* o losa de la bocana, un peligroso bajo que dividía en dos entradas el paso a los navios que pretendían llegar al puerto. Esta plataforma artillera fue –al igual que casi todas las baterías de costa construidas o reconstruidas en el XVIII– remodelada profundamente conforme a los diferentes planes de defensa del siglo XIX.

- Plano del fuerte de los Moros<sup>83</sup>, que el ingeniero Vodopich tampoco consideró, pero que Zermeño ideó como una obra coronada que dominara la campaña este de la ciudad, completando lo que iba a ser un complejo defensivo en sí mismo sobre aquel frente.
- Plano del fuerte de San Julián<sup>84</sup>. Se trató de levantar una pequeña obra, que con la intención de defender las baterías sencillas de la bocana, tampoco fue realizada.
- Plano del fuerte de Capnegre<sup>85</sup>, de reducidas dimensiones, que pretendía defender la entrada a la dársena de Escombreras y el lazareto que se intentaba construir allí. Tampoco fue levantado durante las obras del XVIII.

El 9 de mayo de 1766, Zermeño enviaba el proyecto completo, con su correspondiente informe, al conde de Aranda<sup>86</sup>, a quien le quedaban pocos días como Capitán General de los reinos de Valencia y Murcia, ya que iba a

ser nombrado ministro tras la crisis originada por el motín de Esquilache. Zermeño estimó el coste de la obra en dos millones de escudos, aunque también introdujo ciertas e importantes variantes que reducirían su coste a setecientos mil, haciendo la obra más simple, por lo tanto más débil, y útil sólo para un golpe de mano. De tal manera, el resultado general del proyecto tratado fue que, el ingeniero militar no logró ver, ni tan siquiera comenzadas las obras, por lo que Zermeño llegó a manifestar: *...no se habrá errado en el todo, porque, a lo menos, de esta comisión se ha conseguido tener un plano exacto de Cartagena y sus entornos*<sup>87</sup>.

### **Las reformas de Llobet y la actuación de Vodopich**

A la muerte de Sebastián Feringán, Mateo Vodopich era ascendido a coronel por Real Decreto de 21 de febrero de 1762, lo que significaba que iba a hacerse cargo, como

<sup>83</sup> S.G.E., L.M.-2ª-3ª-c-nº 23 (89).

<sup>84</sup> S.G.E., L.M.-2ª-3ª-c-nº 27 (91).

<sup>85</sup> S.G.E., L.M.-2ª-3ª-c-nº 47 (93).

<sup>86</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484, carp. 2, doc. 5.

<sup>87</sup> Apud RUBIO PAREDES, J.M.; *La muralla de Carlos III...*, pág. 45.



Lám. 25: Las siguientes baterías a San Leandro llevaban el nombre de dos de sus hermanos: San Isidoro y Santa Florentina. Los dos emplazamientos, aunque eran baterías independientes, estaban comunicados entre sí, al menos para la defensa cercana, y siempre se les consideró como un conjunto homogéneo. Hoy presenta una estructura de bóvedas a prueba levantadas a finales del siglo XIX que en mucho difieren de la construcción del XVIII.

ingeniero jefe, de la dirección de las fortificaciones del reino de Murcia y Arsenal de Cartagena, sin depender del director de Valencia, como lo había estado su predecesor. En esta situación fue llamado a Madrid el 11 de enero de 1767 para tratar sobre el proyecto de Zermeño<sup>88</sup>. Se trataba de ejecutar, dada la tensión que por aquellos años se vivía con Gran Bretaña, unas obras provisionales según el deseo de la Corona: *...para liberar la Plaza y Arsenal de un golpe de mano en caso de rompimiento de guerra [...] procurando sean del maior aborro*. A este real deseo, después de su regreso a Cartagena y de hacer los estudios necesarios, Vodopich propuso realizar un terraplén de tierra siguiendo la traza propuesta por Zermeño<sup>89</sup>, buscando la protección del fuego de fusilería y algunas actuaciones más. Para esta finalidad, e intentando la máxima economía de los trabajos, el ingeniero proponía que se empleasen las tierras procedentes de las excavaciones realizadas en el Arsenal. Sin embargo, el intendente del Departamento Marítimo argumentaba que dichas obras no habían sido aprobadas. Surgió así una interesante documentación que nos muestra los inconvenientes surgidos por la falta de coordinación entre ministerios y organismos de Guerra y Marina, cuando Vodopich informaba de todo ello al ministro de la Guerra<sup>90</sup>.

En esta situación, el 17 de noviembre de 1767 tomaba posesión como gobernador militar de la Plaza de Cartagena el mariscal de campo Miguel de Irumberri y Balanza, quien trató de activar la fortificación aún pendiente. El nuevo mando militar asumía el proyecto de Zermeño, al tiempo que consideraba que no existía posibilidad de realizarlo en aquella ocasión, por lo que proponía olvidar las obras provisionales propuestas aquel año, y sugería un nuevo proyecto que enviaba al ministro de la Guerra el 2 de enero de 1768<sup>91</sup>. Según Rubio Paredes, el proyecto estaba precedido del siguiente epígrafe: *Plano de la plaza de Cartagena y contornos que la dominan, arsenal, puerto y baterías que lo defienden, y las que precisamente conviene que se ejecuten a lo menos para la precaución de un sorprendido ataque, de las aprobadas por S.M. en el proyecto general que formó el brigadier e ingeniero directo D. Pedro Martín Zermeño*. El plano, que no ha sido localizado<sup>92</sup>, acompañaba a un proyecto de obras realizado por Irumberri, en el cual, en líneas generales, se proponía revestir de mampostería de cal y canto el malecón de Benipila en toda su extensión, construir los baluartes de San José y del Hospital, levantar los fuertes de la Fontaneta y los Picachos, y realizar un atrincheramiento en el cerro de los Moros. No se consideraron, sin embargo, ningún tipo de obras en Atalaya, Capnegre y San Julián.

Desconocemos el resultado de esta propuesta, pero tal vez influyera en el ánimo de la Corona para autorizar que se efectuaran las obras de carácter definitivo<sup>93</sup>. Cuando habían transcurrido casi dos años, en 1770, en Cartagena sólo se había logrado el replanteo sobre el terreno y poco más, y la ciudad seguía defendida, a comienzos de ese año, por las viejas murallas, tal y como detalla un informe realizado en enero de aquel año<sup>94</sup>. En él se apuntó el estado y situación de las diferentes baterías, cuerpos de guardia y diferentes elementos defensivos que circundaban la ciudad. En el frente marítimo, la batería de la puerta del Muelle (5 cañones), junto a su cuerpo de guardia y el cuartel, y la batería de Santa María (17 piezas), era lo único que se encontraba en buen estado aunque necesitaba pequeñas reparaciones, junto a la batería de San Carlos (9 cañones). El antiguo castillo de la Concepción se hallaba en su mayor parte en ruina, y el cuerpo de guardia de las puertas de

<sup>88</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484, carp. 2, doc. 1.

<sup>89</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484, carp. 3, doc. 2.

<sup>90</sup> A.G.S. G.M., leg. 3484, carp. 3, doc. 8.

<sup>91</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 2, doc. 3.

<sup>92</sup> RUBIO PAREDES, J.M.; *Las murallas de Carlos III...*, pág. 53.

<sup>93</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 2, doc. 4.

<sup>94</sup> A.G.S. G.M., leg. 3485, carp. 4, doc. 1. Publ. por RUBIO PAREDES, J.M.; *Las murallas de Carlos III...*, págs. 67-70.



Lám. 26: Las baterías de San Isidoro y Santa Florentina, originarias de los planes de fortificación de la bocana ideados por Esteban Panón y con una posición táctica excelente, batían además de la entrada al puerto el interior de la bahía, e incluso controlaban, con comunicación a través de la Podadera, la entrada a las Algamecas.



Lám. 27: Como su propio nombre indica (no es uno de los santos hermanos patrones de la ciudad), la batería de Santa Ana era una construcción más antigua que habría de adquirir mayor importancia aún con las remodelaciones de Panón. Llamada fuerte o castillo en varias ocasiones, su función en la bocana pasó a ser fundamental, pues era el emplazamiento verdaderamente clave para impedir el acceso a la bahía con la artillería de la época, ya que muy pronto se vio que, por su elevada altura, desde Trincabotijas –a pesar de dominar también Escombreras– era extraordinariamente complicado situar un tiro de cañón eficaz.





Lám. 28: La batería de Trincabotijas había sido establecida casi un siglo antes ya que cumplía una doble función, controlando a la vez la bocana y la bahía de Escombreras. El problema consistía en que a tal altura, con las piezas de fuego de la época, solamente se podía hacer un tiro medianamente efectivo con, por ejemplo, un mortero, que efectuaba un disparo curvo. No obstante, la precisión de estas piezas era muy baja, y resultaba casi imposible cubrir con un cañón el ángulo muerto de la batería, que comprendía, precisamente, la entrada al puerto de Cartagena.

Madrid y el de San José, necesitaban cubiertas nuevas. Téngase en cuenta, que en este mismo año se había realizado ya la muralla de El Ferrol.

Ante esta situación, por Real Orden de 23 de febrero de aquel año, pasaba a Cartagena en comisión de servicio el ingeniero Francisco Llobet, *cuyo fin era libertar igualmente este arsenal de un golpe de mano, en lo que hacía tiempo que dos ingenieros se hallaban entendiendo. Pero como la Superioridad no tuviese satisfacción en la lentitud con que se caminaba, se vio obligado a obedecer*<sup>95</sup>. Este nombramiento parecía ir en contra del brigadier Martín Zermeño, como ingeniero director de los Reales Ejércitos y Plazas, y de Mateo Vodopich, como director de las obras en Cartagena.

Sea como fuere, la aportación de Llobet consistió en la realización de un nuevo proyecto que constó de una memoria<sup>96</sup> con su correspondiente plano<sup>97</sup>. El ingeniero militar recién consignado a Cartagena exponía las siguientes propuestas:

- La traza de la muralla desde el sur del castillo de la Concepción hasta el pie del monte Sacro se consideró *suficiente una simple pared de cal y canto de 3 pies de grueso y 15 pies de alto con banquetas y aspillera para la fusilería*, con un trazado de forma que todo quedara flanqueado. Además, se construirían en este recorrido el baluarte de San José, que haría frente al cerro de los Moros, y baterías en los cerros de Despeñaperros y de San José igualmente para batir a Moros, que continuaba siendo una posición muy peligrosa para la defensa de la Plaza [Lám. 32].
- En el frente de Benipila (Malecón), que *suele traer grandes avenidas que inundan los campos contiguos y el Almarjal, y van a desaguar a la Algameca Chica, [...] para evitar que ciudad y arsenal no padezcan estragos en dichas avenidas, se erigió sólo con tierra*, y Llobet proponía hacerla de muralla sólida [Lám. 33].
- En el monte de Galeras, desde la cumbre de este cerro a la Cortadura, pareció suficiente una simple muralla de

<sup>95</sup> Apud RUBIO PAREDES, J.M. y DE LA PIÑERA RIVAS, A.: Ob. Cit., pág. 146.

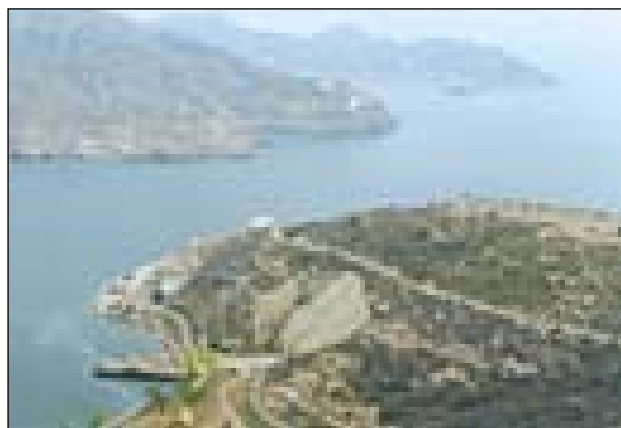
<sup>96</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 6, doc. 9; existe una copia en el S.H.M., sign. 4-4-5-17, ms. 3873. Publicado por RUBIO PAREDES, J.M.; *La muralla de Carlos III...*, págs. 71-88.

<sup>97</sup> S.G.E., sign. L.M. -3ª-2ª-c-nº 11 (94).

3 pies de grueso y 12 de alto, con fortines intercalados, y dotada de banquetas y aspilleras [Lám. 34].

- El fuerte de la cumbre de dicho monte se consideró muy conveniente para impedir que el enemigo pudiera establecerse en este punto. Para esta obra, el ingeniero proyectó una traza <sup>98</sup>, más reducida que la de Zermeño, y que iba a ser la que finalmente emplearía Vodopich para su construcción en 1777 [Lám. 35].
- Referente a los fuertes exteriores, argumentó necesario igualmente el establecimiento de un único fuerte en la Fontaneta. Si bien finalmente tampoco fue considerado, sin embargo no había sido contemplado entre los fuertes exteriores proyectados por Zermeño [Lám. 36].
- Referente a la defensa de la bocana, y para evitar bombardeos desde el mar, se estimaron muy necesarias las baterías o fuertes de la Podadera, Navidad y Santa Ana, a las que, en su informe, Llobet dice que *se mejoren, dándole el ensanche que necesitan para el mejor manejo de la artillería*. Se consideró también que las baterías provisionales de las dos Algamecas, *pueden ser perjudiciales siempre que el enemigo esté resuelto a penetrar en la Plaza y Arsenal, porque en una noche oscura no le sería difícil poner la tropa en tierra*. Por ello, apuntó que en la punta entre las dos Algamecas *convendría una batería cubierta y defendida por la gola*.

El proyecto de Llobet suponía el concurso de una numerosa guarnición que habría de concurrir en una amplia extensión de línea murada construida para ser defendida principalmente por fusilería, cosa que criticó pronto el gobernador Irumberri, diciendo *que si se fortificaba esta plaza de modo que para su defensa necesitase una excesiva guarnición, desde luego se saldría con ella a recibir al enemigo. Y por lo mismo sólo deseaba que se cerrase la Plaza con un buen recinto y algunas torres que lo flanquearan*<sup>99</sup>. De una opinión semejantemente crítica con los estudios de Llobet fue el ingeniero director Silvestre Abarca, quien objetó la insuficiencia de la fortificación: *...sólo podrá evitar un golpe de mano de poca tropa y artillería; si los ingleses aspiran a la destrucción de la Plaza con doce o catorce mil hombres, hace falta recurrir al proyecto del ingeniero don Pedro Zermeño de 1766 u otro equivalente,*



Lám. 29: La disposición de la batería de Trincabotijas siempre fue problemática por la necesidad de cubrir su gola, muy expuesta por una elevación posterior. Se resolvió así establecer otra batería, aún más alta, complementaria de la anterior y ya, en el siglo XVII, con labores básicas de defensa local, lo que no quitaba que aún estuviera dominada por las alturas de San Julián. A pesar de todo ello, como ya advirtieron los contemporáneos, no hacían falta demasiados despliegues defensivos para cubrir eficazmente una entrada al puerto angosta y con peligrosos bajos, que aun conocidos, obligaban a maniobrar a los buques para pasar por canales todavía más estrechos.

*teniendo presentes sus evidentes reflexiones*<sup>100</sup>. Al margen de las oscuras susceptibilidades que despertó Llobet en Cartagena, sí parece clara la primacía que dio este ingeniero a la construcción de la muralla en detrimento de los fuertes exteriores.

El proyecto de Llobet fue recibido por el ingeniero general Juan Martín Zermeño, como ingeniero jefe de la Capitanía General de Valencia, también por el propio conde de Aranda y, finalmente, por Pedro Martín Zermeño, quien, tras su examen, realizó un excelente estudio técnico con el título *Adiciones al proyecto de Llobet*, demostrando una gran objetividad y no teniendo en cuenta su propio proyecto de 1766 <sup>101</sup>.

En definitiva, el nuevo proyecto volvería, en gran parte, al de Pedro Martín Zermeño, es decir, la muralla que desde el frente del mar rodeara la Plaza y Arsenal para terminar en el fuerte de Galeras –del que muy poco se dudó su construcción–, y unas obras destacadas en puntos específicos y estratégicos (Fontaneta, Picachos, y Moros) sin incluir Atalaya, Capnegre y San Julián <sup>102</sup>. Sin embargo, tal y como señala Marzal Martínez <sup>103</sup>, la economicidad en el

<sup>98</sup> S.H.M., sign. 2652 (6).

<sup>99</sup> RUBIO PAREDES, J.M.: *Las murallas de Carlos III...*, pág. 93.

<sup>100</sup> S.H.M. ms. 3863. Cit. por MARZAL MARTÍNEZ, A.: "Cartagena, modelo de ingeniería...", pág. 448.

<sup>101</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 6, doc. 9. Existe una copia en el S.H.M., sign. 4-4-5-17. Publ. por RUBIO PAREDES, J.M.: *Las murallas de Carlos III...*, págs. 98-101.

<sup>102</sup> *Ibidem*, pág. 108; véase el plano de J. Martín Zermeño fechado en agosto de 1770 y reproducido en las págs. 102-105 de dicha obra.

<sup>103</sup> MARZAL MARTÍNEZ, A.: "Cartagena, modelo de ingeniería...", págs. 447-448.





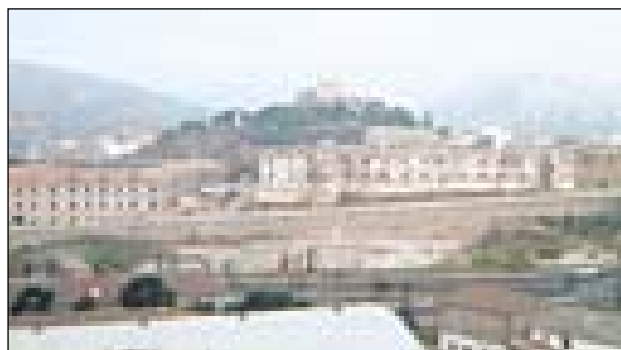
Lám. 30: Muy pronto se vio que el Arsenal iba a ser una célula independiente del resto de la ciudad. La condición de dependencia militar, y el valor de los materiales que se guardaban en los astilleros y diferentes almacenes, aconsejaron su separación de la población con un amurallamiento ajeno al de la Plaza que rodeó el Arsenal por completo, circulando los tramos de lienzo tanto en la ciudad como por la falda del monte de Galeras.

proyecto de Llobet fue uno de los puntos más buscados, terminando por ser, por ejemplo, la muralla más baja y de peores materiales, así como una considerable reducción de los fuertes exteriores previstos por Zermeño, teniendo incluso el previsto para Galeras un tamaño más pequeño. Es decir, el proyecto ratificado por la Corona fue el de P. M. Zermeño, reformado por Llobet y con adiciones nuevamente de P.M. Zermeño, Abarca y J.M. Zermeño.

Por orden fechada en 18 de septiembre de 1770<sup>104</sup> se comunicaba la aprobación del proyecto a Pedro Martín Zermeño y a todas las autoridades afectadas. La fortificación de la ciudad era, a esas alturas, una auténtica necesidad para la Monarquía, pues la tensión con Inglaterra había aumentado considerablemente tras la expulsión, por una flotilla capitaneada por Madariaga, de los ingleses de las Malvinas, ocurrida el 19 de junio de aquel año. Precisamente, el rompimiento de hostilidades con los británicos provocó que el gobernador de la Plaza, junto a sus jefes de milicias, artilleros e ingenieros, tuvieran que confeccionar un apresurado, aunque bien entendido, plan de defensa sobre Cartagena, cuyo resultado directo fue el artillado del cerro de los Moros, Despeñaperros, San José y algún punto entre la Puerta de Murcia y Monte Sacro, así como el acondicionamiento de la batería del Arsenal [al margen de diversas obras provisionales y casi de campaña que siguieron, básicamente, las líneas establecidas por el plan de fortificación Zermeño-Llobet<sup>105</sup>.

### Las obras

Como acabamos de observar, si el 18 de septiembre se ordenaba comenzar las obras, el 20 de octubre de 1770, el secretario de Guerra, Juan Gregorio Muniaín, enviaba sendas órdenes al comandante general del Departamento y al gobernador de lo político y militar comunicándoles que se adoptaran las medidas de defensa capaces de resistir un ataque y desembarco de los enemigos ingleses. El cumplimiento de dicha orden –con las consiguientes labores y construcciones provisionales que acabamos de señalar– supuso el aplazamiento de las obras recién aprobadas, que no darían comienzo, según Rubio Paredes, hasta el 3 de junio de 1771, quien cita una comunicación de Llobet a Muniaín del 4 de junio<sup>106</sup>: *...ayer se dio principio al acopio*



Lám. 31: La situación eminente de la vieja fortaleza medieval de Cartagena llevó a los ingenieros a incluir el castillo del cerro de la Concepción en los primeros proyectos de defensa de la Plaza. No obstante, la construcción de la nueva muralla, la inevitable fortificación de los montes que podían poner en peligro la seguridad del Arsenal –como Atalaya y Galeras–, y el padrastro de los Moros, desaconsejaron finalmente la reconstrucción de un moderno fuerte en pleno centro de la ciudad, idea que desechó desde el principio Zermeño. Con los años, a finales del siglo XVIII ya se pensaría en el desmantelamiento no sólo del castillo, sino también de parte de la elevación.

*de materiales por adelantar lo posible durante la presente estación los cimientos del frente que mira a la rambla de Benipila y del Almarjal.* Sin embargo, cuando realmente debemos considerar como comienzo de las obras será el 9 de agosto, ya que así lo comunicaba Llobet a Muniaín al día siguiente: *...ayer tarde, el Excmo. Sr. D. Carlos Reggio sentó en la obra la primera piedra de cimiento de fortificación de esta Plaza, en la que está gravado el nombre del rey y la fecha del día en que se colocó*<sup>107</sup>. Tras el ceremonial, continuaron los acopios de materiales y las obras de construcción comenzaron por la colocación de los cimientos donde se asentaría la muralla en el frente de Benipila y el Almarjal. Era importante comenzar la obra por aquel sector, y Llobet justificaba tal decisión: *conociendo que en toda la línea del Malecón pueden ofrecerse dificultades en la práctica de los cimientos, y el ver que esta parte de la obra es mucho más corpulenta que la demás del recinto; y que también que las avenidas de la rambla de Benipila pueden ocasionar algún accidente*<sup>108</sup>. Juan Martín Zermeño, ingeniero general, estuvo de acuerdo *por considerar esta parte ser la más flaca del recinto, como es cierto.* Se pensaba así avanzar por toda la línea norte hasta las puertas de San José, y de tal manera se hizo [Lám. 37].

<sup>104</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 6, doc. 11.

<sup>105</sup> RUBIO PAREDES, J.M.; *El castillo de la Concepción...*, pág. 140, y del mismo autor y más extensamente, *Las murallas de Carlos III...*, págs. 115 y sigs.

<sup>106</sup> RUBIO PAREDES, J.M.; *La muralla de Carlos III...*, pág. 125.

<sup>107</sup> A.G.S. G.M., leg. 3487, carp. 7, doc. 6. Publ. por *ibidem*, pág. 150.

<sup>108</sup> A.G.S. G.M., leg. 3478, carp. 10. Publ. por *ibidem*, pág. 145.



Lám. 32: Por su situación, el monte de Despenaperros era uno de los pilares, junto a San José, de la natural puerta terrestre de Cartagena. Al quedar tras la muralla, sobresaliendo frente a Moros, quedó en una situación excelente para batir la obra coronada que se construyó en este cerro caso de que cayera en manos del enemigo. Si bien durante las fortificaciones dieciochescas se estableció en la cima de Despenaperros una plataforma con artillería, no sería hasta el Plan de Defensa de 1860 cuando se fortificaría esta elevación con el pequeño aunque impresionante fuerte que la corona en la actualidad.



Lám. 33: Aprovechando el malecón construido para desviar las ramblas que cegaban el mar de Mandarache, se construyó bajo las recomendaciones de Llobet (y anteriormente de Zermeño) una muralla que cerraba el frente del Arsenal, y que también –al margen de funciones defensivas haría frente a las terribles avenidas de agua durante las lluvias estacionales que afectan a la ciudad, tal y como lo hace en la actualidad.



Lám. 34: El frente de Benipila iba a quebrar en la fachada norte del monte de Galeras, y desde allí, ascendería hasta el fuerte que se proyectaría en la cima. En este tramo, llamado frente de Galeras, se construirían tres grandes baluartes cerrados por la gola para hacer frente a los posibles ataques enemigos por las Algamecas. Por la magnitud de estas fortificaciones, que constituyen casi tres fuertes por sí mismos, y la excelente conservación de los caballeros y cortinas, resulta una de las imágenes más impactantes de la muralla cartagenera.



Lám. 35: Desde un principio se considero la necesidad de establecer un fuerte en la cima del monte de Galeras. Su situación estratégica, controlando el puerto, las Algamecas, el Arsenal y la Plaza, hizo imprescindible asegurar esta altura para evitar que cayera en manos del enemigo, y se le trató desde siempre como la fortificación más importante de la ciudad; incluso hoy sigue afecto a la Armada por su dominación sobre el Arsenal.

Sin embargo, en noviembre de 1772, la Corte reconsideró el plan de fortificación ya aprobado y en ejecución. En un primer momento, estaba previsto construir primero la muralla y, posteriormente, los fuertes exteriores, pero en este replanteamiento se decidió levantar primero las obras externas y luego la muralla, aunque ésta continuó construyéndose hasta agotar los materiales acopiados a pie de obra hasta el 31 de marzo de 1773. La orden fue clara: *Aprovado según el plano de Cermeño, fortificando lo primero las alturas, y en el recinto de la Plaza siguiendo después la obra como Llobet la ha empezado, sin más que librarla de un golpe de mano*<sup>109</sup>. El plan consistía en ir levantando los fuertes exteriores comenzando por Galeras (de nuevo la altura más importante de la Plaza) [Lám. 38], y continuar, en este orden, por Atalaya [Lám. 39] y Moros [Lám. 40], a los que seguirían –aunque finalmente no serían construidos– San Julián, Capnegre, La Fontaneta y Los Picachos, para después finalizar la línea murada que defendería el núcleo urbano y que ya estaba comenzada.

El cambio de criterio ha sido muy comentado por la historiografía local, sin alcanzar del todo las razones de tal decisión. Al parecer, pudo estar relacionado con la permanencia de dos ingenieros directores en Cartagena, como lo eran Llobet y Vodopich, lo que provocaba situaciones muy incómodas para este último, quien ejercía de jefe de la Comandancia, mientras que el primero no dependía de él, lo cual no quedaba contemplado por el Reglamento del Cuerpo. Lo cierto es que finalmente Llobet cesó el 14 de febrero de 1773 y fue sustituido por Vodopich, que siguió manteniendo su responsabilidad en la construcción del Arsenal y sería el encargado de las obras hasta su finalización.

Sería muy prolijo continuar con la relación detallada del curso de las obras<sup>110</sup>, y sólo señalaremos que bajo la dirección de Vodopich se terminaron los fuertes de Galeras, Atalaya y Moros en 1778, y dado que el ingeniero no consideraba conveniente fortificar el cerro de Capnegre, pues habían empezado las obras de acceso a San Julián, previas a la construcción prevista, insistió en reanudar las obras de la muralla: *acabando de cerrar el recinto por los parages que se halla abierto, y levantando la mampostería en todo el contorno de la Plaza*<sup>111</sup>. Con ello, comenzaron los trabajos el 10 de enero de aquel año por lo ya cons-

truido, y en agosto de 1779 se empezaba a cimentar el frente del Batel [Lám. 41]. Dos años después se previó llegar a finalizar el frente del mar, aunque sin embargo, recortes presupuestarios y otras vicisitudes menores, retrasaron las obras casi una década [Lám. 42].

Como fecha de finalización del recinto murado, se pueden señalar las semanas finales de 1788 o principios del año siguiente, aunque la construcción, ya desde estos años, pareció ser poco sólida, y en el año citado, todavía Badarán declaraba que *el recinto de la Plaza sólo se ha hecho con el fin de librarla de un golpe de mano, pero no es capaz de soportar un ataque formal*, cuando aún se trabajaba en ultimar la línea murada y cerrar algunos portillos realizados para introducir materiales<sup>112</sup> [Lám. 43]. Efectivamente, parecía ser el objetivo de esta fortificación, tal y como apuntaba Vodopich en 1778, cuando se disponía a continuar las obras: *...Esta providencia la contemplo muy útil y combeniente tanto para cerrar todo el recinto de la Plaza y precaberla de un golpe de mano, que es principal objeto, como para contener en alguna parte la deserción de la tropa, y evitar los contrabandos que se hacen por los parages abiertos*<sup>113</sup>.

Tras la finalización de la muralla, Vodopich, siguiendo el proyecto de Zermeño y Llobet, recomendaba *seguir ocupando las alturas de Calnegre, Picachos y Fontaneta*, que, definitivamente, quedarían rasas. Y así se lo comunicó Abarca al ingeniero director: *...Mi dictamen es que no se aga cosa alguna en los fuertes nuevos destacados, sólo que se concluyan los que están al acabar; y que se zierre desde luego el rezinto de la Plaza*<sup>114</sup>.

### La muralla

La muralla, como perteneciente al sistema abaluartado de la escuela española, estaba compuesta por dos elementos fundamentales: los baluartes y las cortinas. El baluarte, con su traza pentagonal, era el elemento fuerte que sobresalía hacia el exterior, permitiendo el asentamiento de artillería y el flanqueo de sus dos cortinas, que eran los lienzos de muralla que unían dos baluartes contiguos; por lo tanto, las cortinas recibían el nombre de los números correspondientes a los dos baluartes que enlazaban. Por otra parte, el sistema constructivo empleado en la muralla

<sup>109</sup> A.G.S. G.M., leg. 3486, carp. 9. Publ. por ibidem, pág. 208.

<sup>110</sup> De nuevo, es imprescindible el compendio documental de Rubio Paredes (ibidem, págs. 205 y sigs).

<sup>111</sup> S.H.M. sign. 4-4-6-2.

<sup>112</sup> MARZAL MARTÍNEZ, A.: "Cartagena, modelo de ingeniería...", pág. 450.

<sup>113</sup> Apud RUBIO PAREDES, J.M.: *La muralla de Carlos III...*, pág. 223.

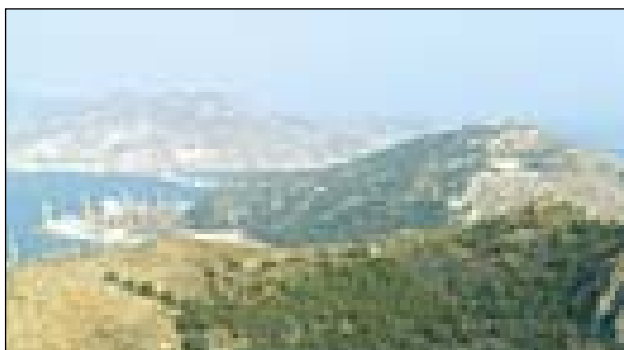
<sup>114</sup> Ibidem, pág. 227.



Lám. 36: Hubo algunas elevaciones que en los primeros proyectos entraron dentro de las fortificaciones previsibles para la defensa de la ciudad. En especial, y por ser la zona montañosa de la ciudad, estos se centraron en los cabezos situados al oeste de la ciudad. En la imagen los montes Galeras, La Fontaneta, Roldán y Los Picachos, los cuales, excepto Roldán, entraron en la terna de las construcciones militares, aunque finalmente, de éstos solamente Galeras se coronaría.



Lám. 37: Siempre pensando en la practicidad y racionalidad de las obras, los ingenieros militares y otras autoridades que intervinieron en la construcción de la muralla de Cartagena opinaron que las obras debían de comenzar por el frente de Benipila. La protección del Arsenal, la magnitud de la construcción, y la dificultad de los terrenos (que eran aportes fluviales), llevaron a que la muralla empezara a levantarse en esta zona, para continuar después rodeando la Plaza.



Lám. 38: En 1772 se decidió entonces paralizar las obras de la muralla para pasar a construir los fuertes exteriores. Si bien débilmente, la ciudad ya estaba amurallada previamente, y aunque la Plaza pudiera aguantar un ataque, si era necesario cubrir previamente las alturas circundantes como complemento a los lienzos urbanos y para establecer reductos últimos de defensa. De nuevo, por su condición estratégica y la dificultad de la construcción, fue el frente oeste el que comenzó a fortificarse por Galeras.

era el adecuado para resistir el embate de un proyectil de la época. Esquemática y generalmente esto quiere decir que la muralla, en sí, es de tierra, pues lo que absorbe la fuerza de la bala enemiga es el relleno que posee, y el paramento de piedra careada sostenido por contrafuertes principalmente sirve para sujetar esta tierra [Lám. 44].

Las cortinas y baluartes de la muralla de Cartagena, que generalmente se construyeron adaptando la obra al terreno, variaban dependiendo del frente; es decir, la muralla no era igual en todos sus tramos, ya que se variaron los coronamientos e incluso los materiales de construcción de los lienzos y antepechos, dependiendo de las necesidades estratégicas que demandaba el frente que defendía [Lám. 45]. Por ejemplo, el frente marítimo fue de construcción más sólida que el resto de la muralla, disponiéndose las piezas de artillería a barbata, ya que la potencia de fuego de uno de los grandes navíos de la época (alrededor de 50 cañones por banda), requería esa disposición artillera y dicha solidez en la muralla [Lám. 46]. En cambio, el frente del Almarjal se levantó con peores materiales, pues un ataque de artillería semejante al que podría sufrir por el mar hubiera sido poco menos que imposible en la época, y era más factible un ataque de infantería con artillería ligera que la muralla hubiera podido resistir con suficiencia, ya que, además, habrían de atravesar los terrenos pantanosos de la antigua laguna [Lám. 47].

Los baluartes más importantes de la muralla cartagenera fueron conocidos por el topónimo del lugar donde se hallaban, pero a todos ellos se les dio, técnicamente, un número. Para una mejor identificación los numeraremos de

acuerdo con los criterios tenidos, a finales del siglo XIX, por la Comandancia de Ingenieros de Cartagena<sup>115</sup>. A su vez, dividiremos la muralla de Cartagena en frentes:

- Frente de la bajada de Galeras: comprendía los baluartes 13 al 10, los cuales actualmente se conservan todos. La línea murada parte del castillo de Galeras, monte abajo en dirección NO hasta llegar a la Cortadura, en el cauce de la rambla de Benipila, formando a su vez *tres reductos y tres cortinas que cada uno de ellos forma un pequeño fuerte [...] que sirven de flancos, aprovechando las irregularidades del terreno*. Tenían estos tres frentes abaluartados la misión de impedir que un enemigo desembarcado en la Algameca ascendiera monte arriba y cayera sobre el Arsenal.
- Frente de la rambla de Benipila: incluía los baluartes del 5 al 10. Se conservan todos excepto el número 5 –el caballero oeste de las puertas de Madrid–, en cuyo solar se levanta hoy la Casa del Niño, y el número 6 en la rambla de Benipila. El conjunto de la fortificación se estructura como una línea casi recta y paralela al muro de poniente del Arsenal, dejando un adarve estrecho. Toda esta línea se hallaba dominada por las alturas situadas al otro lado de la rambla, y aún hoy día podemos observar cómo quedan fuertes merlones (aumentados algunos en altura a comienzos del siglo XIX), con gradas que sirven de banquetas, en especial sobre la actual puerta de la Cortadura, hacia el baluarte nº. 10, todo ello para cubrir de los fuegos enemigos a los infantes y para una mayor seguridad de los sirvientes de las piezas de artillería. Todo este sector se construyó sobre el primitivo malecón que se iniciaba en enero de 1731 para desviar las aguas de la rambla de Benipila hacia la Algameca, a fin de que no colmataran los restos del mar de Mandarache, donde se iba a construir la dársena del Arsenal.
- Frente de la Puerta de Madrid: formado por los baluartes 4 y 5, los cuales han desaparecido en la actualidad. Constituía el frente abaluartado que cumplía la misión de defender esta puerta; es decir, eran sus dos caballeros. Esta zona era la más fácil y probable para un ataque enemigo que pretendiera invadir la Plaza.
- Frente del Norte o del Almarjal: constituido por los baluartes 4, 3 (en la esquina NO. del Parque de Artillería), 2 (frente a la Serreta, llamado también Carlos V), 1 (al pie del Montesacro) y 24 (en el actual Club Santiago), de los cuales sólo se conserva este último. Como glacis, estos baluartes tenían todo el terreno pantanoso del antiguo Estero.

<sup>115</sup> A.M.C., caja 941.



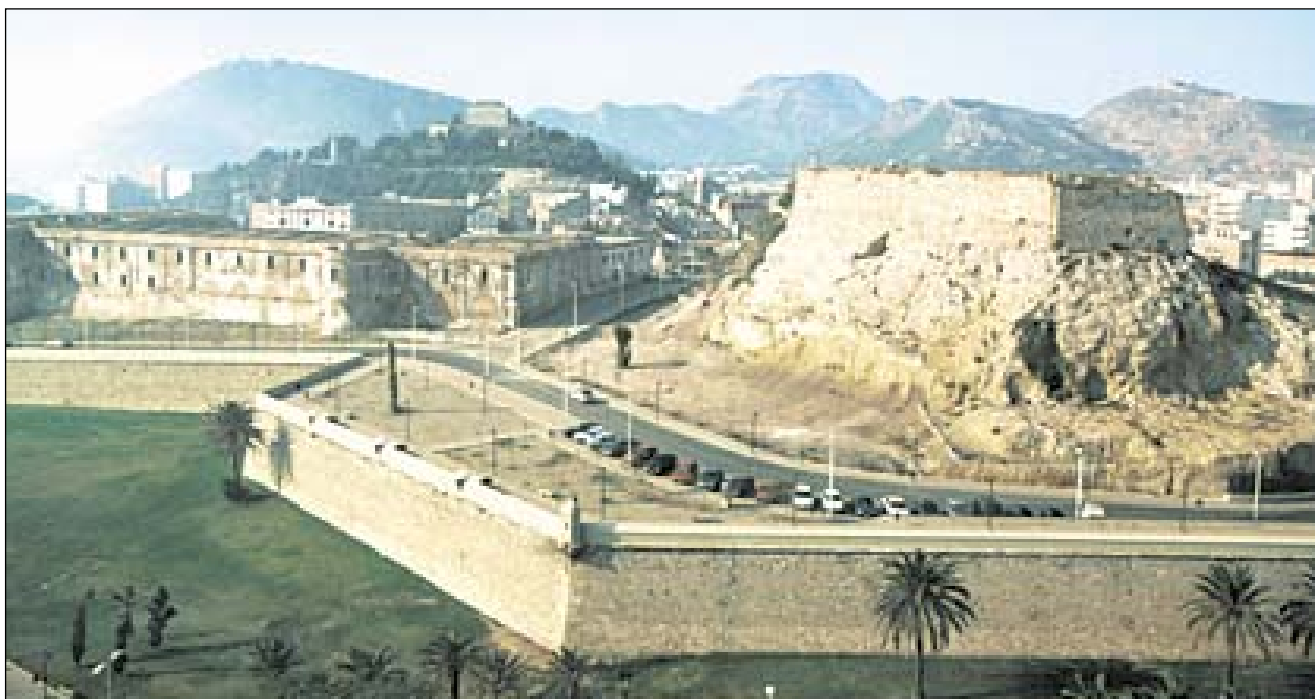


Lám. 39: El sentido de prioridad de las construcciones de los fuertes externos sería el mismo de la muralla, por lo que tras Galeras, la siguiente altura que se fortificaría sería Atalaya, con lo que se cubría así los previsible ataques terrestres por el norte.



Lám. 40: Moros fue el último de los fuertes exteriores en terminarse durante la primera fase constructiva encaminada a tomar las alturas de la Plaza. Tras él se continuaría con las obras de la muralla, aunque se previó una segunda fase de construcción de fuertes externos que nunca se llevó a cabo, y de la que solamente se empezaron a organizar los accesos al monte de San Julián.





Lám. 41: Tras desaconsejar Vodopich la fortificación de Capnegre, se reanudaron las obras de la muralla, una vez que los padrastrros más eminentes y peligrosos habían sido fortificados. En 1779, tras casi un año de obras urbanas en el frente de Benipila y el Almarjal, comenzaban las cimentaciones del Batel.

- Frente del Este: Comprendía los baluartes 24, 23 (sobre la cima de Despeñaperros), 22 (al pie de este monte) y 21 (en la esquina formada por el Hospital Real), conservándose todos ellos. Entre los baluartes 22 y 24 se levantaban las Puertas de San José y su correspondiente cuerpo de guardia. Este frente resultó estar muy protegido por el castillo de los Moros, que como obra exterior, obligaba al enemigo que intentara penetrar en la Plaza por este sector a iniciar los trabajos de asedio por este fuerte. De esta manera, entre los baluartes 21 y 22, se abría un portillo, llamado puerta del Socorro, que servía para, a través de un camino cubierto, asistir con tropas y materiales al castillo de los Moros [Lám. 48].
- Frente del Mar (Sur): quedó constituido por los baluartes –todos ellos conservados en la actualidad– 21, 20 (llamado también de Isabel II o San Carlos, en memoria de la batería anterior; se eleva junto al túnel de la calle Gisbert), 19 (bajo el castillo de la Concepción), 18 (bajo el Gobierno Militar) y puertas del Muelle hasta el Cuartel de Presidarios. Cerró toda posibilidad de desembarco, sirviendo como asentamiento de baterías para batir el puerto. En su final, dejaba libre la bocana de entrada

a la dársena de los astilleros cuyo acceso estaba defendido por la llamada batería del Arsenal [Lám. 49].

Sin embargo, a pesar de su finalización, todo apunta a que la situación en la que había quedado la muralla de la ciudad no contentó a todos, y es algo que se vendría a repetir los años siguientes, terminando por cuestionar su auténtica utilidad<sup>116</sup>. Pocos años después de su terminación definitiva, en plena guerra de Independencia (1811), el ingeniero don Francisco Bustamante informaba que: *...el casco del pueblo está rodeado de un muro de nueve varas de altura y por la parte interior tiene cortinas y baluartes, pero aquellas desproporcionadas y estos muy pequeños, y que todos sacan sus defensas fijantes de las cortinas, y sin embargo presentan sus caras demasiado a la campaña; el parapeto generalmente es sólo el grueso del muro principal, que es poco más de una vara; pero en los baluartes como tiene cañoneras en sus flancos y caras son más robustos los merlones que forman el parapeto, y son de piedra dura todas las explanadas; no tiene foso, ni camino cubierto ni obra alguna avanzada que obligue al enemigo a empezar desde lejos sus trabajos o le impida batir desde el principio*

<sup>116</sup> Véase GÓMEZ VIZCAINO, A.: “¿Decadencia del sistema abaluartado?”. *Cartografía y fortificaciones en Canarias. Siglos XV al XVIII*. Santa Cruz de Tenerife, 2000, págs. 215-233.



Lám. 42: Fue el frente marítimo el último tramo que se levantó de muralla durante los últimos años de la década de los ochenta del siglo XVIII. La muralla, muy transformada en los últimos años, presentaba una estructura muy sólida, utilizando piedra careada en toda su extensión y desechando el atabaire que había sido empleado algunos tramos de los frentes de Benipila y el Almarjal. Su coronamiento fue siempre a barbata, y nunca tuvo merlones ni troneras, ya que la artillería se colocó algo más atrás de la primera línea y no era previsible la actuación masiva de fusileros. En este caso se dispuso una batería de cañones en primer lugar, cuya función era la de batir la entrada a la bahía, y una segunda fila de morteros para efectuar tiros curvos y cubrir el interior de la bahía. En la actualidad presenta un aspecto confuso en su conjunto, con un aditamento superior sobre la originaria barbata que la eleva de su altura original, dejando huérfanos a los pies de las garitas, y un vaciado inmediato de la base (que fue rellenada a finales del siglo XIX para construir el puerto de Alfonso XII) que contrasta con la altura del paseo, la carretera y el puerto, dando la falsa impresión de un foso que nunca tuvo.



Lám. 44: Uno de los aspectos más interesantes del sistema constructivo de los baluartes de la muralla es que realmente eran construcciones de tierra apisonada, material que era capaz de absorber la fuerza de un disparo. Primero se creaba el molde, con un muro de piedra sujeto con contrafuertes, y después se rellenaba con tierra. La continua presión antrópica a la que ha sido y es sometido el frente de Benipila, da como resultado continuas transformaciones (cuando no agresiones) de la construcción del XVIII.



Lám. 43: En ciertos tramos de la muralla y de alguno de los fuertes que rodean la ciudad, aún se conservan los vestigios de portillos que se dejaban abiertos durante la construcción de la muralla para introducir materiales o para diversos menesteres, y posteriormente, cuando dejaban de tener función o las obras finalizaban, eran convenientemente cegados. En la imagen, una puerta o poterna tapiada en el frente de Benipila.

el pie de la muralla; *el número de baluartes es de trece y dos plataformas sobre la muralla del mar*<sup>117</sup>.

Otras opiniones parecen estar algo manipuladas, y probablemente buscaban la justificación en los fracasos. El general Torrijos, después de su derrota en esta ciudad, a la que se había retirado confiado en la fortaleza de sus defensas en el año 1823, escribía: *...La Plaza de Cartagena, que no tiene más consideración que la de un punto del litoral, y fuerte por la parte del mar, sólo presenta en este concepto una defensa contra las fuerzas marítimas que intenten ofenderla. Sin obra ninguna avanzada, tiene solamente por la parte de tierra un malecón que la llaman muralla, y se constituyó con el objeto de dar curso a las aguas que se estancaban en aquel país pantanoso. Una tal obra carece pues de foso y de la solidez necesaria para resistir la acción de la artillería*<sup>118</sup>.

En el año 1845 el Coronel Ildefonso Sierra señalaba sobre la muralla: *...tiene terraplén bastante escaso con su banqueta; se compone de cortinas y baluartes, aquellas desproporcionadas y estos muy pequeños, que sacan sus defensas fijantes de las cortinas, presentando sin embargo sus caras demasiado a la campaña; sin foso, camino cubierto, ni otra obra alguna, que obligue al enemigo a empezar desde lejos sus trabajos ni le impida batir desde el principio el pie de la muralla; sus parapetos generalmente tienen sólo el espesor del grueso muro, excepto en los baluartes que por razón de las embrasaduras de sus flancos y caras son más robustos; de lo que infiere, sin la menor duda, que dicha fortificación sólo fue ejecutada para libertar la Plaza de un golpe de mano y evitar el contrabando*<sup>119</sup>.

Si bien hubo algún que otro intento durante el siglo XIX de dotar al frente terrestre de un foso y camino cubierto, del tipo que poseían las plazas de primer orden, cuestiones tácticas, económicas, y la propia puesta en cuestión sobre la utilidad de la muralla como elemento defensivo durante toda la primera mitad del siglo (en la segunda ya se afirma claramente su nula función), dejaron a la línea defensiva con su glacis natural –el Almarjal– hasta su parcial derribo.

### Los fuertes exteriores

Respecto a las obras exteriores, que como hemos visto se terminaron antes que la muralla, la primera de las construcciones en acabarse fue el fuerte de Galeras (1777), y pocos meses más tarde Atalaya y Moros. Al año siguiente, habían sido ya los tres totalmente terminados bajo la dirección de Vodopich.

Galeras –quizá el más importante de cuantos construidos– quedó, en opinión posterior, como ciudadela de la Plaza [Lám. 50]. El coronel Ildefonso Sierra, en 1845, emprendía su descripción: *Forma parte del recinto de la Plaza, y se une con él por una comunicación compuesta por tres reductos y tres cortinas que cada uno de ellos forma un fuerte [...] La figura es de cuadrilongo [Lám.51] con baluartes demasiado pequeños [Lám. 52], y un revellín [Lám. 53] que cubre la entrada [Lám. 54], foso [Lám. 55] y camino cubierto con una estacada destruida y nada bien colocada. Su altura sobre el nivel del mar es de 243 varas; domina de costado y de revés la Plaza y el Arsenal; de frente el cabezo de la Podadera, Espalmador Grande, Algameca Menor y parte de la Mayor con las avenidas de alrededor. Tiene habitación para el gobernador, alojamiento para tropa [Lám.*

<sup>117</sup> Apud GÓMEZ VIZCAÍNO, J.A.; "Noticia histórica sobre la fortificación de la Plaza de Cartagena durante la guerra de la Independencia. Año 1811". *II Jornadas sobre fortificaciones modernas y contemporáneas*. Cartagena, 1999, en prensa. El señalado es nuestro.

<sup>118</sup> SAENZ DE VINIEGRA, L.; *Vida del general D. José María Torrijos y Uriarte. Actuación en Cartagena*, vol. I. Madrid, Ed. 1960, pág. 229. El señalado es nuestro.

<sup>119</sup> S.H.M., col. Aparici, sign. 4-4-6-15. El señalado es nuestro.

56], *almacenes y tres aljibes, y es capaz de 300 hombres de guarnición* [Lám. 57].

De Atalaya, el mismo ingeniero señalaba que el castillo descubría *con sus fuegos la mayor parte de las avenidas de la Plaza, pero como aquellos son tan altos, resultan a cierta distancia fijantes, y sólo pueden incomodar al enemigo, pero nunca impedir la marcha de sus trabajos* [Lám. 58]. Situación que también le daba ventajas, como escribía el coronel Medina en 1859<sup>120</sup>: *...su situación le hace intomable por la inmensa dificultad de batirlo con artillería* [Lám. 59]. La descripción más completa fue la realizada por el general López Domínguez en 1877<sup>121</sup>: *De traza cuadrada* [Lám. 60], *situado sobre la altura de su mismo nombre, descubriendo desde ella con sus fuegos que dominan y baten de enfilada y de revés a los recintos de nordeste y oeste de la Plaza, todo el Almarjal, la Algameca Chica y la mayor parte de las avenidas de la Plaza y su campo, en una extensión de 6.000 metros. Consiste su defensa en cuatro pequeños frentes abaluartados* [Lám. 61], *circuido de fosos sobre cuyo terraplén, que está a 251 metros sobre el nivel del mar, pueden colocarse hasta 20 piezas de artillería* [Lám. 62]. *En el interior del fuerte se eleva un espacioso cuartel defensivo a prueba que sirve para alojamiento para una guarnición de 200 hombres* [Lám. 63], *con su material y municiones correspondientes. Por encima de la bóveda que él cubre, y a 256 metros de cota, hay sitio donde emplazar ocho piezas de artillería.* [Lám. 64]

La obra coronada de Moros, quizá resulte la más interesante de las construidas en Cartagena durante el siglo XVIII [Lám. 65]. El coronel Sierra, en 1845, fue uno de los pocos que acertaron en la denominación correcta de la obra: *...es una obra prolongada y casi paralela al recinto de ella* [de la Plaza] [Lám. 66], *su figura es de obra coronada y sirve para cubrir los frentes de San José y del Hospital, señoreando los restantes de la campaña por aquella parte. Tiene parapeto, foso y explanada* [Lám. 67] *con baluartes y defensa bien entendida hacia la parte del noreste y sur* [Lám. 68], *y por la gola que mira a la Plaza está escarpado a fin de ser protegido por ella y de dificultar el ser rodeado por todas partes* [Lám. 69]; *tiene sólo un cuerpo de guardia, almacén de pertrechos y otro de pólvora* [Lám. 70]. *El objeto de este fuerte es privar al enemigo de empezar sus trabajos a menos de 100 varas de la Plaza. De ésta al predicho fuerte hay construido un camino cubierto para comunicarlo con la Plaza.*

Efectivamente, según el tratado del Padre Cassani,



Lám. 45: En todos sus tramos existe la constancia del intento continuo de los constructores de la muralla por adaptar la construcción al terreno y no al contrario. Por ejemplo, en el frente de Galeras, los caballeros de la muralla, casi fuertes por sí mismos, ascienden a lo largo de toda la pendiente del monte hasta llegar al castillo, prácticamente sin alterar el terreno.

maestro de matemáticas de los Reales Estudios jesuitas, a comienzos del siglo XVIII, definía esta figura de la fortificación: *...La obra coronada es la mayor de las obras exteriores, y de grande utilidad, por ser capacísima, se aleja mucho de la Plaza, con que tiene más lejos el enemigo, aunque también tiene muy expuestas sus caras a la batería; consta de un baluarte y dos medios baluartes, o tres enteros, se describe también a cola de golondrina o con las alas paralelas*<sup>122</sup> [Lám. 71].

Dada la importancia de esta construcción, siempre estuvo artillada. El propio Zermeño, en su primigenio proyecto, consideró apta esta fortificación para 60 cañones y 8 morteros. Sin embargo, con motivo de la guerra de la Independencia, en 1810, se le emplazaron 10 cañones de hierro en sustitución de otros tantos que tenía en estado de inutilidad.

<sup>120</sup> S.H.M., col. Aparici, sign. 0-10-110.

<sup>121</sup> LÓPEZ DOMÍNGUEZ, A.; *Memorias y comentarios sobre el sitio de Cartagena*. Madrid, 1878, pág. 21.

<sup>122</sup> CASSANI, J.; *Escuela militar de fortificación ofensiva y defensiva, donde se enseña lo que debe saber cualquier soldado, para proceder con inteligencia en las fortificaciones de sitiar o defender plazas, disponer fortines, uso de la artillería y de la bomba, con la teoría de movimientos de escuadrónar*. Madrid, 1704.





Lám. 46: La fachada marítima de la muralla se diferenciaba de la terrestre tanto en la factura de sus materiales como en la disposición de distintos elementos defensivos que la componen, diferencias que se repiten en todos los frentes de la muralla, ya que cada sector cumplía una función. En los últimos años esta situación se ha visto agravada por la falta de un criterio único de intervención en la rehabilitación de lienzos y coronamientos. En la imagen, tomada hace unos años, se observa aún la balaustrada que coronaba la muralla del Mar, y que por su transparencia respetaba la altura original de sus muros. Lo privilegiado del área ha producido una continua transformación urbana de la zona no siempre con los criterios más racionales.



Lám. 47: A diferencia del frente marítimo, el de tierra se levantó con materiales a veces muy endeble, como piedras de atabaire en algunas zonas, lo que ha llevado a una rápida degradación de algunos sectores. Igualmente, los coronamientos estaban formados por merlones y aspilleras para fusilería. En la actualidad este sector de la muralla que se enfrentaba al Almarjal se encuentra enterrado y sometido a una intensa presión urbanística que la ha hecho desaparecer en algunos tramos. En la imagen, uno de los lienzos mejor conservados bajo la antigua Lonja, va a quedar paralelo al aparcamiento subterráneo de un edificio.

### Continuidad, utilidad y reforma. La ciudad y sus fortificaciones en la primera mitad del siglo XIX

La primera vez que realmente hubo oportunidad de comprobar la utilidad de las fortificaciones cartageneras fue durante la guerra de la Independencia. Pocos días después del dos de mayo de 1808, ya se tomaban las primeras medidas de orden público y control de personas <sup>123</sup>, en una ciudad que dos años antes contaba con 23.000 almas aproximadamente, de las cuales más de 6.000 pertenecían a las tropas acuarteladas en la Plaza. El 23 de mayo, la Maestranza de Artillería repartía armas y municiones a la población civil, a la cual se le uniría inmediatamente la tropa de la guarnición para prepararse contra una previsible intervención francesa. Organizadas las autoridades civiles y militares en una Junta General, Cartagena se convirtió en centro de distribución de materiales bélicos como pólvora, fusiles, cañones, etc., además de participar con tropas y voluntarios en la marcha hacia Madrid de aquel año.

Desde la insurrección popular, para hacer frente al poder francés se vio claro que –si bien con algunas reservas movidas por años de hostilidades con Gran Bretaña– el frente marítimo no iba a suponer especial problema, ya que, además de estar suficientemente protegido con las baterías y fuertes de la bocana, la flota combinada de buques españoles, y sobre todo ingleses, se encargaría de que no hubiese desembarco alguno. Por lo tanto, los esfuerzos defensivos fueron dirigidos hacia el frente de tierra, es decir, se tomaron diversas medidas para adecuar la muralla, en especial los frentes de Galeras, Almarjal y San José.

#### El informe Bustamante. La guerra de Independencia y las sublevaciones liberales

De tal manera, todas las obras y modificaciones realizadas por dicha Junta, fueron analizadas por el ingeniero militar don Francisco Bustamante en 1811, quien retrató el estado de la ciudad de la siguiente manera: *...Ya que se me manda decir cuanto crea conveniente a la utilidad de la Patria, digo que Cartagena, por el azote de la epidemia en dos años seguidos, por absoluta falta de cosecha en el actual, por lo extraordinario y nunca visto atraso de pagar en el Departamento, y por la falta de giro y circulación, se halla generalmente en un estado horrible de miseria, de suerte que si el enemigo se presentase y cortase la comunicación de tierra, todo el mundo conoce que si no hubiese ejército nuestro que protegiera la Plaza, se cortarían desde luego; la de mar no se interrumpiría absolutamente, pero quedaría tan llena de dificultades que sería muy precaria*



Lám. 48: En el frente del Batel se abría esta puerta, recientemente rehabilitada para uso universitario, que daba paso a un camino cubierto cuya función era auxiliar el fuerte de Moros. Como todas las puertas de una fortificación, presenta unas características funcionales muy concretas. En este caso, por ejemplo, el tramo interior del vano es curvo (para evitar la entrada directa de tropas o un proyectil), y además su salida al exterior está elevada sobre el suelo.

*la subsistencia de la guarnición, y muy expuesta a las consecuencias de la extrema escasez. El medio de prevenir estos daños es hacer depósitos capaces de surtir a todos los habitantes de la ciudad para 4 ó 5 meses, y es menester desengañarse, que sin qué comer es inútil todo lo demás que se gaste.*

A pesar de innumerables carencias, la máquina de guerra estacionada en Cartagena y gestada el siglo anterior, con el bagaje adquirido aún en los siglos anteriores, se ponía en marcha. La fuerza militar movilizada ascendió, entre jefes, oficiales y tropa, a 7.526 hombres, encuadrados en los regimientos de infantería de línea “Voluntarios de Castilla”, suiza de “Traxler”, de línea “Valencia”, infantería “Provincial de Murcia”, el 2º regimiento del Real Cuerpo de Artillería y el 4º batallón de Infantería de Marina. Y las piezas de artillería, si las existentes en el Parque eran 1.314, junto a

<sup>123</sup> Todo ello en el magnífico trabajo de PIÑAR LÓPEZ, J.J.; Ob. Cit., págs. 225 y sigs., por lo que evitaremos citas innecesarias.



Lám. 49: Las puertas del Muelle y el tramo de muralla del cuartel de Presidarios eran los últimos elementos del frente marítimo de la fortificación urbana del XVIII. Tanto el puerto –razón de ser de la ciudad– como la plaza contigua (actual plaza del Ayuntamiento), constituían un área fundamental en el paisaje urbano de Cartagena, siendo el núcleo más importante para la vida ciudadana a lo largo de siglos.

los fuertes, muralla y baterías de costa, sumaban 1.572 cañones, unido a unos 40.389 fusiles y sables. Todo ello, abastecido con munición y pólvora del Parque y Arsenal, elementos imprescindibles que no se dejaron de fabricar en ningún momento.

En junio de 1808, la Junta Militar, enviaba a Gabriel de Ciscar, Vicente Imperial Diguier y Cándido de Hergueta a inspeccionar las defensas de la ciudad, quienes informaron de la urgencia de mejorar, principalmente, las defensas en las puertas de San José y de Madrid. También visitaron los fuertes exteriores, los cuales, como señala Piñar López, se encontraban, en general, en perfectas condiciones, y todo indica que desde el primer momento se consideraron como motivo último de la defensa de la Plaza, lo que explica el empeño de las autoridades militares por mantenerlos perfectamente avituallados, dotados de suficiente artillería y bien guarnecidos.

En 1808, el castillo de Atalaya estaba artillado con 17 cañones y dos morteros, y el de Galeras con 19 cañones de bronce, 4 de hierro desmontados y dos morteros. El castillo de Moros, que en ese momento y excepcionalmente se encontraba sin artillería, fue dotado finalmente con 24

piezas; la torre de San Julián, que estaba artillada, fue despojada de las piezas, ya que los comisionados consideraron muy peligroso para la seguridad de la Plaza mantener artillería con tan poca defensa. Todos los castillos fueron dotados con guarniciones que oscilaron entre los doscientos y trescientos hombres cada uno, lo que confirma las sospechas de algunos de los ingenieros y autoridades competentes emitidas el siglo anterior, que afirmaban la excesiva cantidad de soldados requeridos para atender suficientemente las fortificaciones de Cartagena [Lám. 72]. Opinión reafirmada al saber que solamente en labores de vela de la muralla y los fuertes diariamente requerían 862 soldados. Ello provocó que tras las derrotas de los ejércitos españoles por las tropas imperiales se consideraran movilizados todos los vecinos cuyas edades comprendieran los 15 y 60 años, e iban a ser los que se encargaran de defender los baluartes según el cuartel donde se encontrara su domicilio.

Poco antes de finalizar la guerra, el informe de don Francisco Bustamante trató en detalle cada una de las fortificaciones y medidas tomadas sobre la muralla y sus frentes durante el conflicto contra los franceses, las cuales señalaremos resumidamente <sup>124</sup>:

<sup>124</sup> GÓMEZ VIZCAÍNO, J.A.; "Noticia histórica sobre la fortificación...", en prensa.



- **Frente de las Puertas de Madrid**<sup>125</sup>: Se acordó realizar *un trozo de camino cubierto, cuyo total consiste en varios redientes*<sup>126</sup> *descritos sobre un semicírculo, cuyo centro es la puerta; tiene banquetas*<sup>127</sup>, *parapeto, explanada y una buena estacada*<sup>128</sup>. No obstante, el ingeniero le observó algunos defectos que le hicieron escribir: *...en esto es lástima que se haya gastado el dinero.*
- **Frente de San José**: En su puerta se realizaron obras exteriores, con una cerca y camino cubierto, pensando que en caso de sitio de la Plaza se impediría su entrada a la ciudad, a lo que el ingeniero comenta con sutil ironía que cuando se abrió el foso: *...que fue al principio de la guerra y cuando tal vez no se pensaba en que llegaría el caso de tener un sitio, y si sólo que con cerrar las puertas de la ciudad se impediría la entrada de los franceses.*

En el cerro de la Cruz (Despeñaperros), se estableció una batería para cinco piezas *con el objeto de impedir al enemigo establecerse en el cabezo de los Moros si llegaba a tomarle.* Otra finalidad de esta nueva batería fue la de hacer fuego también sobre el mar, así como sobre el camino que desde dicha puerta conducía al Almarjal. Como este cerro –escribía Bustamante– *terminaba en un mogote de corta capacidad, se emprendió en la misma pendiente una muralla robusta, que tiene más o menos alzado según corresponde a las irregularidades del cerro. La mayor parte del proyecto está a la altura del cordón, aunque por partes está algo más adelantado y están ya montadas cinco piezas.*

En el castillo de Moros, se continuó el foso por la parte norte hasta envolver el semibaluarte donde se halla la puerta de entrada, al tiempo que, aprovechando esta ampliación, se realizó una *comunicación* que unía este fuerte con la Plaza a través de la puerta del Socorro.

- **Frente del Almarjal**: Era el sector de la plaza que ofrecía más peligrosidad. Así, en el cerro de la Serreta se levantaron dos baterías a distintas alturas, cada una para cinco cañones: *...la más baja tiene merlones revestidos de ladrillo viejo y escombros; la superior a barbata; cada una de estas baterías se hizo en poco más de una mañana, y se ha gastado en ellas poquísimo dinero, y están en buena disposición para dirigir sus fuegos hacia el Almarjal, que es el punto por donde más se debe temer un sitio en regla.*



Lám. 50: Los intentos de fortificación del monte de Galeras están documentados desde el siglo XVI, cuando se era ya consciente de lo complejo que suponía la defensa del área urbana, rodeada de peligrosas alturas. Con la construcción del Arsenal y el desarrollo de la Plaza, las décadas finales del siglo XVIII verían cómo finalmente se levantaba un fuerte en la cima de esta estratégica elevación. Se accede a la fortificación a través de un puente levadizo que da paso a una espectacular puerta cuyo estilo sobrio y neoclásico le aporta una imagen aún más poderosa.

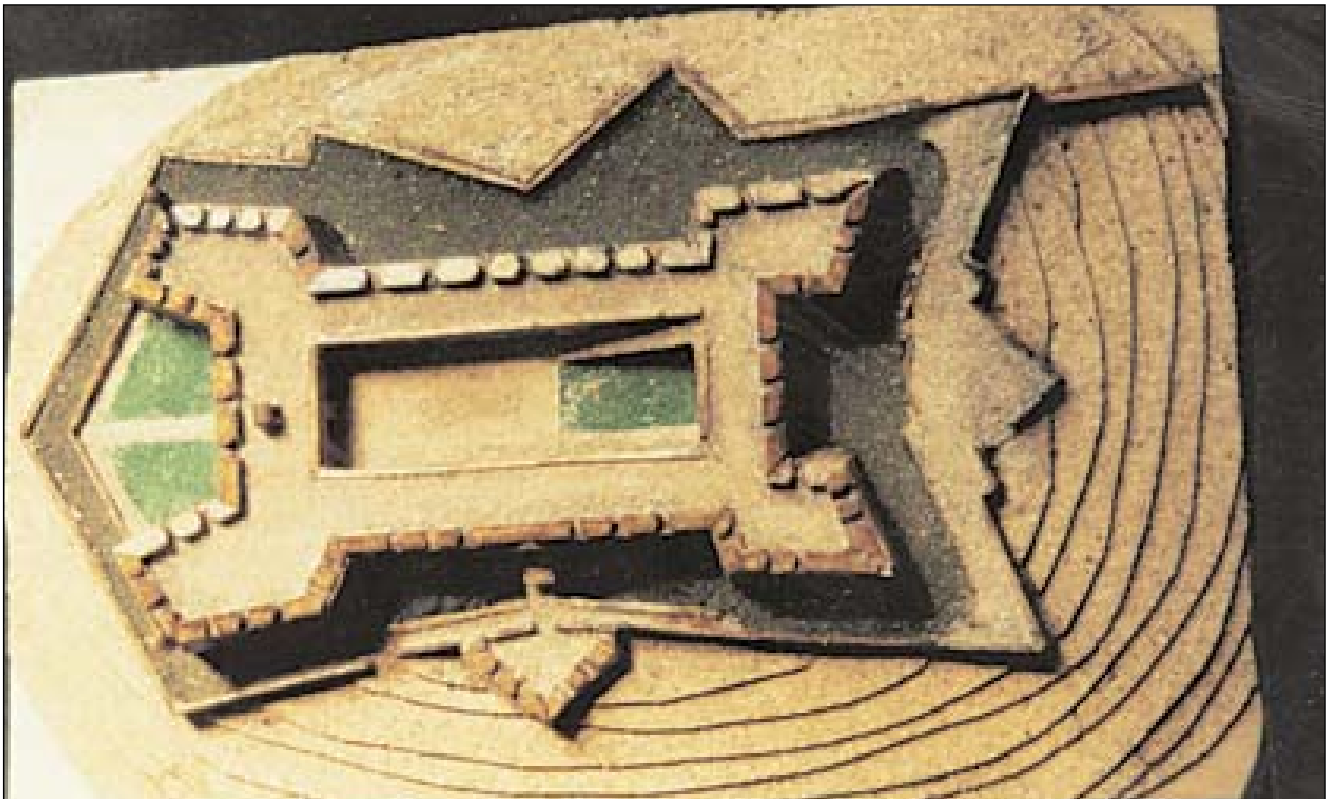
Se pensó por estos años –sigue apuntando Bustamante– en hacer un *camino cubierto todo artificial y con las mismas dimensiones que tienen estas obras en las plazas de primer orden*, lo que ha dado pie a algún autor local a señalar la existencia de un camino cubierto en el Almarjal. Si bien parece que se comenzaron las obras para realizar el camino, el propio ingeniero militar que elaboró esta memoria, cuando llegaba a la ciudad,

<sup>125</sup> En íbidem se escribe *la puerta de Mar*. No hemos consultado el documento original, que don J.A. Gómez Vizcaíno no cita, por lo que dudamos si se trata de un error del autor del manuscrito o del transcriptor. No obstante, está claro que se refiere a las puertas de Madrid.

<sup>126</sup> La línea de redientes, en fortificación de campaña, es aquella cuya traza alternan largos espacios rectilíneos, formando cortinas, con ángulos salientes más o menos abiertos –aunque generalmente agudos–.

<sup>127</sup> Obra de tierra o mampostería, a modo de banco corrido, desde la cual pueden tirar dos filas de soldados convenientemente parapetados.

<sup>128</sup> Hilera de estacas clavadas en tierra verticalmente.



Lám. 51: La traza del fuerte levantado en Galeras –ideada por Llobet reduciendo una fortificación considerablemente más grande proyectada por Zermeño (y finalmente dirigida su construcción por Vodopich)– era básicamente en planta un rectángulo en cuyos vértices se disponían baluartes irregulares y pentagonales, todo ello rodeado por un foso seco en cuyo lado este se levantó un revellin poligonal que cubría el puente levadizo. En el centro se establecía el patio de armas, también cuadrangular, que articulaba los espacios internos.



Lám. 52: Básicamente, al estar levantados en la misma época y por los mismos ingenieros, tanto los fuertes como la muralla del siglo XVIII presentan un estilo extraordinariamente homogéneo a pesar de sus diferentes funciones y lugares donde se levantan. En altura, esquemáticamente una cortina de piedra careada da paso a un cordón que circunda toda la fortificación; sobre él se levantan los antepechos que protegen las piezas de artillería y sus sirvientes. No obstante, cuando un siglo después se acabó el fuerte de San Julián, y a pesar de presentar en algunos sectores una técnica que ya no utiliza los baluartes, los ingenieros encargados siguieron manteniendo, en esencia, esta disposición vertical de los muros. En la imagen, cortina, baluarte y foso de Galeras; el muro interior de este último elemento constituye, en sí mismo, un camino cubierto que rodea la fortificación.

apuntaba que *ya empezaban a escasear los fondos, y viendo que costaría millones, y que no se podría probablemente realizar a tiempo*, propuso a las autoridades levantar una obra de campaña *revestida de tepes o esparto*, de la cual sólo pudo realizar *un trozo, pero habiendo empezado entonces la escasez extrema de caudales se suspendió esta obra y en todas las demás de alguna consideración*.

- **Frente de Benipila:** Entre los baluartes de la Cortadura y del barrio de la Concepción, *se han elevado considerablemente los merlones de los baluartes, para que sirvan de espaldones*<sup>129</sup> [Lám. 73] *y se pueda servir la artillería sin recibir daño de la altura o con el menor posible, y para el uso de estos parapetos elevados se han hecho varias gradas, que sirven de banqueta*. Efectivamente, este daño de la altura se refiere a las elevaciones situadas al otro lado de la rambla de Benipila, desde donde se dominaban los coronamientos de la muralla con las nuevas carabinas que triplicaban el alcance de los fusiles en uso. Por este motivo no sólo había que proteger a la artillería, sino también a los fusileros y artilleros apostados sobre las murallas. Así, *con el mismo objeto de cubrirse de la dominación, se han elevado las cortinas formando troneras bastante separadas para fusil en toda su extensión* [Lám. 74]. De esta manera, tanto los merlones para los cañones, como las aspilleras (troneras) para fusil, podemos aún contemplarlas sobre el baluarte de la Cortadura y las cortinas correspondientes que hoy ocupa el astillero Izar, en el margen izquierdo de la rambla de Benipila [Lám. 75].

Igualmente correspondiente al frente de Benipila, se estableció *una segunda línea de defensa*, y sigue describiendo el informe este límite defensivo secundario: *...se han construido tres torreones, semicirculares, adosados a la muralla, que terminan en un plano rodeado de parapeto en el que hay artillería ligera y se flanquean recíprocamente; esta obra, que ha costado bastante, sólo puede servir en el caso de que el enemigo verifique una escalada por el frente o frentes que ocupan la longitud de la muralla del Arsenal*. Dicha línea, formada por estas tres edificaciones semicirculares, quedó reflejada en algunas imágenes [Lám. 76] y en el plano realizado por Luis Panisse en 1849<sup>130</sup>, el levantado por Montojo y Salcedo (1881)<sup>131</sup>, y el plano de la Comandancia de



Lám. 53: Desde la azotea del revellín de Galeras se domina perfectamente toda el área del Arsenal y el recinto de la Plaza. Todos los elementos en una fortificación tienen una razón de ser, un motivo funcional que, si bien varía en las épocas o los emplazamientos, siempre responde a una causa estratégica local o general, por lo que unas veces es más evidente que otras.

Ingenieros de Cartagena de 1900<sup>132</sup>. En la actualidad, estos torreones se encuentran desaparecidos a causa de las ampliaciones realizadas en el Arsenal durante el siglo XX.

- **Intervenciones urbanas y en el frente marítimo:** Escribía Bustamante que otra de las disposiciones que se tomaron a comienzos de la guerra fue la demolición del barrio de Quitapellejos y parte del de Santa Lucía: *...este se ha demolido bien, buscando el terreno natural; en aquél sólo ha sido destruir el caserío sin quitar al enemigo los abrigos que le pueden proporcionar las ruinas*. Al mismo tiempo, también se taló y limpió de obstáculos la Alameda (de San Antón) *que era desalojo muy apreciable en este pueblo*. Sobre este intenso efecto urbano, son muy interesantes las apreciaciones realizadas, años después, por el ilustre militar cartagenero don Ignacio López Pinto: *...Todo un gran arrabal llamado Quitapellejos, y la mayor parte de los de San Antón y Santa Lucía quedaron arrasados con éstas desacertadas medidas, dejando sin hogar a centenares de familias, y al estado y al pueblo privados de varios edificios públicos, de un excelente jardín de plantas y de sus mejores paseos y sitios de verano [...]. Las defensas de Cartagena no ganaron nada con estas voluntarias desgracias [...]. En el interior del recinto, desabrigradas las murallas por*

<sup>129</sup> En general, toda masa de tierra u otro material destinado a cubrir del fuego de enfilada o de revés. La diferencia entre el parapeto y el espaldón, consiste en que aquél permite que se haga fuego o defensa activa detrás de él.

<sup>130</sup> S.H.M., sign. 2642 (2).

<sup>131</sup> A.M.C., plano nº 12.

<sup>132</sup> A.M.C., caja 941 (Zonas Polémicas).



Lám. 54: La decoración y el estilo de las fortificaciones dieciochescas dan incluso para un análisis de las ideas políticas de la monarquía borbónica española del XVIII. Una portada puramente neoclásica, sobria, homogénea y exenta de aditamentos superfluos, evoca un modelo de estado racional, poderoso e ilustrado que vivía, en el momento de su construcción, una edad dorada.

*la falta de todos los edificios que habían derribado y de los que muchos hubieran servido como obras avanzadas protegidos por tres castillos que dominaban la campaña, quedaron enteramente al descubierto y en disposición de ser batidas en brecha a tiro de cañón. También se desmantelaron tres grandes polvorines en el Plan. De ellos, López Pinto vuelve a escribir: ...Los almacenes de pólvora construidos a toda costa a dos y tres leguas de la Plaza fueron destruidos o arrancados sus magníficos techos bajo el pretexto enemigo, que aún estaba a cincuenta leguas de distancia*<sup>133</sup>. Además, complementando estas enérgicas medidas en el sector terrestre, se demolieron todas las defensas marítimas del frente de

Levante, probablemente para que pudieran ser barridas por las de Poniente y no constituyeran un peligro si caían en manos del enemigo.

Si bien los franceses no entraron jamás en la ciudad, y felizmente no hubo necesidad de comprobar la utilidad del sistema defensivo que se estableció para la ocasión, la paz para Cartagena llegaría con más pena que gloria. La situación de la ciudad en los años veinte del Ochocientos era verdaderamente lamentable, a causa del abandono de las actividades militares y la total ralentización de la intervención estatal. *Pasó a ser un pueblo secundario e insignificante*, incrementándose la ruina de la ciudad a causa del terremoto sufrido en 1829, que acabó con *muchos edificios de esta ciudad, dejando bastantes de ellos en estado casi ruinoso, incluso las Casas Capitulares*. Se llegó al punto en el que las fincas derruidas y abandonadas fueron contabilizadas en más de 7.000 solamente en el centro urbano. La ciudad presentaba un aspecto que Egea Bruno no duda en calificar como “fantasmagórico”, con un proceso de despoblación atroz, que se acentuó además por el lógico y consecuente desaprovechamiento de los edificios conventuales abandonados producto de las desamortizaciones: *...causa lástima y aun horror contemplar que sus hermosos cuarteles, magnífico Parque de Artillería y su Arsenal que siempre ha sido y es admirado de todas las naciones, estén envueltos y circuidos de montones de escombros*<sup>134</sup>.

No obstante, el protagonismo a Cartagena durante las primeras décadas del siglo XIX le iba a venir por sus militares. Las corrientes liberales inauguradas con la guerra de la Independencia, que habían causado honda mella en el pensamiento político de los grupos castrenses, iban a tener en la ciudad portuaria uno de sus focos más destacados. Los principales conspiradores militares que pretendían acabar con el Antiguo Régimen, Torrijos y López Pinto, encarcelados en Cartagena tras la intentona liberal de Lacy en Cataluña, fueron liberados a raíz de un disturbio popular el 29 de febrero de 1820, proclamándose en la ciudad portuaria la Constitución de 1812 y secundando el alzamiento de Riego en Cabeza de San Juan. Se inauguraba el Trienio Liberal, que en Cartagena iba a acabar el 3 de noviembre de 1823, con la capitulación de la Plaza frente al sitio impuesto por los Cien Mil Hijos de San Luis<sup>135</sup>. Como ya hemos visto, el general Torrijos, que encabezó la defensa de Cartagena, realizó una dura crítica de las fortificaciones de Cartagena<sup>136</sup> tratando quizá de justificar su fracaso en la

<sup>133</sup> Apud GÓMEZ VIZCAINO, J.A.: *Ignacio López Pinto (1792-1850)*. Murcia, 1993, págs. 64-66.

<sup>134</sup> Todo ello, incluidas las citas, en EGEA BRUNO, P.M.: “Los siglos XIX...”, pág. 404.

<sup>135</sup> EGEA BRUNO, P.M.: “Doceañistas y exaltados. Aproximación al Trienio constitucional en Cartagena (1820-1823)”. *Antiguo Régimen y liberalismo*. Murcia, 1995.

<sup>136</sup> SÁENZ DE VINIEGRAS, L.: Ob. Cit., pág. 229.





Lám. 55: El complejo defensivo de la puerta de Galeras, constituido por el revellin y sus rampas, el foso, el puente levadizo (actualmente desaparecido y sustituido por una pasarela de obra), y el vano de medio punto por el que se accede al fuerte, constituye uno de los conjuntos más bellos de las fortificaciones cartageneras.



Lám. 56: Los espacios internos de los fuertes cartageneros son generalmente amplios, y mucho más desde que se vaciaron ciertos baluartes para ser habitados por las diferentes guarniciones que pasaron por ellos. En el caso de la imagen, Galeras presenta unas grandes bóvedas de crucería que cubren enormes galerías. Con los años, los castillos del XVIII se convirtieron, cuando ya casi habían perdido la función estratégica para la que fueron construidos, en alojamientos de los soldados destinados en la Plaza.



Lám. 57: Las dependencias internas de un fuerte eran tan variadas como las diferentes funciones que se desempeñaban en su interior y las que, a su vez, realizaban en el conjunto defensivo. En este caso, por su lejanía a la Plaza, dificultad de acceso y la labor autónoma que poseía Galeras, el interior del revellín de Galeras se convirtió en la cuadra de esta *ciudadela*, donde se estabulaban los mulos que continuamente eran el medio de comunicación más efectivo en las largas y pronunciadas cuestas de acceso al castillo.

defensa de la Plaza, pero que sin embargo, deja entrever ya la poca utilidad de las murallas, dado que, por ejemplo, habla en sus memorias de la ausencia de obras avanzadas –y no de obras exteriores, dejándose notar la influencia de las teorías de Clausewitz y sus *campos atrincherados*–. Torrijos afirmó la necesidad de contar con dichas construcciones hacia el norte que alejasen los primeros fuegos sobre la Plaza, y como veremos posteriormente, trataron de solucionar los informes levantados sobre el estado de las defensas cartageneras y sus consecuentes proyectos inaugurados con la memoria del Coronel Sierra realizada en 1845.

Tras el asedio de los Cien Mil Hijos de San Luis, la situación de la ciudad siguió siendo muy poco boyante, lo que vuelve a hacer patente el vínculo de dependencia que la ciudad tenía con el Estado, y la visión que daba la convulsa corporación municipal del estatus socioeconómico de los habitantes. En 1835, el Ayuntamiento insistía a la

Reina Gobernadora, entre otros asuntos, en la necesidad de fomentar el Arsenal construyendo buques y la activación del Parque de Artillería<sup>137</sup>. Cartagena arengaba y reclamaba su vieja condición y la situación vivida en los últimos años del XVIII: *...cual eran los trabajos del Real Arsenal de Marina, exponiendo la larga ausencia de los individuos que componen el Departamento de Artillería, que también prestaba utilidad con su residencia, y se quejaba de la aridez y sequedad de sus campos y su escasísima concurrencia, concluyendo: ...todo, Señora, ha contribuido a dejar en el mayor estado de decadencia, miseria y desolación*<sup>138</sup>.

Durante la regencia de Espartero, las autoridades militares volvieron a fijarse en la Cartagena para convertirla de nuevo en la base de la gran flota que se estaba gestando por aquellos años con las resultas de las desamortizaciones<sup>139</sup>. Así, el 2 de septiembre de 1842, la plaza de Cartagena, que hasta entonces había estado considerada como

<sup>137</sup> A.M.C. Ac. Cap. 1835, fol. 222 v.

<sup>138</sup> A.M.C., caja 305, *Órdenes y decretos* (1834-1843).

<sup>139</sup> Véanse RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *La Armada española. La campaña del Pacífico. 1862-1871*. Madrid, 1999; LLEDÓ CALABUIG, J.: *Buques de vapor de la Armada española (1834-1885)*. Madrid, 1997, y LLEDÓ CALABUIG, J. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *Buques de la Armada española a través de la fotografía (1849-1900)*. Madrid, 2001.



Lám. 58: Frente a los primeros proyectos que primaban el establecimiento de un fuerte en Los Picachos, por su funcionalidad y versatilidad, el castillo se construyó finalmente sobre el cerro de Atalaya, el cual, como su propio nombre indica, era por su altura y dominación del terreno un mirador privilegiado desde antiguo, y formaba parte, desde al menos la Baja Edad Media, de la red de avisos que vigilaba la costa y el campo de Cartagena.

de tercer orden, pasaba a ser de primero<sup>140</sup>. Y al año siguiente, la ciudad se beneficiaba de la nueva división territorial de las comandancias de ingenieros del ejército, que establecía por Real Orden de 8 de enero una jefatura en Cartagena integrada en el 4º distrito (Valencia), y a la que le correspondía atender a las provincias de Murcia y Albacete<sup>141</sup>. Una de las primeras gestiones de esta comandancia sería la encaminada a la reconstrucción del polvorín de La Guía por orden del Gobernador Militar de la Plaza (donde, en la actualidad, recientemente se disolvió el Batallón Mixto de Ingenieros nº XXXII).

Vendrían a coincidir estos hechos con una nueva sublevación de Cartagena, nuevamente de corte liberal, que junto a Alicante y Murcia contestaron al nuevo gobierno de González Bravo y al establecimiento de la Ley de Ayuntamientos

de 1840 [Lám. 77]. La noche del dos de febrero de 1844, estalló la insurrección de la Plaza, que sería respondida rápidamente sometiendo a la ciudad con un sitio que se prolongó hasta el 23 de marzo. Un ejército de tropas gubernamentales, compuesto por más de 22.000 soldados, se establecía alrededor de un recinto fortificado defendido por unos 2.000 hombres armados. La lucha vendría a ser el gran ensayo para la guerra del Cantón: un intenso bombardeo precedió a la toma de los fuertes de Atalaya y Moros, lo que dio lugar a la rendición final de la Plaza el día 25<sup>142</sup>.

#### ***El informe del coronel Ildelfonso Sierra***

La potenciación del ramo de Ingenieros en Cartagena y el interés del Estado por convertir a la ciudad en una gran base naval para la flota, darían lugar a una serie de varios

<sup>140</sup> GÓMEZ VIZCAÍNO, J.A.; *Panorámica de la Artillería como Real Cuerpo y Arma en la ciudad de Cartagena*. Cartagena, 1994, pág. 49.

<sup>141</sup> VV.AA.; *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército*, t. I, pág. 131.

<sup>142</sup> Véanse los aspectos políticos en EGEA BRUNO, P.M.; "Los motines cartageneros de febrero-marzo de 1844". *Murgetana*, nº 91. Murcia, 1995, págs. 57-67. Un resumen, del mismo autor en "Los siglos XIX...", pág. 384.





Lám. 59: Una de las vistas más impresionantes del fuerte de Atalaya es hacia el Este, desde donde se puede contemplar perfectamente la zona sur del Campo de Cartagena y el Mar Menor. En este sector, su defensa inmediata era batir el Almarjal aunque, como afirman todos los informes, con un tiro poco preciso fruto de efectuarlo por segundo sector (curvo) dada la altura de los emplazamientos.

y espléndidos informes sobre la ciudad y sus fortificaciones realizados por ingenieros militares durante el siglo XIX, que gradualmente –y al margen de otras consideraciones– pondrían en duda ya la eficacia de las defensas cartageneras, en especial las terrestres y en particular la muralla.

En 1845 se comisionó al coronel de ingenieros Ildefonso Sierra para que levantara una memoria destinada a reflejar las mejoras que convendrían a la ciudad portuaria y sus fortificaciones, prestando especial atención a los problemas de salubridad que causaba el Almarjal a los habitantes y a su guarnición<sup>143</sup>. Sus reflexiones son extraordinariamente interesantes, e inciden en esa dependencia estatal en la que estamos insistiendo. Sobre Cartagena, indagaba en su naturaleza copiando el informe de Bustamante realizado treinta años antes: *...a la verdad, ni la feracidad de los terrenos de sus alrededores, ni la salubridad del aire, ni la delicadeza de sus aguas, ni alguna otra de las circunstancias que suelen estimular al establecimiento de nuevas poblaciones, han podido influir en la de Cartagena, población puramente militar, que ha ido en aumento mientras la nación ha sido rica y comerciante [...]; en el día que casi ha desaparecido la prosperidad pública, en Cartagena más que en otro punto de la Península, se hacen perceptibles los tristes efectos de las circunstancias.*

Las murallas fueron objeto de severas críticas en el informe, objetando que se construyeron contra un golpe de mano y poco más, siendo el flanco más débil el terrestre, resumiendo que la ciudad *siempre será defectuosa para la*

*defensa terrestre por la naturaleza y localidad, sin que pueda el arte contribuir a otra cosa que a disminuir algún tanto sus defectos y aumentar las defensas.* En lo referente a las murallas del Almarjal, apunta su debilidad, desproporción y carencia de algún tipo de obra que obligara al enemigo a comenzar el asedio desde lejos, concluyendo: *...de lo que se infiere, sin la menor duda, que dicha fortificación sólo fue ejecutada para liberar la Plaza de un golpe de mano y evitar el contrabando.*

Respecto a los fuertes exteriores, tras realizar una minuciosa descripción, Sierra afirmaba que sus obras, aunque necesitadas de algunos reparos y reformas, *están perfectamente construidas y bien entendidas para la defensa marítima, acreditando que para su ejecución hubo abundancia de tiempo y de dinero.* Si bien el peligro de un ataque por mar estaba cubierto, quedaba pues, el problema de la deficiente defensa terrestre.

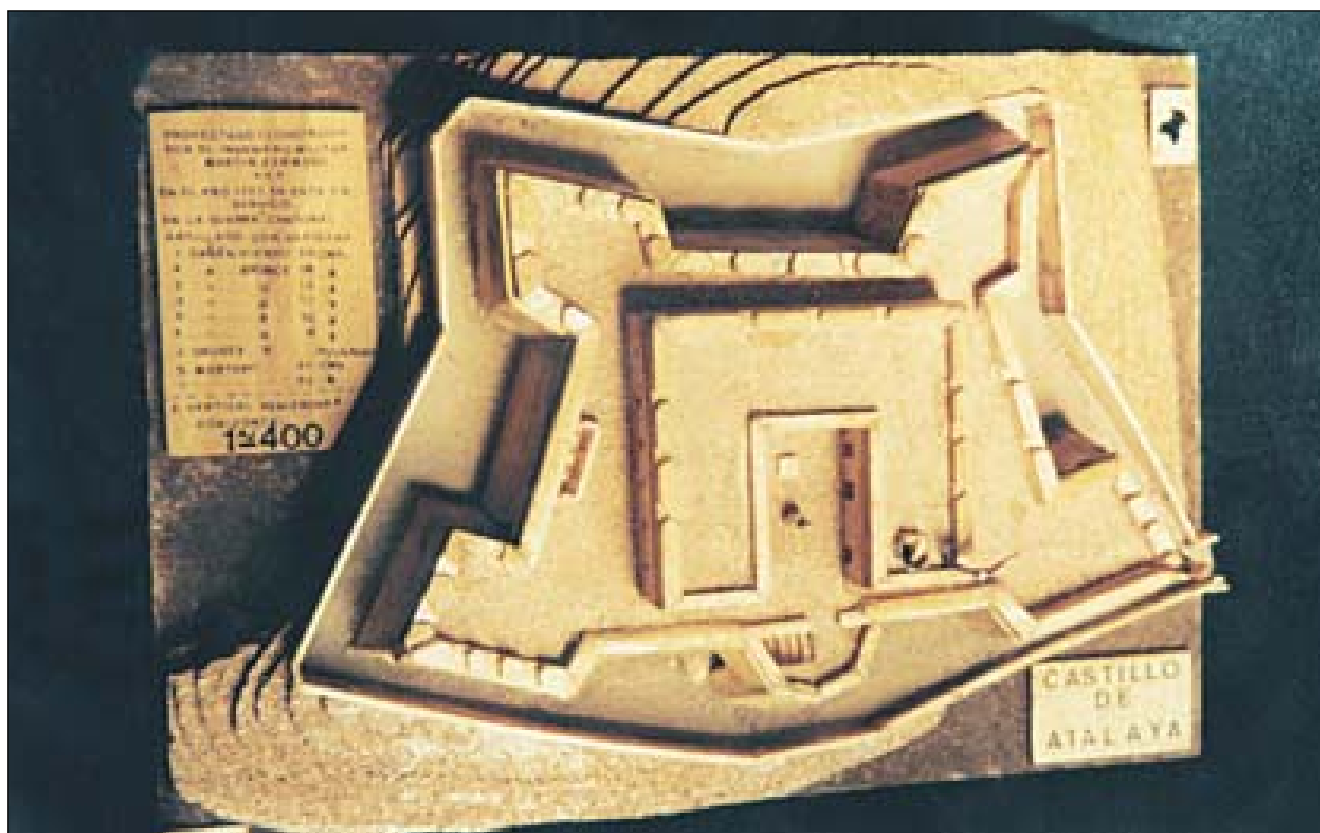
Para solucionar esta cuestión, el coronel Sierra propuso que se alejaran las defensas, y forzar al enemigo a empezar los trabajos de sitio y asalto desde más allá del Almarjal: *...existen tres puntos perfectamente situados que deben fortificarse, y son: el cabezo de medio día (vulgo de la Tía Laura), puntal sobre la cueva de la Guachara y el cerro de los Molinos de las Peñas,* para lo cual recomendaba levantar en cada uno de estos lugares tres fuertes cerrados por sus golas, que fueran capaces por sí mismos de resistir un ataque frontal y en regla. Los dos primeros protegerían las cortinas de la Plaza, cruzando y flanqueando con sus fuegos todo el Almarjal. Mientras, el tercero (el de los Molinos), sería el más importante de todos, ya que se situaría más lejos de la Plaza y cercano a puntos poblados (como San Antón o La Palma), donde el enemigo se podría refugiar y establecer en un supuesto ataque a la Plaza. Así, recomienda que este último fuerte se construyera de figura estrellada con lunetas dobles. Como veremos, la intención, frustrada, de alejar las defensas terrestres de la Plaza a través de fuertes establecidos en la campiña cartagenera, dada la nula utilidad de las murallas, sería una constante de los informes realizados durante el siglo XIX.

### **El fin de la muralla como elemento defensivo**

A mediados del Ochocientos, precisamente tras el informe del coronel Sierra, ya sería cuestionada seriamente la utilidad de las murallas. Durante la primera mitad del siglo, se gestaron las tácticas del empleo masivo de artillería para la toma de las ciudades, y aparecieron las teorías de Clausewitz<sup>144</sup> y el sistema defensivo de los campos atrincherados.

<sup>143</sup> S.H.M., col. Aparici, sign. 4-4-6-15.

<sup>144</sup> CLAUSEWITZ, C.Von; *De la guerra*. Ed. Madrid, 1975, en especial las págs. 435-436.



Lám. 60: El fuerte de Atalaya está inscrito en planta en un paralelepípedo, en cuyos vértices se sitúan baluartes pentagonales. En su fachada sur se sitúa una puerta en recodo inserta en un pequeño baluarte poligonal. En su interior se levantan las dependencias de la guarnición, con una edificación, de una planta, en forma de U, cuyo patio se abre hacia el sur. Todo el castillo está rodeado por un amplio foso.



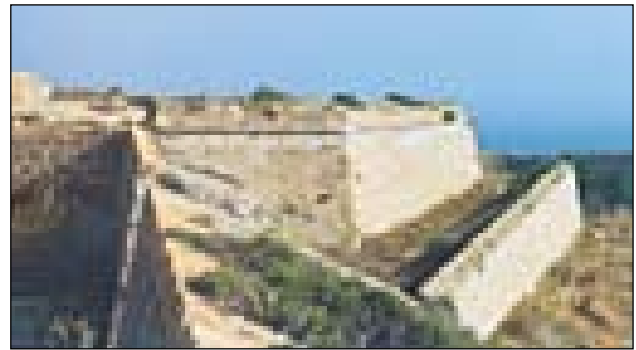
Lám. 61: Los frentes abualuartados del fuerte de Atalaya permiten hoy día aún una excelente didáctica para explicar el arte defensivo de la época, aunque su rápida degradación y absoluto abandono, hacen peligrar su permanencia como testimonio histórico del devenir tecnológico y artístico de la humanidad.

dos, los cuales circundarían los puntos que se pretendieran defender para alejar de la ciudad los efectos de la artillería de sitio. Este sistema, llamado por el propio Clausewitz “segunda acción”, se organizaba sobre la base de obras permanentes y campos atrincherados (obras de campaña), con las que, evidentemente, ya no contaba Cartagena.

Además, el perfeccionamiento del fusil supuso la necesidad de dar mayor entrada a esta arma en la protección de las fortalezas, complementando en gran modo a la artillería en la defensa próxima, especialmente en los flancos del foso, lo que iba a dar lugar a la aparición de galerías aspilleradas, bajas y altas, abiertas en los muros, que propiciaron la aparición de nuevos sistemas defensivos, como por ejemplo el *sistema poligonal* y el *sistema atenazado*, que quedaron plasmados en la fortificación de San Julián.

Por otra parte, la aparición de los buques de guerra a vapor, en torno a los años cuarenta del siglo XIX, seguido por la construcción, tras la guerra de Crimea, de los primeros grandes buques acorazados (las fragatas *Gloire* y *Warrior*, francesa y británica respectivamente) –precisamente a consecuencia del ataque al fuerte de Kinburn, en el estuario del Dniéper, cuando se utilizaron con éxito las baterías flotantes acorazadas francesas–, dieron como resultado un replanteamiento de las tácticas y materiales artilleros establecidos en las plazas fuertes costeras [Lám. 78]. Así, la aparición del rayado del ánima del cañón, la retrocarga, la pólvora sin humo, la espoleta de doble efecto y otros adelantos técnicos, desencadenaron un ritmo vertiginoso en los sucesivos empleos de tipos y modelos de piezas artilleras, y por lo tanto, un constante avance en los ejemplares y materiales empleados en las construcciones defensivas costeras, con el incipiente empleo del hormigón en las bóvedas a prueba.

En España, tras la guerra de África (1859-1860), ya se pensó en la necesidad de dotar al país de una flota acorazada que complementara a los buques de vela y vapor construidos algunos años antes y como consecuencia de la *Ley de incremento de fuerzas navales*, promulgada por el ministro de marina Mac-Crohon y Blake. Todo ello requería de unas bases navales bien pertrechadas y poderosamente defendidas que sirvieran a dicha flota. En 1851, por Real Decreto se creaba una junta técnica encargada de formular el plan del sistema defensivo de la Península, islas y posesiones de Ultramar, que no acabaría sus trabajos y estudios hasta siete años después, cuando sería disuelta por el ministro de la Guerra general O'Donell, quien encargaría a la Junta Consultiva de Guerra la finalización y ejecución de los trabajos. El llamado Plan O'Donell supuso para Cartagena la total convicción de que sus murallas ya habían perdido su papel defensivo; es decir, que el complejo fortificado levantado durante el siglo XVIII ya no tenía ningún



Lám. 62: Para la defensa inmediata del fuerte, caso de que el enemigo llegara a la cumbre del monte, las tropas habrían de salvar el pequeño muro que da lugar al foso. Tras caer a éste y soportar un muy posible y nutrido fuego de artillería desde los flancos de los baluartes, tocaría la escalada de un muro cuya altura, dentro del foso, es más que considerable. Una vez arriba, aún los disparos partirían desde la azotea del acuartelamiento. No sería, desde luego, una tarea fácil tomar el castillo.



Lám. 63: Para que la función del castillo fuera eficaz, había de tener una numerosa guarnición alojada, en este caso, en el cuartel defensivo que se yergue en el interior de Atalaya. Así, además de atender a la artillería y defensa inmediata del fuerte, se podrían realizar desde la cumbre salidas de castigo y hostigar así al enemigo.

sentido militar en su conjunto, si bien edificios y puntos muy estratégicos, como los grandes fuertes exteriores, se siguieron manteniendo por conveniencias muy específicas, que si bien mantenían el objetivo para el que fueron construidos (ocupar las alturas y resistir un asedio), demostraban la poca eficacia que tuvo siempre la muralla, en especial el frente terrestre, para las tareas bélicas [Lám. 79].

## CONCLUSIONES

No cabe duda de que el siglo XVIII supone para la historia de Cartagena uno de los grandes hitos que marcan su transcurrir. Las obras militares del Setecientos, producto de la intención de la Monarquía borbónica por mantener su espacio de poder en el Mediterráneo, supusieron para la ciudad portuaria un hondo cambio que afectó, prácticamente, a todos los ámbitos que pudieran presentarse. Si



Lám. 64: El estado de conservación del fuerte de Atalaya no deja de resultar más que preocupante. En la imagen, una fotografía de la puerta tomada hace unos años, se aprecia la garita que coronaba el acuartelamiento y que por aquel tiempo aún subsistía muy deteriorada. Hoy ya no existe.



Lám. 65: El conocido como castillo de los Moros (aunque ni es castillo ni es una construcción islámica), presenta en su frente oeste una gola muy desprotegida, ya que estaba preparado para ser batido desde la Plaza caso de que fuera tomado por el enemigo. La construcción es, claramente, una obra coronada que cubre la cima de una pequeña elevación alargada.



Lám. 66: El frente este de la fortificación de Moros era el que hacía frente a los avances del enemigo por la campaña. La posesión de este cerro era esencial para evitar un bombardeo privilegiado de la Plaza por parte del enemigo. En la actualidad, en esta misma fachada, casi junto al foso de la obra, se extiende el barrio de Los Mateos, cuya degradación urbana y social en especial en las zonas elevadas, convierte la visita al fuerte en una actividad con cierto riesgo.

bien durante el siglo XVI y el XVII ya se había intentado la creación de una base naval en la ciudad, con diversos proyectos a finales del Seiscientos de draga, fortificación de ciudad y puerto, y construcción de un fondeadero en condiciones para las galeras, será el Siglo de las Luces el que vea por fin a Cartagena como la Plaza fuerte que la Corona requería.

La construcción de murallas, fuertes y edificios militares, la frenética actividad del Arsenal, y el ir y venir de las diferentes flotas, ya fueran de guerra o mercantes, provocaron una enorme afluencia de gentes, soldados, trabajadores, comerciantes, marineros y un sin fin de hombres y familias dedicadas a las más diversas labores. Esto provocó un crecimiento demográfico de la ciudad espectacular y muy limitado en el espacio y en el tiempo, que copó el casco urbano hasta límites insospechados decenios atrás. Si durante los siglos anteriores, la población se refugió tras las murallas por el peligro externo, en la Cartagena Ilustrada las familias



Lám. 67: Al igual que el resto de fuertes dieciochescos construidos en Cartagena, el castillo de los Moros, presenta un gran foso seco que lo circunda, en este caso, por su fachada este. Los elementos que componen baluartes y cortinas también son los mismos: el lienzo del muro de piedra careada, el cordón, y sobre este, los antepechos.

decidieron vivir en el núcleo intramuros por la propia actividad laboral de sus habitantes, ya que, más o menos bien, la ciudad ofrecía todo lo necesario que se pudiera pagar con un jornal del Arsenal. Y, a pesar de la continua explotación de los campos desde finales del siglo XVI –en detrimento también de la ganadería–, el cartagenero del siglo XVIII vivía ya del salario que le pagaba el estado por su trabajo. Ello trajo consigo una dependencia de la ciudad sobre la inversión estatal en los presupuestos de Guerra y Marina que habría de durar dos siglos más. Y aunque en la actualidad las bases socioeconómicas de la ciudad están cambiando, es la Cartagena que se gesta en el Setecientos la más directa antecesora de la contemporánea.

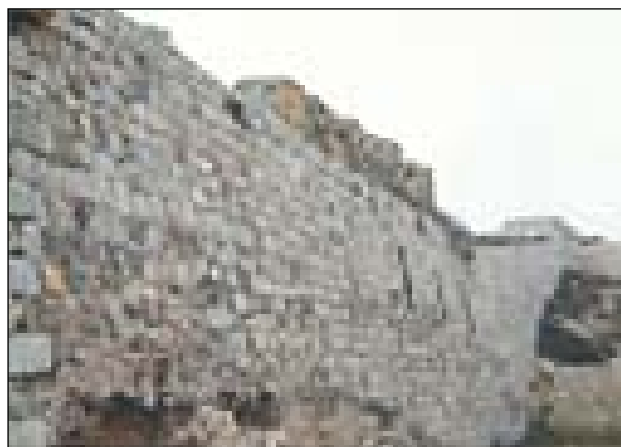
Por otra parte, las grandes obras e inyecciones de capital público sobre un lugar específico, no fueron ni mucho menos excepcionales. La costa del reino de Murcia vio cómo la Corona centraba en ella sus esfuerzos modernizadores, y, por ejemplo, Águilas<sup>145</sup> fue objeto de una fortificación a gran escala que incluyó también su repoblación, así como la planificación de una estructura urbana puramente ilustrada, barroca y racional, que era facilitada por la ventaja de partir de la nada para crear algo nuevo. Precisamente, la intervención en estas planificaciones de ocupación del espacio de Vodopich, viene a darnos una idea de la perspectiva y la ambición que tuvieron las ideas políticas de la época, que supieron dotarse de fondos suficientes y emplearlos a través de unos excelentes técnicos reales como fueron los ingenieros militares.

Por lo tanto, la función de la muralla no sólo representaba un papel estrictamente defensivo, sino que también se buscó la intención de regular la vida económica de la ciudad, controlada a través de sus tres puertas. Y por eso no ha de extrañarnos que cuando la función militar de esta construcción fue juzgada casi desde que estaba aún sobre los planos, se alegraría que su construcción se realizaba para evitar el contrabando o las desertiones de los soldados. El cambio de mentalidades producto de las ideas ilustradas primero y liberales después –que tanto se dieron en la ciudad portuaria– conllevaron a que las últimas murallas que en un sentido clásico tuvo Cartagena, molestaran ya al ciudadano de finales del siglo XIX, porque sabía de su inutilidad bélica y sufría la incomodidad de vivir en una Plaza que se cerraba y abría a horas establecidas, constreñía el crecimiento urbanístico y, en definitiva, controlaba la libertad del ciudadano.

Así, se deduce que el recinto murado de la Cartagena del XVIII fue producto de unas necesidades muy concretas. Tras decenios de proyectos y devaneos sobre el papel, se



Lám. 68: Los baluartes de Moros apuntaron su nutrida artillería a la campaña. Viniendo desde el este (en los tramos finales de la autovía de Murcia o desde la carretera de La Unión), la construcción se presenta casi escondida en el interior de la cima del monte, enterrada dentro del foso. Es la arquitectura oculta, la de mirar sin ser visto.



Lám. 69: Uno de los peligros que aquejan actualmente a esta construcción única en el mundo es la degradación que acusan sus muros en diferentes partes. Al desmontarse, por acción antrópica (de acción u omisión) parte de las piedras que forman los lienzos, la tierra apisonada de su interior cae al exterior por su propio ser; y se trata de un peligro plenamente visible que puede acabar con buena parte de la fortaleza, y por lo tanto, con un punto fundamental del patrimonio cartagenero. No obstante, las rehabilitaciones del castillo que pretendan centrarse sólo en la obra y no en la regeneración del hábitat que lo rodea, serán inútiles.



Lám. 70: Si bien no se preparó para albergar guarnición alguna, el castillo de los Moros posee alguna dependencia para albergar un cuerpo de guardia, cuya función era la propia vigilancia de la fortificación, y los necesarios almacenes de municiones para las piezas. No obstante, la obra tiene una dependencia clara de la Plaza, y no estuvo nunca preparada (como sí lo estuvieron el resto de los fuertes) para resistir autónomamente un asedio o ataque.

<sup>145</sup> Véase GARCÍA ANTÓN, J.; *Estudios históricos sobre Águilas y su entorno*. Murcia, 1992, págs. 405 y sigs.



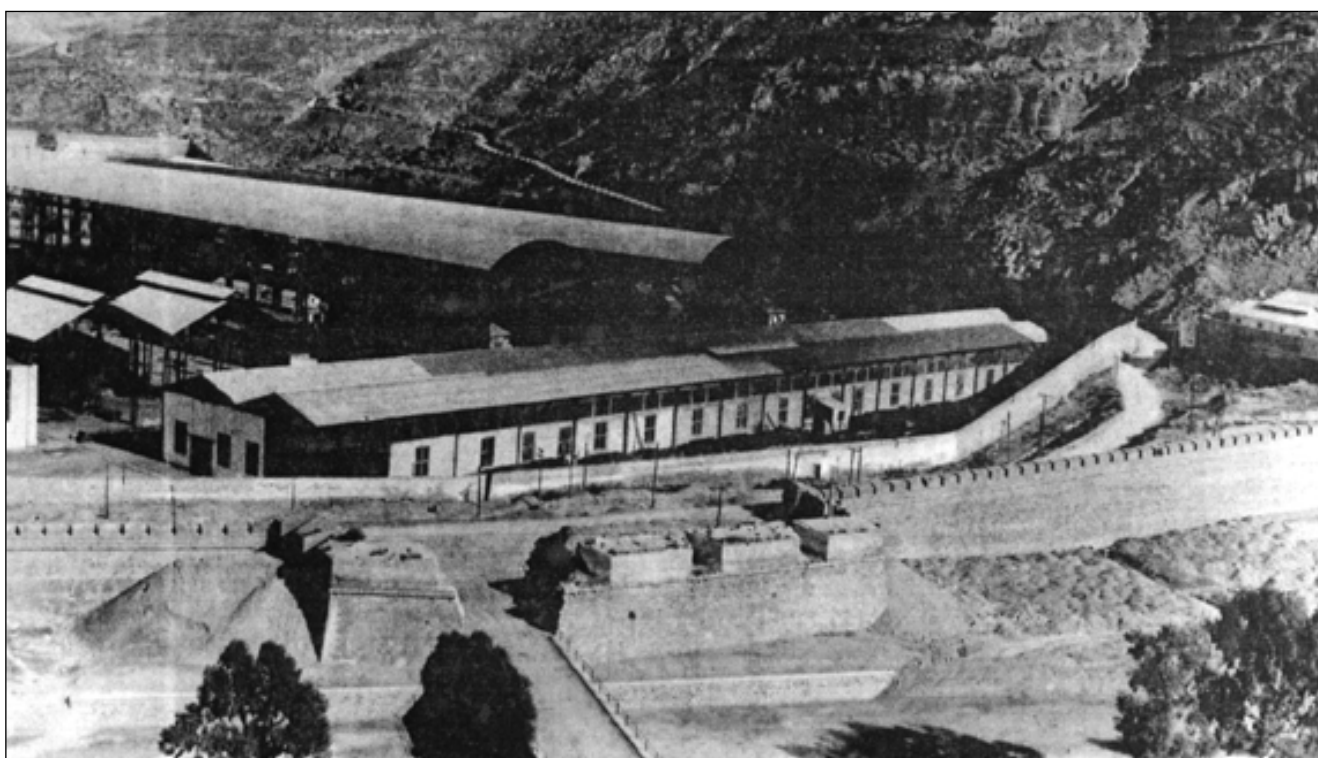


Lám. 71: La disposición de los elementos en una obra coronada como la de Moros está en función del espacio que ocupa y la labor que desempeña en la defensa global de las fortificaciones. Así, el castillo de los Moros está compuesto por un baluarte central y dos medios baluartes en los extremos, unidos entre sí por dos estrechas cortinas que sirven de comunicación entre los anteriores. El frente que da a la campaña está dotado de un amplio foso que oculta de lejos la fortificación. Sin embargo, los elementos de protección son inexistentes por la gola, pues se primó la dominación de los baluartes de la Plaza y las baterías establecidas en San José y Despeñaperros.





Lám. 72: La necesidad de personal para la defensa de la Plaza siempre fue un grave problema en la ciudad durante siglos, aquejada siempre la población de una debilidad estructural con muy pocas alzas demográficas. Así, en especial a partir del siglo XVIII, el alojamiento de tropas en la ciudad requirió de unas dependencias necesarias. La afluencia de numerosa guarnición para la atención de muralla, fuertes, baterías, etc., convirtió finalmente a los castillos en auténticos acuartelamientos. En la imagen, el patio de Galeras, que articulaba los espacios interiores del fuerte.



Lám. 73: Una de las obras que se llevaron a cabo durante la Guerra de la Independencia fue la de adaptar la muralla a la eficaz fusilería de la época. Así, en los sectores que se consideraron más débiles en este aspecto y que estaban dominados por pequeñas alturas, se elevaron los merlones para proteger a los tiradores.



Lám. 74: Las cortinas del frente de Benipila se prepararon para la defensa a base de fuego de fusilería, por lo que presentaba un coronamiento aspillerado en toda la parte superior del muro.



Lám. 75: Muy degradados, en ciertos tramos aún hoy se conservan las estrechas aspilleras del frente de Benipila.



Lám. 76: En esta imagen del frente de Benipila, probablemente de comienzos de los años cuarenta del siglo XX, aún se puede observar –con cierto detenimiento–, la muralla secundaria que circundó el Arsenal con las torres semicirculares levantadas durante la Guerra de la Independencia. En primer plano, la fortificación abaluartada conservaba todavía un excelente estado.



Lám. 77: Cartagena, ligada a través de los militares con el liberalismo nacionalista del siglo XIX, tuvo un papel muy destacado en todos los levantamientos que alteraron continuamente el transcurrir de la España de la época, jalonada tristemente de enfrentamientos civiles. Aún el Ayuntamiento conserva en sus fondos la bandera portada por el Batallón de la Milicia Nacional de Cartagena (circa 1840).

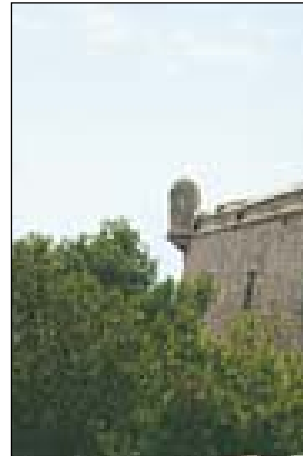




Lám. 78. En el Parque de Artillería se conserva esta interesante pieza de artillería, llamada *El Jilguero*: un mortero para probar pólvoras de 190 mm fundido en 1739. Un mortero de guerra de la época, como los establecidos en la muralla del Mar, eran lógicamente más grandes, y estaban preparados para efectuar únicamente tiros curvos, pudiendo disparar tanto proyectiles macizos como mortíferas granadas.



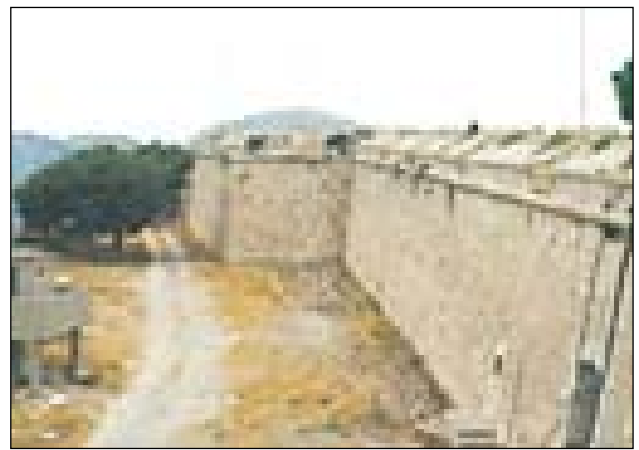
Lám. 81: Atalaya posee, además de un control sobre la bahía de Cartagena, un extenso radio visual de sus campos. La solidez de la construcción y la altura del monte, lo convirtieron en un punto esencial para la defensa de la Plaza. Durante la Guerra del Cantón, su caída en manos de los centralistas inauguró la rendición del resto de la ciudad.



Lám. 79: Los informes efectuados sobre la muralla de Cartagena tras su construcción, coincidieron siempre en criticar la poca eficiencia de la muralla de la Plaza para resistir un ataque de cierta envergadura, por lo que su vida activa no fue muy extensa. No obstante, los fuertes exteriores, por la calidad de su construcción y posición dominante, continuaron por decenios prestando inestimables servicios a la defensa de la Base Naval, como reductos aislados de la ciudad, vigias del territorio, y sede de numerosas guarniciones. En la imagen, una de las bellas garitas que aún vigilan el fuerte de Galeras.

defensiva de la muralla, todos también glosan, por lo general, las virtudes de estas obras exteriores que aún vigilan ciudad, campo y mar [Lám. 83].

Sin embargo, a pesar de necesitar excesivos defensores y de presentar sectores muy débiles, los ingenieros del

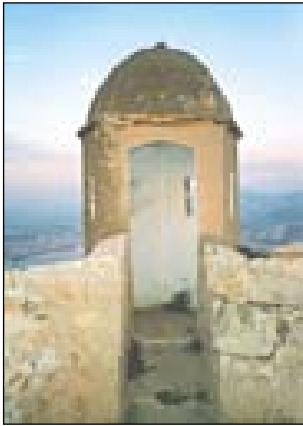


Lám. 82: Si Atalaya era el dominio terrestre, Galeras era el marítimo, y por lo tanto, razón clave de las fortificaciones de la Ilustración cartagenera. A pesar de su posible resistencia autónoma, siempre se tuvo conciencia de su complementariedad.

decidió construir un sistema defensivo muy específico, que protegiera ciudad y Arsenal en primer lugar de un golpe de mano, en segundo del contrabando y desmanes de la propia población, y en tercero de las deserciones que se produjeran en la numerosísima tropa acantonada en la ciudad [Lám. 80]. Caso de un ataque frontal, se tuvo claro desde el principio que solamente los fuertes exteriores resistirían un asedio prolongado, sin duda Galeras y Atalaya [Lám. 81], cuyas construcciones han continuado –e incluso continúan (Galeras) [Lám. 82]– adscritas a tareas militares hasta no hace demasiado tiempo. Si bien todos los informes posteriores coinciden en poner en duda la eficacia



Lám. 80: La construcción del cuartel de Antiguones respondía a la necesidad de albergar a una numerosísima guarnición, a ser posible, algo apartado de la población aunque establecida en el interior de la Plaza, también para un mejor control de sus propios habitantes. A la plaza de armas del acuartelamiento se accedía a través de una puerta de medio punto coronado por un frontón y enmarcado con pilastras, que recuerda mucho a la de Galeras. Hoy día, en espera de la rehabilitación global del edificio, la portada presenta un lamentable estado, a pesar de que solamente por sostener un escudo de armas, está protegida por la legislación correspondiente.



Lám. 83: Aún en nuestros días el castillo de Galeras está afecto a la defensa del Arsenal, y por sus garitas todavía se puede contemplar la secular vigilancia pasante de los soldados.

XVIII supieron dar a la muralla de Cartagena una categoría táctica extraordinariamente interesante, pues hay que tratarla con diferente criterio dependiendo de dónde se sitúen baluartes y cortinas, que si bien no guardan trazas excesivamente regulares –ya que se adaptan al terreno– tanto sus materiales como sus coronamientos son diferentes en función de las necesidades defensivas del lugar, apareciendo como una obra viva, no estática, sino móvil y cambiante,

presentando también no sólo los requerimientos de la fortificación en cada lugar, sino también del tiempo, sus-

tituyendo y reformando sus coronamientos cuando los avances de los sistemas y materiales de ataque así lo requerían. Y de hecho, el de Cartagena fue un complejo defensivo activo durante todo el siglo XIX, poniéndose en marcha la maquinaria bélica de la ciudad durante tres ocasiones importantes durante la primera mitad del Ocho-cientos, comenzando por la guerra de la Independencia y continuando por los dos sitios que sufrió la Plaza en 1823 y 1844.

De hecho, si algo caracteriza plenamente a las construcciones militares del siglo XVIII en Cartagena, es su racionalidad; todo en ellas tiene su razón de ser: materiales de construcción, morfología del edificio, lugar del enclave, etc. posee un sentido claro y específico. Incluso su estilo arquitectónico –presentando frecuentemente unas construcciones de grandes dimensiones y líneas sobrias, conjugadas con unos puntos de acceso monumentales presididos por escudos de armas [Lám. 84 y 85] y enmarcados en columnas clásicas–, representa el poder del estado que los Borbones habían creado.



Lám. 84 y 85: Otro de los legados patrimoniales que nos ha dejado el pasado fortificado de Cartagena ha sido el heráldico, los cuales no siempre presentan el grado de conservación que deberían.

